

DA
CCIÓ

PQ7161

G8

C.1

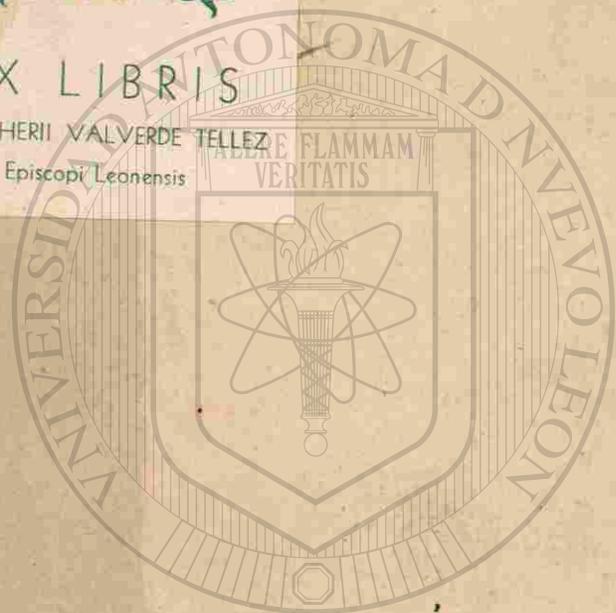
003466



1080018896

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

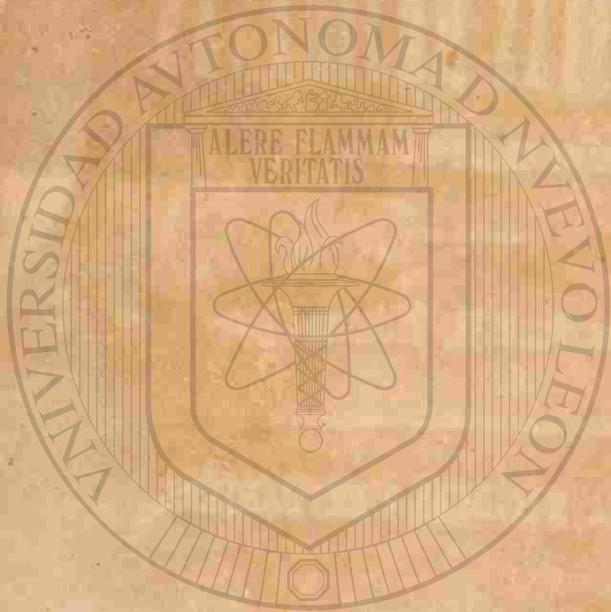


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

E
HEM



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

GUIRNALDA POETICA.

SELECTA COLECCION

DE POESIAS MEJICANAS.



PUBLICADA

Por Juan R. Navarro

Para obsequiar á los señores suscritores á la

BIBLIOTECA NACIONAL Y EXTRANJERA.



Carilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

MEXICO.

IMPENTA DE JUAN R. NAVARRO, calle de Chiquis N. 6.

1853.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tollez

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA VALVERDE Y TOLLEZ
49680AV

PQ 7161

G8



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ

AL QUE LEYERE.

Dar una idea completa del progreso de nuestra poesía lírica, hacer palpar á un solo golpe de vista y presentar en un solo libro todas las bellezas en que abundan nuestros poetas, es una empresa superior, no á nuestros deseos, sino á la pequeñez del presente tomo, en el que no obstante, hemos procurado hasta donde nos ha sido posible hacer una recopilación de aquellas composiciones que á nuestro juicio merecen mas una señalada preferencia. Repetidas veces nos ha sido difícil la elección entre muchas poesías de un solo autor que se hallan en el mismo caso, y con positivo sentimiento hemos aceptado una ó dos solamente, dejando sin copiar otras con cuya lectura nos hemos deleitado en otras ocasiones.

También nos es sensible no dar cabida á algunas composiciones de jóvenes que ofrecen para el porvenir muy halagüeñas esperanzas, así como á obras por las que han merecido sus autores una buena reputación literaria; pero repetimos que los estrechos límites de esta publicación, así como el no haber podido conseguir esas producciones, que se hallan diseminadas en distintos periódicos, nos impide realizar en un todo nuestro pensamiento.

Pero sin embargo, la colección que ofrecemos al público debe incom-

003466

casamente ser apreciada por todos los literatos, por los buenos mejicanos que aman las glorias de su país, y en lo general por toda clase de personas amantes de las letras; porque esta reunion escogida de poesias nacionales, probará en todo tiempo que en la desgraciada México, que por tantos años se ha visto combatida por la mano de un destino cruel y presa de la discordia y las guerras civiles, hay seres privilegiados, hay poetas cuyos cantos dulcísimos formarían una página siempre brillante en la historia de cualesquiera de las naciones mas civilizadas del universo.

Es, pues, bien seguro que quedarán complacidos los señores suscritores á la BIBLIOTECA NACIONAL Y EXTRANJERA, á quienes está expresamente dedicado este libro, como un obsequio que les hace

El Editor.

LISTA ALFABÉTICA

De los autores que forman la presente coleccion.

Acaraz, D. Ramon I.
Arango y Escandon, D. Alejandro.
Arróniz, D. Marcos.

Badillo, Doña Josefa Heraclia.

Calderon, D. Fernando.
Calero Quintana, D. Vicente.
Carpio, D. Manuel.
Castillo Lanzas, D. José María.
Couto, D. Bernardo.
Cuellar, D. José T.

Davis Bradburn, D. Andrés.
Diaz Miron, D. Manuel.
Duque Estrada.

Escalante, D. Félix María.
Esteva y Ulibarri, D. Mariano.
Esteva, D. José María.

Franco, D. Agustín.

Gonzalez Bocanegra, D. Francisco.
Gorostiza, D. Manuel Eduardo.
Granados Maldonado, D. Francisco.
Guerrero, Doña Dolores.

Heredia, D. José María.

Lacunza, D. Juan.
Lacunza, D. José María.
Lafragua, D. José María.
Larrañaga, D. Antonio.
Letchipia de Gonzalez, Doña Josefa.
Lozano, D. José María.

Navarro, D. Juan N.

Orozeo y Berra, D. Fernando.
Orozeo y Berra, D. Manuel.
Ortiz, D. Gavino.
Ortiz, D. Luis G.
Ortega, D. Francisco.

Payno, D. Manuel.
Perez, D. Octaviano.
Pesado, D. Joaquin.
Prieto, D. Guillermo.

Quintana Roo, D. Andrés.

Rios, D. Eпитacio J.
Roa Bárcena, D. José María.
Rodriguez Galvan, D. Ignacio.

Sanchez de Tagle, D. Francisco M.
Sariñana, D. Severo Maria.
Segura, D. Sebastian.
Segura, D. Vicente.
Serán, D. Carlos Hipólito.
Sierra, Doña Josefa.
Sierra y Rosso, D. Ignacio.

Tellez, D. Joaquin.
Tosiat Ferrer, D. Manuel.

Valdovinos, D. Mucio.
Villamar, D. Eligio.
Villaseñor, D. Pablo J.
Villaverde, D. Domingo.

Zamacona, D. Manuel.
Zarco, D. Francisco.

HE



RAMON I. ALCARAZ.



EN UN TEMPLO.

I.

Es hora del crepúsculo sombrío,
Hora sublime en que postrado el mundo,
Adora del Eterno el poderío
En éxtasis de amor dulce y profundo;
Ya los astros que pueblan el vacío,
Que del sol al destello moribundo
Sus párpados movían, los levantan,
Vierten su luz y la creación encantan.

Hora de religion, hora en que el hombre
 Olvidando sus penas, como el ave,
 Sin cuidar de la gloria ni el renombre,
 En armonía religiosa y grave
 Modula tierno del Criador el nombre,
 Y vuela al cielo entre el aroma suave,
 Que de cándida flor puro se eleva,
 Cual blanca niebla que la brisa lleva.

Ya en el viento vibró majestuosa
 La voz del gigantesco campanario;
 Lóbrega se levanta y silenciosa
 La nave do me encuentro solitario;
 Sus trémulos fulgores misteriosa
 La lámpara derrama en el santuario,
 Y ante mis ojos fascinados giran
 Negros fantasmas que pavor me inspiran.

Treme bajo mis piés el pavimento,
 La columna vacila, el cortinaje
 Contra los muros sacudirse siento,
 Como en el bosque el tímido salvaje
 Siente que al soplo de irritado viento
 Se sacude del árbol el ramaje;
 Y entre las sombras del santuario augusto
 Murmurar oigo su plegaria al justo.

Hora es de prosternarme ante las aras
 Con corazon contrito y humillado;

De hablarte á tí que al infeliz amparas,
 A tí, Ser de los seres increado;
 A tí, que al bueno en tu mansion deparas
 Fresco laurel de estrellas circundado,
 Que oyes la voz del hombre que criaste,
 Y á un mundo de miserias le arrojaste.....

¡Cuánto á mi pecho es plácida la hora
 En que venciendo la tiniebla al dia,
 Tiende la noche su ala bienhechora
 Sobre la tierra que en calor hervia!
 Mi alma entonces férvida te implora
 Y hasta tu trono su plegaria envía
 En las alas de arcángeles ardientes
 Que ante tí inclinan sus soberbias frentes.

El corazon se ensancha ante el misterio
 Que el rostro vela de la noche oscura;
 Ya palpita en el triste cementerio
 Gimiendo al pié de humilde sepultura,
 Ya escuchando en antiguo monasterio
 Dulce concierto de armonía pura,
 Ya en la oculta mansion del bosque umbrío
 Escuchando el murmurio de algun rio.

¡Cómo adoro el silencio misterioso
 Que sigue el paso de tu carro lento,
 Augusta madre del mortal reposo!
 ¡Cómo deja en tu seno el cruel tormento

De desgarrar mi corazón quejoso!
 ¡Cómo me halaga tu adormido viento!....
 Mas amo ¡oh negra noche! tus tinieblas
 Que el sol de estío sin sus pardas nieblas.

Porque la luz del día me atormenta,
 Y cansa de mis ojos la pupila,
 Y los raudales de mi llanto aumenta;
 Porque la fe del corazón vacila,
 Y la duda á la mente se presenta;
 La amarga duda que dolor destila,
 Al ver feliz cuanto en el orbe existe
 Y solo yo sin "esperanza" triste.....

Esa duda, lo sabes tú, Dios mío,
 Lenta marchita el corazón cansado
 Con el contacto de su labio frío,
 Con las caricias de su brazo helado;
 Como marchita el amador impío
 De virgen pura el rostro delicado,
 Como sofoca del volcán la lumbre
 La nieve amontonada en su alta cumbre.

II.

Por eso á la hora en que duerme
 El mundo, en tu altar me postro;
 Hora en que vuelves el rostro
 A alumbrar la eternidad;

Hora en que llenas amante
 El seno del templo santo
 Con la orla de tu manto
 Que flota en la inmensidad.

Padre del pobre que gime,
 Oye del pobre las voces,
 Tú que del hombre conoces
 El revuelto corazón;
 Tú que formaste los senos
 En que la vida se inflama,
 No dejes morir la llama
 Que ilumina mi razón.

Los pesares han secado
 Las creencias de mi infancia;
 Perdió la flor su fragancia
 Y marchitándose va:
 Mi vida fué un sol de estío
 Que hoy cubre espeso nublado;
 Fué manso arroyo que el prado
 No riega en su curso ya.

Cuando niño, del regazo
 De mi madre yo saltaba;
 La mariposa volaba
 En torno á encendida flor:
 Yo iba en su pos, y sus alas
 Bañaba con tierno llanto,

Y con su lánguido canto
Me extasiaba el ruiseñor.

Y el murmurio de las hojas
Al susurro del ambiente,
Y el murmurio de la fuente
Cabe el pálido jazmin,
Mis creencias acendrabán,
Y los creía el gemido
Que exhalaba dolorido
Desterrado serafín.

Madre, madre, al estrecharme
En tus brazos con anhelo,
Tú me mostrabas el cielo
Diciéndome: "allí está Dios;"
Diciéndome que hay un mundo
Donde las penas no crecen,
Ni los hombres se adormecen,
Como aquí, con el dolor.

Donde á los niños arrullan
En cunas de oro y diamantes
Los querubines amantes
Que velan su sueño en pié.
Y yo te oía embebido.....
Madre, madre, tú espiraste.....
Con ella, ¡oh Dios! marchitaste
La primer flor de mi fe.

III.

Ella murió, y abandonado y triste
Vagué por la existencia turbulenta,
Como vagan las aves
Lejos del nido, en medio la tormenta:

Comí el pan empapado con el llanto
Que derramaron mis hundidos ojos,
Y la flor de mi vida
Vi crecer entre espinas y entre abrojos.

El gozo del magnate ví en mi duelo;
La soberbia miré de los tiranos,
Quise romper su frente,
Y atadas con furor sentí mis manos.

La virtud por el suelo derribada,
Altanero en un solio ví el delito;
En el labio dulzura,
Hiel en el negro corazón maldito.

Todo esto he visto, ¡oh Dios! y poco á poco
Se han ido marchitando mis creencias,
Y sus flores perdiendo
El suavísimo olor de sus esencias.

Solo en el alma tu creencia vive,
 Como el sol entre escombros y ruinas;
 Tú solo en el vacío
 Del fatigado corazón dominas.

Nunca de mí separes tu mirada;
 No al ondear de tu flotante manto
 De tu existencia muera
 La fe que anima el moribundo canto.

Envuélveme con él aquí en tus aras,
 De las aves perdidas dulce nido,
 Y un rayo de consuelo
 Manda á calmar mi espíritu afligido.....

Ese rayo tal vez que atravesando
 Las ventanas altísimas me inunda,
 Es la luz de tus ojos,
 Que cuanto alcanza á iluminar, fecunda.....

Mas no, yo me engañaba, que ese rayo
 No es un rayo que mandas en mi ayuda;
 Que es del astro nocturno
 Destello helado cual mi estéril duda.....

Esa duda, lo sabes tú, Dios mio,
 Lenta marchita el corazón cansado

Con el contacto de su labio frio,
 Con las caricias de su brazo helado.....
 Oye la voz del corazón impío,
 De tu piedad ante el altar postrado:
 Manda, ¡oh Señor! á mi dolor consuelo,
 Antes que deje de mirar el cielo.

1844.

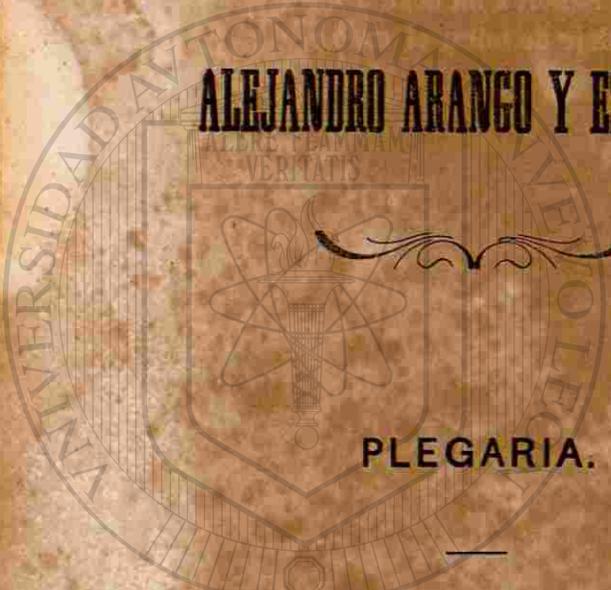
U A N L



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ALEJANDRO ARANGO Y ESCANDON.

PLEGARIA.

Domine, exaudi vocem meam.

¡Piedad! ¡piedad, Señor! Tu nombre santo
 El alma mía en su amargura invoca;
 Mi frente el polvo avergonzada toca;
 El criminal implora tu perdón.
 No se lo negarás; que el mundo sabe
 Que tu misericordia es infinita,
 Y que la raza del Edén proscrita
 Mas que enojo te debe compasion.

Dicen que mas te agrada la plegaria
 Y del contrito pecador el llanto,
 Que del gozoso querubin el canto
 En la morada de la eterna luz:
 Y que quieres su bien, porque tu diestra,
 Que en mar inmenso convirtiera el suelo,
 El iris de la paz pintó en el cielo
 Y levantó en el Gólgota la cruz.

Yo lo creo, Señor; y una esperanza
 Alimento de vida y de ventura,
 Que disipa de mi alma la amargura
 Como disipa la tiniebla el sol.
 Angel de bendicion, ensueño de oro,
 Mi desmayado espíritu sustenta:
 En sus alas rasgando la tormenta
 He tocado el umbral de tu mansion.

Ella arrojó la duda de mi mente,
 La ciega duda que atormenta el alma;
 Y en sosegada, deliciosa calma
 Sobre tu pecho recliné la sien.
 Y huyeron esas horas de agonía
 En que el misterio que tu manto vela
 En vana lucha descubrir anhela
 Audaz el hombre, sin amor, sin fe.

Insecto vil que arrástrase en el lodo,
 De tu inmensa bondad ingrata hechura,

Con insolente presuncion procura
 Por su esencia tu esencia modelar.
 ¡Ah! yo tambien, Señor, abrí mi seno
 Altivo un tiempo al pensamiento impío,
 Y ultrajes á tu nombre el labio mio
 Atrevióse tambien á pronunciar.

Yo negué tu poder y tu justicia,
 Altares levantando á mis pasiones;
 Desconocí los soberanos dones
 Que manso y tierno derramaste en mí.
 De un mundo criminal busqué la pompa,
 Y el lujo, y el bullicio y los placeres;
 En pos corrí de pérfidas mujeres,
 Y en su torpe regazo me adormí.

Era tu nombre para mí mentira,
 Invento vil de la ambicion humana;
 La sagrada virtud palabra vana,
 Sus tranquilas delicias ilusion.
 Y en medio de sacrílega algazara
 Amigos cien, en la desgracia infieles,
 Mi frente coronaban de laureles
 Marchitos, sin aroma, sin color.

Y creí ser feliz; pero mi sueño
 En el silencio de la noche umbría,
 Pavorosa vision interrumpia,
 Mostrándome el abismo al despertar.

Y creí ser feliz; pero temblaba,
 Cual hoja sacudida por el viento,
 Al percibir el leve movimiento
 Que hacia el pabellon al ondular.

Y creí ser feliz; mas si los goces
 Cantaba acaso de pasion villana,
 Lúgubre son de funeral campana
 Me hacia de terror enmudecer.
 Quise arrancar mil veces de mi mente
 Una idea fatal, aterradora,
 Que sin tregua, sangrienta, á toda hora
 Sofocaba mis dichas al nacer!

¡Yo debia morir!..... Jöven, altivo,
 En vano al ver triunfante la malicia,
 Tu poder provocaba y tu justicia
 Y rey de farsa te llamaba yo.
 ¡Miserable! Faltábame un asilo
 Donde esconder mi orgullo y mi flaqueza
 Al anunciar tu gloria y tu grandeza
 El huracan y el rayo abrasador.

Hundido en las tinieblas de la duda
 Y del crimen estúpido en el cieno,
 Jamás el cielo contemplé sereno
 Ni brisa pura refrescó mi sien.
 Natura para mí perdió sus galas;
 Marchitas eran para mí las flores,

No tenían aromas ni colores,
Solo abrojos punzábanme do quier.

Tú me alumbraste al fin tras larga noche;
Tú arrojaste de mi alma la amargura,
Con aquella esperanza de ventura
Que no pudo abrigar el criminal.
Yo sé que pueden mitigar tu ira
De mi alma los tristísimos enojos,
Y el llanto que brotando de mis ojos
El mármol ha regado de tu altar.

Yo imploro ese perdón que nunca niegas
Cuando llora sus culpas el humano;
Torne á mi pecho tu paterna mano
Mi pérdida inocencia y la quietud.
Y espero en tí, Señor; porque tu diestra,
Que en mar inmenso convirtiera el suelo,
El iris de la paz pintó en el cielo
Y levantó en el Gólgota la cruz.

1843.



MARCOS ARRONIZ.



ILUSIONES.

Y encontré mi ilusión desvanecida
Y eterno é insaciable mi deseo;
Palpé la realidad y odié la vida;
Solo en la paz de los sepuleros creo.

ESPRONCEDA.

Cual bandadas de mustias golondrinas
Que ahuyenta con sus nieves el invierno,
Ilusiones, huísteis repentinas
Al rudo embate del dolor interno.

Mis pupilas entonces se anublaron,
Y un cementerio vieron en el mundo,
Y espectros y vestiglos contemplaron
En lugar de hombres, con horror profundo.

Y mi audaz pensamiento que volara
 Cual águila en los ámbitos del cielo,
 Con torpeza en seguida se arrastrara
 Cual vil gusano por el triste suelo.

Y el corazón que cual volcán ardía
 Con la fiebre voraz de las pasiones,
 En lava dura, calcinada y fría,
 Trocaron, al volar, las ilusiones.

Se fué después calmando mi tortura
 Y quedé sumergido en el marasmo,
 Cual cadáver allá en la sepultura,
 Sin pena, sin calor, sin entusiasmo.

Venid á iluminar mi oscura mente,
 Visiones vaporosas de colores;
 Venid á colocar sobre mi frente
 Guirnaldas puras de olorosas flores.

Vosotras remecísteis con blandura
 La cuna en que de niño me adormía,
 Y con las alas de sin par albura
 Enjugábais el llanto que vertía.

Vosotras habitais en las estrellas,
 En el cáliz suave de las flores,
 En los ojos de candidas doncellas,
 De la luna en los pálidos fulgores.

El céfiro sutil es vuestro aliento,
 Y de las rosas el aroma blando;
 El canto del cenizote es vuestro acento,
 Y el murmullo que el mar siempre está alzando

Veloces acudid, aves canoras,
 Que yo os ofrezco el corazón por nido;
 Quiero escuchar las notas seductoras
 Con que arrobais al mundo entristecido.

Sois arroyos de linfas bulliciosas
 Que fecundais el valle de la vida,
 Y en torno hacéis brotar pintadas rosas
 Que regalan su esencia apetecida.

Gentiles palmas, que ofrecéis reposo
 Al hombre que prosigue su jornada,
 Cuando siente el cansancio doloroso
 Y va en pos de la sombra deseada.

Ninfas esbeltas, hechiceras driadas,
 Quiero posar en vuestro tibio seno
 Mis sienes, por las penas abrumadas,
 En que circula matador veneno.

Llega el dulce rumor á mis oídos
 Que levanta el tropel de vuestros pasos;
 Escuchad mis acentos doloridos,
 Que de fuerza y vigor se hallan escasos.

Y yo os despido, sombras engañosas,
 Os detesto, mentidas ilusiones;
 Fontasmas sois de frentes pudorosas,
 Que envenenais los tiernos corazones.

¡Perpetuo carnaval del mundo hiciérais,
 Y el amor, la virtud y el patriotismo,
 Caretas siempre han sido que ofreciérais
 Para que el hombre oculte su cinismo!

¡Honor y religion, fe y amistades.....
 Juguetes os ha hecho la costumbre:
 Vosotras, orgullosas sociedades,
 Minas sois de miseria y podredumbre!

Sociedad, no eres mas que una ramera
 Que el cetro empuñas, ciñes la diadema;
 Arrancarte ambas cosas yo quisiera,
 Y quisiera lanzarte un anatema.

¡Pues, dime, sociedad, cuál es tu historia,
 Cuáles tus timbres, tus virtudes cuáles?
 ¡Páginas solo escritas con escoria,
 Cúmulo de mentiras y de males!

Es solo el *interes* el Dios que adoras;
 Y ofrecen qual tributo en sus altares
 Las vírgenes sus gracias seductoras,
 Sus conciencias los hombres á millares.

Yo inclino únicamente la rodilla
 De la *verdad* ante la imágen pura;
 Símbolo santo, emblema sin mancilla,
 Del Dios que impera en la sublime altura.

¡Ojalá que estas últimas creencias
 Tambien no sean falsas ilusiones!
 ¡Ojalá nuestras pobres existencias,
 Muriendo encuentren célicas regiones!

Cansado ya del mundanal bullicio
 Y agostada la flor de mi esperanza,
 Anhele solo el dulce beneficio
 Que en el sepulcro nuestra vida alcanza.

1851.





EL ENSUEÑO DE LA VIRGEN.

Dormid; que el Dios alado
De vuestras almas dueño
Con el dedo en la boca os guarde el sueño;

GÓRGORA.

La vírgen inclina, cual rosa de mayo,
En tierno desmayo su cándida sien;
Y baja en mil rizos su blondo cabello
Al pálido cuello con tenue vaiven.

Sus párpados cierra suavísimo ensueño,
Con grato beleño, con blando sopor;
Agita graciosa su labio encendido,
Y vuela perdido suspiro de amor.

Cual lago tranquilo que el céfiro halaga
A tiempo que apaga la luz su fanal,
Palpita su pecho, mas albo que armiño,
Tan casto cual niño de faz virginal.

So diáfano lino de encajes ornado,
Su seno nevado se mira gentil;
Cual vemos en golfos de linfas serenas,
En medio de arenas, mil conchas y mil.

Venid, auras frescas bañadas de olores,
Venid, ruisseñores de dulce cantar;
Su sueño arrullando con blandas caricias,
Con vivas delicias brindadle á gozar.

Venid, bellas ninfas, con pasos callados,
Y en pléctros templados cantad su virtud;
Tejed de amapolas guirnalda inocente
Que adorne su frente, la infunda quietud.

Su sueño es mas lindo que el sueño del lirio
Despues del martirio de intensa calor
Si dobla sus hojas, con rico embeleso,
Del céfiro al beso que roba su olor.

El mar dilatado que ostenta sereno
Su nítido seno que el noto surcó,
Es menos risueño y es menos hermoso
Que el puro reposo de que ella gozó.

Arcángel parece que el fulgido cielo,
Alzando su vuelo, dejara fugaz,
Y al fin fatigado nos muestra sus galas
Plegando sus alas en lánguida paz.

Su mente se olvida del suelo mezquino,
Y en raptó divino se siente elevar
Al mundo sublime que habita el poeta
Cual raudo cometa de claro brillar.

Alegre descubre lozanas praderas,
Corrientes parleras color de zafir;
Y escucha encantada los coros suaves
De aligeras aves que vense bullir.

El éter adornan celajes de plata,
Y el lago retrata la bóveda azul;
Gacelas gallardas se van retirando
La sombra buscando del verde abedul.

Percibe mil grutas, cual nidos de amores,
Do lucen las flores variado matiz,
Y encubren profusas las rústicas peñas,
Formando risueñas campestre tapiz.

La brisa desparce perfume y frescura,
Y ardiente murmura sollozo de amor,
Que turba del pecho la plácida calma
Y enciende en el alma radiante fulgor.

Vision peregrina de luz circundada,
Su vista extasiada contempla al confín;
Y entónces sus blancas y tersas mejillas
Con tintas sencillas colora el carmin.

El ser que anhelaba con ansia inefable,
El ser adorable que á veces buscó
Es ese fantasma de formas galanas
Que glorias livianas audaz la ofreció.

La vírgen amante le tiende sus brazos,
Espléndidos lazos que envidia el querub;
Esposo le llama, celeste tesoro,
Su acento sonoro cual son de laud.

Después se le acerca con risa gozosa
Niñez amorosa formando rumor,
Y madre la dice con voz apacible,
Su pecho sensible llenando de ardor.

Imprime en su rostro mil ósculos caros,
Con brazos avaros su talle ciñó;
Discurre en sus venas el fuego materno,
Que en júbilo eterno su vida abrasó.

Ya siente que deja tan bellos lugares,
Y cruza millares de globos de luz;
Mirando á sus plantas el sol y la luna,
De sombra importuna la envuelve el capuz.

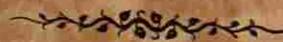
Ya llega á los cielos; ya dobla la frente,
 Con gozo ferviente delante de Dios;
 Depone su palma de vírgen emblema,
 Tambien la diadema que ostenta el candor.

El velo nocturno va el alba rasgando,
 La vírgen llorando despues despertó,
 Que mira perdidas las altas regiones
 Do etéreas visiones contenta soñó.

1851.



JOSEFA HERACLIA BADILLO.



A UN SAUCE.

Libre de la mirada indagadora
 De curioso importuno cortesano,
 Que no supo jamás como se llora,
 En este bosque umbrío,
 Llorando busco alivio al dolor mio....

Pero ¡ay!... No puede mi abundoso llanto
 Curar un corazon tan mal herido;
 En vano busco alivio á mi quebranto;
 Gimiendo entristecida,
 Logro tan solo desgarrar mi herida.

No tengo ni un recuerdo de ventura
 Que me aparte un instante del presente,
 Y endulce de mi cáliz la amargura.
 ¡Oh verde sauce hermoso!....
 ¡No encontraré jamás blando reposo!

Conozco ya que no.... La helada muerte
 Solo puede dar fin á mis tormentos....
 Solo ella, sí, ¡tan mísera es mi suerte!
 Triste vivo llorando,
 Espinas con mis lágrimas regando.

Sauce frondoso, en cuyo tronco grabo
 El nombre que mas caro á mi alma suena,
 Tú sabes bien que sin morir me acabo,
 Y que espirar no quiero
 Sintiendo en mi existir martirio fiero.

En la edad del placer y los amores
 No quisiera bajar á la honda huesa;
 Que si es triste vivir entre dolores,
 Mas lo es la muerte impía,
 Y vivir quiero con la pena mía.

Tiembla mi tierno corazón de espanto
 Al solo nombre de la muerte horrible;
 La voz me falta, se detiene el llanto,
 Y un profundo gemido
 Dice el pesar que me ha sobrecogido.

¡Cuántas veces me has visto desmayada,
 Frondoso sauce á cuyo tronco fio
 Los tormentos de mi alma acongojada!....
 Dime.... ¡Es sola la muerte
 La senda abierta á mi infelice suerte?

Desde mi nacimiento hasta este dia
 Siempre triste lloré, sauce frondoso;
 Jamás se abrió mi pecho á la alegría,
 Y morir no quisiera
 Sin que un momento de placer tuviera.

¡Cuán inútil, oh sauce, es mi deseo!
 He de morir cual vivo, desgraciada;
 Mas halagüeño porvenir no veo....
 Una temprana muerte
 Solo puede librarme de la suerte.

Viva puedo pensar en el que adoro
 Aunque infelice mi ternura sea,
 Y derramar por él amargo lloro;
 Pero en la tumba fría
 No hay esperanza, amores ni alegría.

No queda en el sepulcro ni memoria
 De lo que mas amamos en la vida;
 Es mi infeliz pasión mi única gloria,
 Y morir no quisiera
 Porque mi amor conmigo no muriera.

Mas no; acabar no puede mi amor tierno
 Que en mi alma triste su mansion labrara,
 Porque sabe que allí vivirá eterno....
 Verde sauce frondoso,
 En la muerte pensar no me es ya odioso.

MI DÉBIL CUERPO VOLVERÁ Á LA NADA,
 CUBRIRÁ MIS CENIZAS UNA LOSA,
 Y MI ALMA DEL CRIADOR Á LA MORADA
 LEVANTARÁ SU VUELO
 Y Á LOS QUERUBES SE UNIRÁ EN EL CIELO.

Y allí por el mortal que amé constante
 Rogaré sin cesar, é irá mi sombra
 Donde pisa su planta vacilante,
 Y él quizá una plegaria
 Ofrecerá en mi tumba solitaria.

1845.

FERNANDO CALDERON.

EL SOLDADO DE LA LIBERTAD.

Sobre un caballo brioso
 Camina un jóven guerrero,
 Cubierto de duro acero,
 Lleno de bélico ardor:
 Lleva la espada en el cinto,
 Lleva en la cuja la lanza,
 Brilla en su faz la esperanza,
 En sus ojos el valor.

De su diestra el guante quita,
 Y el robusto cuello halaga,
 Y la crin, que al viento vaga,
 De su compañero fiel.
 Al sentirse acariciado
 Por la mano del valiente,
 Ufano alzando la frente
 Relincha el noble corcel.

Su negro pecho y sus brazos
 De blanca espuma se llenan;
 Sus herraduras resuenan
 Sobre el duro pedernal:
 Y al compás de sus pisadas,
 Y al ronco son del acero,
 Alza la voz el guerrero
 Con un acento inmortal.

"Vuela, vuela, corcel mio,

Denodado;

No abatan tu noble brio
 Enemigos escuadrones,
 Que el fuego de los cañones
 Siempre altivo has despreciado:

Y mil veces

Hás oido
 Su estallido
 Aterrador,

Como un canto
 De victoria
 De tu gloria
 Precursor.

*Entre hierros, con oprobio
 Gocen otros de la paz;
 Yo no, que busco en la guerra
 La muerte ó la libertad.*

Yo dejé el paternal asilo

Delicioso:

Dejé mi existir tranquilo
 Para ceñirme la espada;
 Y del seno de mi amada
 Supe arrancarme animoso:

Ví al dejarla

Su tormento:

¡Qué momento

De dolor!

Ví su llanto

Y pena impía;

Fué á la mia

Superior.

*Entre hierros, con oprobio
 Gocen otros de la paz;
 Yo no, que busco en la guerra
 La muerte ó la libertad.*

El artero cortesano
 La grandeza
 Busque adulando al tirano,
 Y doblando la rodilla;
 Mi troton y humilde silla
 No daré por su riqueza:
 Y bien pueden
 Sus salones
 Con canciones
 Resonar.
 Corcel mio,
 Yo prefiero
 Tu altanero
 Relinchar.

*Entre hierros, con oprobio
 Gocen otros de la paz;
 Yo no, que busco en la guerra
 La muerte ó la libertad.*

Vuela, bruto generoso,
 Que ha llegado

El momento venturoso
 De mostrar tu noble brio,
 Y hollar del tirano impío
 El pendon abominado:

En su alcázar
 Relumbrante
 Arrogante
 Pisarás,

Y en su pecho
 Con bravura
 Tu herradura
 Estamparás.

*Entre hierros, con oprobio
 Gocen otros de la paz;
 Yo no, que busco en la guerra
 La muerte ó la libertad.*

Así el guerrero cantaba,
 Cuando resuena en su oido
 Un lejano sordo ruido,
 Como de guerra el fragor:
 "A la lid," el fuerte grita;
 En los estribos se afianza,
 Y empuña la dura lanza,
 Lleno de insólito ardor.

En sus ojos, en su frente
 La luz brilla de la gloria,
 Un presagio de victoria,
 Un rayo de libertad:
 Del monte en las quiebras hondas
 Resuena su voz terrible,
 Como el huracan horrible
 Que anuncia la tempestad.

Rápido vuela el caballo,
 Ya del combate impaciente,

Mucho mas que el rayo ardiente
Es su carrera veloz:
Entre una nube de polvo
Desaparece el guerrero:
Se ve aun brillar su acero,
Se oye á lo lejos su voz:

*¡Gloria, gloria! ¡Yo no quiero
Una vergonzosa paz;
Busco en medio de la guerra
La muerte ó la libertad.*



EL SUEÑO DEL TIRANO.

De firmar proscipciones
Y decretar suplicios, el tirano
Cansado se retira,
Y en espléndido lecho hallar pretende
El reposo y la paz. ¡Desventurado!
El sueño, el blando sueño,
Le niega su balsámica dulzura;
Tenaz remordimiento y amargura
Sin cesar le rodean:
En todas partes estampada mira

De sus atroces crímenes la historia:
 Su implacable memoria,
 Fiel en atormentarle, le recuerda
 Las esposas, los hijos inocentes
 Que por su saña abandonados gimen
 En viudez y orfandad: gritos horriblos
 Cual espada de fuego le penetran:
 Con pasos agitados

Recorre su magnífico aposento,
 Sin hallar el consuelo en su alma impura.
 La amistad, el amor, son nombres vanos
 Que jamás comprendió: los ojos torna;

Su cetro infausto y su corona mira;
 Un grito lanza de mortal congoja;
 Con trabajo respira,
 Y á su lecho frenético se arroja.

Ya, por fin, un sopor espantoso,
 Sus sentidos embarga un momento;
 Pero el sueño redobla el tormento
 Con visiones de sangre y horror:
 A un desierto se mira llevado,
 Donde el rayo del sol nunca brilla;
 Una luz sepulcral, amarilla,
 Allí esparce su triste fulgor.

Tapizado de huesos el suelo,
 Va sobre ellos poniendo la planta,

Y al fijarla los huesos quebranta
 Con un sordo siniestro crugir.
 A su diestra y siniestra divisa
 Esqueletos sin fin hacinados,
 Y los cráneos, del viento agitados,
 Le parece que escucha gemir.

Lago inmenso de sangre descubre
 A sus plantas furioso bramando,
 Y cabezas hirsutas nadando,
 Que se asoman y vuelven á hundir:
 Y se avanzan, se juntan, se apiñan,
 Y sus cóncavos ojos abriendo,
 Brilla en ellos relámpago horrendo,
 De infernal espantoso lucir:

Del tirano en el rostro se fijan
 Sus atroces funestas miradas:
 En sus frentes de sangre bañadas,
 Del infierno refleja el horror:
 Y sus dientes rechinan entonces,
 Y sus cárdenos labios abriendo,
 Este grito lanzaron tremendo:
 "¡Maldicion! ¡maldicion! ¡maldicion!"

Las cavernas de un monte vecino
 El acento fatal secundaron:
 Largo tiempo los ecos sonaron
 Repitiendo la hórrisona voz;

Y el crugir de las olas y el viento,
Y el estruendo del rayo espantoso,
Parecian al tirano medroso
Que clamaban tambien "¡maldicion!"

Cambia luego la escena: entre tinieblas,
De fuego circundado
Gigantesco fantasma se presenta:
Con dedo descarnado
Muestra al tirano una espantosa sima:
En su profundo seno
Reventar oye retumbando el trueno,
Y mira un fuego hervir como la boca
De encendido volcán, y por las llamas
Los demonios sacando la cabeza,
Prorumpen en horrendas carcajadas,
Y al réprobo saludan.
Tiemblan sus miembros, hórridas serpientes
Ciñen su corazon, y ni un suspiro
Puede exhalar, ni respirar siquiera....

¡Sacude el sueño: vagarosos ojos
En torno suyo pavoroso gira,
Y sangre, sangre, donde quiera mira!

Del lecho se lanza
Con grito doliente,
Se inunda su frente
De frio sudor:
Parece que escucha

La voz del destino,
Y el trueno divino
De justo furor.

Sus ojos cansados
Anhelan el llanto;
Mas nunca su encanto
Probó la maldad:
Al cielo levanta
La diestra homicida,
Con voz dolorida
Clamando ¡piedad!

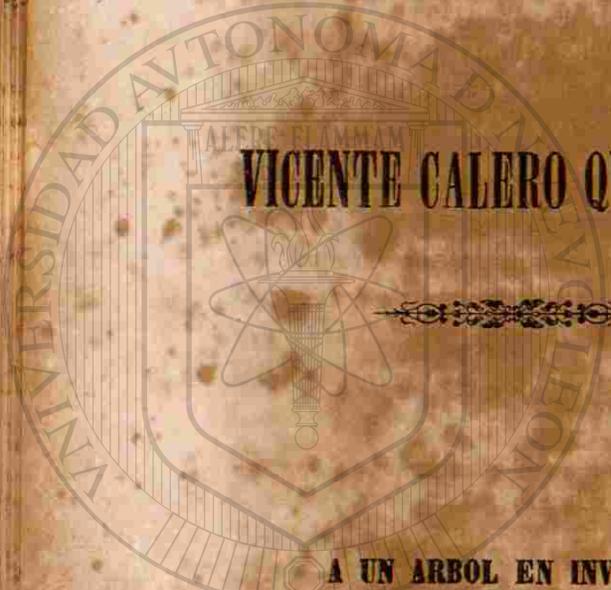
Mas no, que ya dada
Está su sentencia:
En vano clemencia
Demanda su voz:
¡Ya tiene con fuego
Marcada la frente
Del vil delincuente
La mano de Dios!

En las mañanas del abril sereno
 Con orgullo vivífico se alzaba,
 Cuando el brillante sol le despertaba
 Bañando con su luz su hojoso seno.

Tú eras entonces la feliz morada
 Del alado cantor, tú eras su anhelo,
 Y si en tus ramas descansaba el vuelo,
 Allí gozó caricias de su amada.

Tus bellas flores de precioso aroma
 Marchítanse entre cándidas espumas;
 Baja la nieve sobre tí cual plumas
 Que en su vuelo esparció blanca paloma.

Cambiará luego la estacion.... seguro
 Elevarás la frente vencedora....
 ¡Y al acerbo dolor que me devora
 No vendrá la estacion de un placer puro?



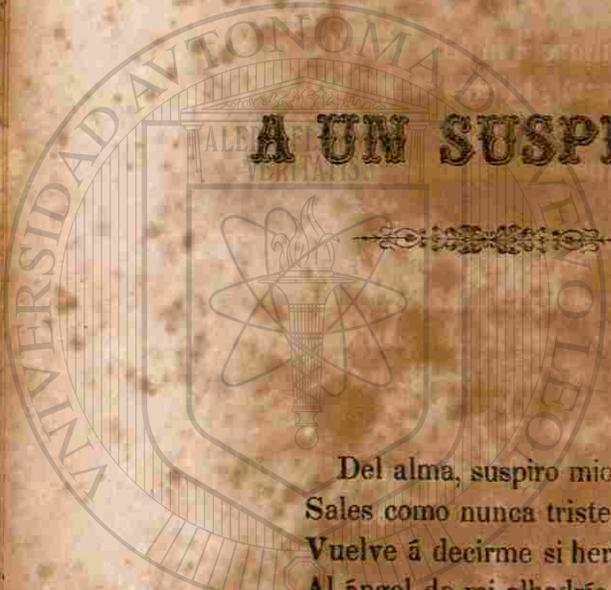
VICENTE CALERO QUINTANA.

A UN ÁRBOL EN INVIERNO.

Mirad el árbol cuya sombra amena
 Era un abrigo en el ardiente estío:
 Ya no brilla en sus hojas el rocío
 Ni el aura viene á consolar su pena.

Y como el alma en el dolor dormida
 Con dulces esperanzas se conmueve,
 Así un manto purísimo de nieve
 Baja á cubrir el sueño de su vida.





A UN SUSPIRO.

Del alma, suspiro mío,
Sales como nunca triste;
Vuelve á decirme si heriste
Al ángel de mi albedrío.

Hijo de mi amor profundo,
Tierno suspiro, ¡mi pena
A vagar ¡ay! te condena
Como huérfano en el mundo!

¡Vagar! á la amada mía
El pecho ardiente te arroja;
Hazle sentir mi congoja
Aunque te desprecie impía.

Dile que aquí en mi dolor
Levanto la vista al cielo,
Implorando por consuelo
La sonrisa de su amor.

Dile que solo con ella
Podré vivir, que mi canto
Es el mas lúgubre llanto,
Es la mas triste querella.

Dile, dile que á mi ver
De sus ojos la luz pura,
Esperanza es de ventura,
Inagotable placer.

Dile, supiro, á mi bien
Que yo te mandé á su lado,
Que por mí la has halagado....
Mas no te detengas, ven.

Ven á consolarme, sí;
Dime que á su alma llegaste,
Y que tambien le arrancaste
Algun recuerdo de mí.

TODO ES MENTIRA.

Ciega y perdida la familia humana
 En esta breve senda de amargura,
 Con sombras de placer y de ventura
 Cubre la frente á juventud lozana.

A las flores, al campo, á la mañana,
 Al sol, al mar, al aura que murmura,
 A la apacible luna, á la hermosura,
 Alza su voz febricitante y vana.

¡Miseria humanidad! descorre el manto
 En que envuelves pueril tanta mentira,
 Y no pretendas ocultar el llanto.

Rasga la venda de tu engaño, y mira
 Que este jardín y su falaz encanto
 En nuestros labios maldecido espira.

MANUEL CARPIO.

CAMINO DEL GÓLGOTA.

Melancólico el sol con roja lumbre
 Entibiaba las aguas del mar Muerto;
 Estaba ardiente el polvo del desierto,
 Y se abrasaba del Tabor la cumbre.

Flotan en Siria lánguidas las palmas,
 Y en Jericó desmáyanse las rosas;
 Las horas pasan lentas y tediosas,
 Y están inquietas en Salen las almas.

El Señor, entre tanto, sin consuelo,
Y desangrado, y con la cruz al hombro,
Iba llenando de estupor y asombro
Al pueblo y á los ángeles del cielo.

Caminaba con paso vacilante
Entre soldados de robustas cotas,
En medio de mil lanzas y garzotas,
Y triste el Centurion iba delante.

Entre la grita y el tropel impío
De la insolente guardia pretoriana,
Caminaba el Señor, esa mañana,
Envuelto con el polvo del gentío.

A solas repasaba tristemente
En medio de tan lúgubre aparato,
La amarga historia de su mundo ingrato,
Mundo á la par soberbio y delincuente.

Tal fué el calor y agitacion del dia,
Que va su cuerpo de sudor bañado,
Y sin aliento va, y en tal estado
Su corazon perdona todavía.

De este modo la tórtola sencilla
De las desiertas rocas moradora,
En garras del halcon que la devora
Sufre inocente y muere sin rencilla.

En medio de las olas de la gente
Puédese apenas descubrir el Verbo;
En sus ojos se ve pesar acerbo,
Grande congoja en su abatida frente.

Al cansancio rendido, y desvelado,
Falto de fuerza á la fatiga cede,
Y en languidez mortal seguir no puede
Los grandes pasos del brutal soldado.

La sangre de Jehová corre caliente
Por su cuerpo blanquísimo hasta el suelo;
Cubre sus ojos tenebroso velo,
Y poco á poco desmayarse siente.

Aparta, ¡oh Padre! del ungido aparta
La copa del dolor que está bebiendo:
Su alma se rinde en lance tan tremendo,
Harta de tedio y de congojas harta.

En tan profunda y angustiosa pena
Inconsolable Dios lanzó un gemido,
Hasta que al fin á su dolor rendido,
Cayó, y su rostro se estampó en la arena.

Entonces crece el popular murmullo,
La burla entonces del gentil osado;
Entonces los insultos del soldado,
Y el triunfo vil del farisaico orgullo.

Cayó el Verbo en la arena desangrado,
Y un instante quedó sin movimiento,
Pálido, sin calor y sin aliento,
Como la flor que deshojó el arado.

Ese que ves postrado y abatido,
Mojada en sangre y en sudor la ropa,
Hecho el ludibrio de insolente tropa
Y objeto de sacrílego alarido,

Es el mismo que estaba allá presente
Cuando el Padre los cielos extendía:
A los astros caminos prescribía
Y les daba la luz resplandeciente:

Es el mismo Criador, el Hijo mismo
Que si amenaza al mar, el mar se humilla,
Que pasar no lo deja de su orilla,
O bien lo arroja de su inmenso abismo.

Aquí rindióse á un pálido desmayo;
Pero cuando su rostro centellea,
La alta montaña formidable humea,
Y vuelan el relámpago y el rayo.

Se alzó por fin, y expuesto á mil sonrojos,
Bajaba el melancólico semblante,
Y solo á veces por algun instante,
Tornaba al cielo sus nadantes ojos.

Entre negro terror y sobresalto
Al deshonrado Gólgota camina,
Y al grave peso de la cruz se inclina,
Falto de sangre y de consuelo falto.

Cuando se acerca á tí la Virgen bella,
En sus ojos, Señor, tus ojos clavas;
Pero al mirarla, de dolor temblabas,
Y al mirarte temblaba también ella.

Y suda de amargura y de congoja,
Viendo el sudor de tu humillada frente,
Y sin consuelo llora la inocente
Al ver el llanto que tu rostro moja.

Huérfana ¡ay Dios! y atónita de espanto
Te acompaña tu madre desvalida,
Pasada el alma con terrible herida,
Suelto el cabello y descompuesto el manto.

Entre tanto la Roma de Tiberio
Dominada de lúbricas mujeres,
Al fausto se entregaba y los placeres
Con escándalo inmenso del imperio.

Allá las damas sus hermosos cuellos,
El pecho y piés descubren licenciosas,
Mientras que por venderse las esposas,
Perfuman sus adúlteros cabellos.

Piadosas á tu lado unas judías
 Tu deshonra y suplicio van llorando:
 ¡Por qué no muestra corazon tan blando
 El pueblo todo que escogido habias?

“¡Ay! no lloreis por mí, dices gimiendo;
 Por vosotras llorad y vuestros hijos:
 Tiene el grande Jehová los ojos fijos
 En Salén y en el Gólgota tremendo.

“Si esto que veis le pasa al inocente,
 Al hijo mismo del Criador del cielo,
 ¿Qué esperanza le queda de consuelo,
 Qué esperanza le queda al delincuente?”

“Un enemigo irresistible y duro
 Os cercará de foso y de trinchera;
 Matanza sin piedad habrá por fuera,
 Matanza sin piedad dentro del muro.

“Temblarán las doncellas delicadas
 De las armas romanas al estruendo,
 Y de Jerusalem saldrán huyendo,
 ¡Ay! huyendo como aves espantadas.

“El extranjero de piedad ajeno,
 Con el pueblo será tan inclemente,
 Que cruces faltarán para la gente,
 Y para cruces faltará terreno.

“Vendrá la peste y la hambre asoladora,
 Seguiránse batallas á batallas,
 Y abrasará palacios y murallas,
 Y el templo ¡oh Dios! la llama vengadora.

“Sangre y mas sangre correrá en el foso,
 Y en esas calles que darán espanto,
 Y en esas plazas húmedas del llanto
 Del niño, de la esposa y del esposo.”

Dijo, y los pretorianos sus vasallos
 Lo impelen y urgen con terrible acento,
 Y al tocar en el Gólgota sangriento,
 Cayó en tierra á los piés de los caballos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

JOAQUIN M. DE CASTILLO Y LANZAS.

LA MELANCOLÍA.

En tanto que los males
De una existencia sufro en que la pena
Usurpa lo mejor, y su cadena
Arrastro pesaroso;
¡Dulce bien de mortales!
Por tu influjo piadoso
Se aplaca mi agonía;
Por tí, por tí, gentil melancolía.

Por tí tranquilo aliento,
Hija del cielo, predilecta diosa,
Que por la senda lúgubre, escabrosa,
De nuestra árida vida
Semillas de contento
Siembras favorecida,
Y viertes almo encanto
En la estremada dicha, en el quebranto!

Tu ausencia es desventura
Para un seno de amor. Desque en Poniente
Ornado de hermosura y esplendente
Parte el sol luminoso,
Hasta que aurora pura
Renace, el manto umbroso
De noche desgarrando,
Tu reino es mas que nunca dulce y blando.

¡Qué á tí del sol brillante
Importa el rayo ardiente, de que herida
La tierra se nos muestra mas lucida,
Si en tu union deliciosa
Respira una constante
Ventura cuanta cosa
El cielo haya criado,
Hija graciosa de su fiel cuidado?

Siempre á mi ver presentas
Invariable piedad: ¡y quién no goza

Tan caro don de tí? Bien sea en la choza
Del vil menesteroso,
Bien en el que te ostentas
Palacio suntuoso,
Muy mas que sus riquezas
Son para mí envidiables tus ternezas.

En tu palma apoyada
Miro tu faz, tus ojos enclavados
En esa empírea esfera: allí contados
Están en las estrellas
Tus dones, diosa amada,
Tus cualidades bellas;
Y luce en su alta via
La imágen de la *tuya* en su armonía.

De tu sencilla frente
Por las opuestas sienas penden bellos
Sin artificio alguno tus cabellos:
Tal en noche de luna,
Nube que trasparente
Pasare por ventura
Su resplandor apena
Encubre, con que brilla mas serena.

Y tu veste ligera
Simbólica es de tu genial pureza,
¡Oh nūmen celestial de la terneza!
El fin de tu existencia

Al hombre lisonjera,
Es dispensar clemencia;
Y el mortal infelice,
Por ella, diosa amable, te bendice.

Cuanto hay de mas hermoso,
Cuanto de amable y bello en la natura
A dar realce á tus gracias se apresura;
Y hasta la muerte misma,
Y el sepulcro espantoso
En que el pesar se abisma,
Desnudos de aflicciones
Por tí inspiran sublimes reflexiones.

Y la apacible reina
De la noche callada, cuya pura
Faz baña el colorido de ternura,
Pálido y delicado,
Al paso que serena
Guia su carro argentado,
Llena de tus amores
Cubre de llanto montes, valles, flores.

Risueña primavera
Te ofrece su dulzor con gozo tierno.
Pavorido ante tí huye el invierno,
Y sus iras funestas
A la playa postrera
Inculta y sin florestas

De la Grolandia helada
Rugiendo van, en fuga acelerada.

El céfiro halagiteño
En sus alas recoge de tu aliento
El dulce aroma, y vase en el momento
A embalsamar los aires
Con amoroso empeño,
Sus juegos, sus donaires
Complacido ejerciendo
Do están flores preciosas renaciendo.

De sus techos sencillos
Al abrigo zagalas y pastores
Inocentes celebran los amores
Que á sus pechos agitan
En dulces caramillos
Que su pasion imitan,
Mostrando en sus sentires,
El amor que tú impartes do quier gires.

Si alguna vez süave
Exhala un ¡ay! tu seno acongojado,
Suspira el ancho bosque: sosegado
El leon su furia olvida;
Y encantadora la ave
Que de tí es mas querida,
Filomena dichosa
Responde en trinos varios, melodiosa.

Los árboles frondosos
En son acorde y grave simetría
Mecen tristes sus ramas: niebla fria
Baña las heredades:
Los raudales copiosos,
Que en mil sinuosidades
Parten por las llanuras,
Diciendo van, ¡oh diosa! tus ternuras.

¡Venturoso el humano
Que supiere apreciar cual se merece
Tu celestial influjo! No florece
Tu amor fino en el alma
Do entró el poder insano
De la apática calma,
Que sin gozo y sin ira
Recibe el bien y el mal y todo mira.

Tú no leve deslizas
Cual forma de esperanza lisonjera
Que nos conduce en rápida carrera,
Mas á donde ignoramos.
Ni tú falaz hechizas
Las mentes; ni formamos
Aérea vision de un dia
Fascinados por tí, melancolía.

No; real es tu consuelo.
De los excelsos, celestiales techos,

Desciendes á aliviar sensibles pechos
 Que por tí claman fuerte;
 Desciendes á este suelo,
 Do todo es pena y muerte,
 Para brindarnos pia
 Tu néctar delicioso y ambrosía.

Ven, pues, amable diosa,
 Inflama con tu afecto nuestros senos;
 Por tí son nuestros dias mas serenos,
 Mas grata nuestra vida;
 Y la suerte horrorosa
 Por la culpa atraida,
 Triste culpa primera,
 Cede solo á tu magia lisonjera.



LA GUIRNALDA.



Cuando en plácido sueño
 Yacias tú tranquila reposando,
 Lesbia, mi dulce dueño,
 Al rayar de la aurora, en tí pensando,
 Por la florida falda
 De aquel monte estraviéme.

Esta guirnalda—

Confiesa, ¿no es bonita?—
 Tejí, cual de tus gracias en traslado;
 Y su conjunto imita
 Como fiel copia á superior dechado,
 A que igualar no atina,
 La union de esas tus prendas que es divina.

Entresaca, pues, de ellas
 Las que admirara mas tu fantasía
 Por dulces y por bellas,
 Por su fresca y pomposa lozanía;
 Y deja que luciente
 Corona orne tus sienas dulcemente.
 Y porque la he tejido,
 Lesbia, solo por tí, tantas canciones
 En recompensa pido
 Con laud y voz en armoniosos sonos
 Que oír tú me concedas
 Cuantas las flores son que contar puedes.

JOSÉ BERNARDO COUTO.



A FILIS EN EL INVIERNO.

SÁFICOS SIN RIMA.

La excelsa cumbre del sagrado Ajusco
Ya otra vez ciñe su inveral corona
Desque mi pecho con afecto casto
Férvido te ama.

La bella ninfa que los prades viste
De floreal pompa en la estacion primera,
La bella ninfa de quien dulces besos
Céfiro liba,

Y de verano el rutilante cirio
Que rayos lanza á la tostada tierra,
Y el padre otoño cuyas sienes orna
Báquica yedra,

Vieron la llama perennal que abrasa,
Cándida Filis, á tu amante tierno:
Viéronla y fueron; y la llama aun vive
Dentro del pecho.

Con lento paso el aterido invierno
De nuestros campos volverá á otro clima,
Vivo dejando de mi amor el fuego,
Plácida amiga;

Y primavera tornará á mirarme
De tus encantos ocupada el alma,
Mi blanda lira repitiendo siempre
Tiernos amores.

¡Dulce embeleso de la vida mia,
Propicia atiende mi ferviente voto;
Oye á tu amante que á los cielos lleva
Humildes ruegos.

Eterno lazo por amor formado
Mi suerte ligue con la amable Filis;
De rosas teja la feliz cadena
Blando himeneo.



JOSE T. DE CUELLAR.

MEDITACION.

Era la tarde; y entre nubes rojas
 El sol con lento paso descendía;
 El aura mansa en la arboleda umbría
 Agitaba las hojas.

Sobre el mullido césped reclinado,
 A la orilla de límpido arroyuelo,
 Lejos del vano mundo, sosegado,
 Fijaba mis miradas extasiado
 En el cóncavo azul del alto cielo.

Blando susurro, plácida armonía
 Se escucha por do quier: la noche en tanto
 Va descorriendo ceniciento manto
 Ante la luz del día.

La niebla se levanta lentamente
 Del lago manso á la gigante cumbre,
 Y forma un cortinaje transparente,
 Del que al través se mira en Occidente
 Del astro rey la moribunda lumbre.

¡Oh, qué me place contemplar del día
 La última luz sobre el opuesto monte,
 Y de grana teñido el horizonte,
 Donde la noche umbría

Estenderá su negra colgadura.
 ¡El sol! ¡el sol! de Dios inmensa tea,
 De Dios tan solo portentosa hechura,
 Que al descender de su encumbrada altura,
 En un mar de zafir se enseñoera!

¡El sol! ¡astro magnífico! el destino
 Constante que te guía por la esfera,
 Es la mano del Solo que pudiera
 Pararte en tu camino....

En tu camino.... ¡ay triste! ¡y qué sería
 Del pobre mundo sin tu lumbre pura?
 ¡En una noche eterna viviría?
 No: que sin tí, segura encontraría
 Tan solo su infinita supultura.

Te vas, ¡oh sol! á iluminar lejana
Otra region, á despertar un mundo,
A quien cual nuncio, en su dormir profundo,
Le envíes la mañana.

Así, tambien, en nuestro Oriente oscuro,
Fiel precursora de tu luz dorada,
Detrás del alto, derruido muro,
Aurora asomará su disco puro,
Con velos de amaranto coronada.

Por eso en el crepúsculo me inundo
De indecible placer; el sol se hunde
Tras de la parda cima, y se difunde
La sombra sobre el mundo.

Por eso ¡oh tarde! solitario, errante,
Busco tu grata y apacible calma;
Por eso á meditar vengo anhelante,
Porque dichoso de tu faz delante,
De religion, de fe se inunda mi alma.

Es la hora de quietud... los blandos sueños
Leves hendiendo la region vacía,
Para extinguir la animacion del dia,
Derraman sus beleños.

Es la hora de quietud... gime la fuente,
Y gime la paloma en la enramada
Con dulce murmurar, con voz doliente,
Y al labrador se mira indiferente
Guiar por el sendero su manada.

Yo te amo, ¡oh tarde! yo amo tu armonía;
Hora de paz, me gozo en tu hermosura;
Tu fresca brisa al respirar tan pura,
Me trae la melodía

De las canoras aves, tarde amena;
Al escuchar en la pradera verde
El canto de la parda filomena,
Mi mente en el delirio se enajena,
Y la memoria del dolor se pierde.

Del arroyo que pasa murmurante
Al discurrir la onda cristalina,
La tierna grama de su borde inclina
Y piérdese al instante....

¡Y á dónde va, cruzando presurosa
Entre juncias y alfombras de verdura,
Con pabellon de madreSelva y rosa,
Y con música dulce, melodiosa,
Que entona el ave en la floresta oscura?

¡Y á dónde va el mortal? ¡Tambien su vida
Está sembrada de pintadas rosas;
Despues llega á veredas tortuosas,
Y á un mar en su caída!....

¡A un mar! ¡á un mar cuyo profundo seno
Ha tragado á los siglos lentamente!
De víctimas jamás estuvo lleno,
Y de la muerte el matador veneno
Envia mas y mas constantemente....

¡Y esta sentencia no excluirá á ninguno,
Que una segur terrible levantada,
Irá lanzando á la insaciable nada

Mortales uno á uno!....

¡Jamás se llenará! ¡aunque algun dia
Suene en el mundo la funesta trompa,
Y el Supremo Hacedor de la armonía,
Para dejar á la creacion vacía,
Los duros ejes de la tierra rompa?

.....

Altos arcanos son, en vano lucha
La mente del mortal; la duda impera;
Opuso Dios altísima barrera

Ante su ciencia mucha.

Y el hombre, el hombre que insensato siente
La duda germinar, de orgullo henchido
Eleva al cielo la ardorosa frente,
Y demanda, ¡infeliz! para su mente
Un destello de luz apetecido.

Clama, y en vano con sus voces llena
El ancho espacio; círcale la duda,
Que su saeta al enterrarle aguda,

El pecho le envenena.

Y llora, ¡triste! en su falaz desvío,
Que necio osó sobre su orgullo insano,
En su infelice, loco desvarío,

Con atrevido pensamiento impío
El velo descorrer del hondo arcano....

¡Cuántas veces lloré! y cuántas veces
Sobre la áspera peña contemplando,
Sentí en mi pecho con dolor filtrando
De la duda las heces.

Yo contemplé la mar, el bosque umbrío,
Y al dirigir mi vista al alto cielo,
Surcó veloz el pensamiento mio
Por el éter purísimo, vacío,
Para rasgar el misterioso velo.

Y luces ví de nítido diamante
Esparcidas do quier, blancas estrellas
Que despedían de sí cada una de ellas
Destello rutilante.

Magníficos fanales misteriosos,
¡Sois acaso las fúlgidas moradas
De los que el mundo al olvidar dichosos,
Volaron á escuchar los deliciosos
Conciertos de las músicas sagradas?

¡Quién sois, cuyo brillar nunca sereno
Así la luz de vuestra faz fulgura,
Desde esa inmensa, incomprensible altura?
¿Qué existe en vuestro seno?

¡Guarda, tal vez, de la divina esencia

Un átomo que Dios destina al hombre,
Ya libre de su mísera existencia,
Cuando llegada la postrer sentencia
Del Supremo Hacedor la voz le nombre?
.....

Siempre dudar, y en la mezquina mente
Siempre la sombra del error oscura.
Tósigos ¡ay! apuro de amargura,
Si indago vanamente
De la creacion el misterioso encanto.
Por eso, ¡oh tarde! en tu tranquila calma,
Vendré á escuchar del ruiseñor el canto,
Y á procurar alivio á este quebranto,
Cruel, agudo torcedor del alma.

Yo beberé tus auras bullidoras
Henchidas de suavísima fragancia,
Recordaré de mi feliz infancia
Las encantadas horas.

Y si al fijar mi vista fatigada
En el azul del estrellado cielo,
Volviere yo á sentir duda obstinada,
La blanca fê, de luces rodeada,
Al alma triste le dará el consuelo.

1850.



LAS NUBES.



¡Nubes flotantes, húmedos vapores,
Viajeras incansables del espacio,
Que vestís los colores
Del rubí, del zafiro y del topacio!
Veros me place; el sol os ilumina
Y le tendeis magnífica cortina.

¡Las nubes! silenciosas mensajeras
De las azules cóncavas alturas,
Que destendeis vistosas
En el éter flotantes colgaduras;
¡Oh! ¡cuánto goza el corazon si miro
Vuestro voluble é incesante giro!

Yo os amo, ¡oh nubes! porque acá en mi mente
Me revela una voz dulce y sonora

En mi delirio ardiente

Lo que allá en vuestros senos se atesora:
Sí, yo comprendo, nubes vaporosas,
Vuestras gigantes cifras misteriosas.

Yo os amo; y cedo al celestial encanto
Que me inspirais, deidades de los vientos,
Y alzo mi ardiente canto
Porque á vosotras llegan mis acentos;
Y hallando así mi plácido recreo,
Siempre girar sobre mi frente os veo.

Y si en contornos frágiles, livianos,
Al blando soplo del ligero viento,
Revelais los arcanos
De vuestra esencia, entonces el pensamiento
Se dilata en la bóveda del cielo,
Creciendo mas mi infatigable anhelo.

Sí, porque miro en vuestras formas varias
De alcazâres los muros derruïdos,
Las torres solitarias,
O de monstruos alïgeros unidos,
La fantástica tropa que pelea
Y del poeta el ánima recrea.

Mil perspectivas de óptica brillante
Semejais otras veces: de oro y grana
El astro fulgurante
Con riquísima tinta os engalana,
Y allá sobre las cúspides del monte,
Lentas formais espléndido horizonte.

Cuando brillais ¡oh nubes! y la sombra
Va estendiéndose triste por el suelo,
Sois la mullida alfombra
En que pasean los ángeles del cielo;
Que mientras el mundo en su letargo se hunde,
Lampo de oro por vosotras cunde.

Mas viene la tiniebla amenazante
Sus crespones tendiendo por la esfera,
Y ruge rebramante
El ábrego en su rápida carrera;
Se difunde el terror en la natura,
Y tiembla el universo de pavora.

Los pálidos relámpagos serpean
Con fosfórico brillo, del torrente
Las rápidas ondean,
Truena la tempestad sobre mi frente;
Y allá hasta el centro de la negra nube
Mi pensamiento á deleitarse sube....

A deleitarse, sí; que esos vapores
Que lleva el viento en revoltosos giros,
 Hablan á mis dolores
Y del bardo recogen los suspiros:
Esas nubes tambien, como mi alma,
Despues del rayo gozarán la calma.

¿Por qué tiemblan cual míseros gusanos
Los hijos del placer y los amores,
 Los ricos cortesanos,
Al escuchar los vientos bramadores?
¿Por qué se entregan á letal desmayo
Cuando en el éter se desprende el rayo?

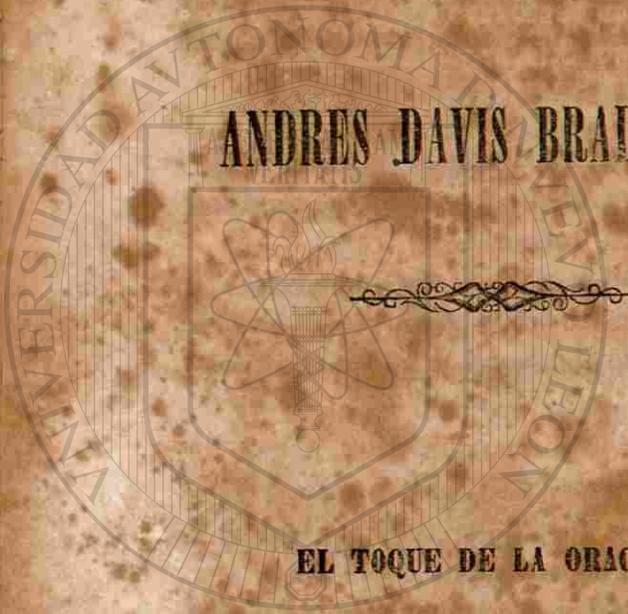
¿Y por qué os ocultais tras las cortinas
Y cerrais vuestras góticas ventanas,
 Cobardes mesalinas,
Mas hechiceras cuanto mas livianas?
¿Por qué sentís desgarrador quebranto,
Transido el torpe corazon de espanto?

¡Ah! sí; temblad los que en infanda orgía
Los crímenes sedientos apuraron,
 Y con torpe ironía
Sacrílegos de todo blasfemaron:
¿Temblad, mientras al son del ronco trueno
Alza el poeta su cantar sereno!

Gózome, sí, con el sonoro canto
Que ajeno de las míseras pasiones
 Con júbilo levanto;
Que al rebramar de fieros aquilones,
Resuenan en el cóncavo vacío,
La voz de mi Criador y el canto mio.

1852.





ANDRES DAVIS BRADBURN.

EL TOQUE DE LA ORACION.

Oculto el sol su lumbré en el ocaso
Y el ancho firmamento se oscurece....
Natura su silencio nos ofrece....
Y todo nos convida á meditar....
Las luces del crepúsculo sombrío
Reflejan en la cúpula del templo,
Y entre sus sombras débiles contemplo
Los altos edificios blanquear.

Y allá á lo lejos rutilante estrella,
Que al elevarse deja el horizonte....
Y encima se miró del pardo monte
La luna plateada relucir.

Y azul el firmamento cual zafiro,
A la meditacion conduce el alma:
Y aquella dulce, misteriosa calma,
Me hace olvidar entonces mi existir.

Hora sublime en que extasiado el hombre
Libre vagar permite al pensamiento....
En que disfruta plácido contento,
Que no se halla mezclado con dolor.

Hora en que las pasiones enmudecen
Y en tranquilo sentir el alma queda:
A la luz de la bóveda que rueda,
Mi espíritu levantas al Señor.

.....
En medio del silencio, en el santuario,
El son de la campana retumbó,
Y en varios templos, siendo repetido,
Nos anunció vibrando la oracion.
Y los ecos renuevan á lo lejos
De la plegaria mística la voz;
Y en alas de los vientos la conducen
A donde brilla para siempre el sol.

En esta hora en que el tumulto vago
Del mundo muere y sus acentos mil,

Y en que tal vez las voces del sepulcro
 El alma débil piensa distinguir,
 Fija mi vista, inmóvil en el cielo,
 Siento con fuerza el corazon latir,
 Y el pensamiento, alzándose á los astros,
 Entre ellos vuela, sin hallar su fin....

Sobrecogida de temor el alma
 Súplica fervorosa dirigió,
 Que conducida por el suave viento,
 Cual puro incienso, se elevó al Señor....
 Y sublime la voz de la campana
 En medio del silencio resonó....
 Y los lejanos ecos repitieron
 En el espacio inmenso, la oracion.



MANUEL DIAZ MIRON.



VERACRUZ.

Bañada por las olas atlánticas se eleva
 Do alzábanse en un tiempo las Ventas de Buitron, (1)
 Y allá en su altiva frente con sangre escrita lleva
 Su historia y sus desdichas, su gloria y su blason.

Un tiempo á sus riberas llegaron las legiones
 Que el genio condujera del célebre Cortés,
 Y alzaron de Castilla los regios pabellones
 Allí donde las olas bañando están sus piés:

(1) La poblacion de la Villa-rica de Veracruz fundada por Hernan Cortés, se trasladó, por orden del virey D. Gaspar de Zúñiga, en 1600, á las playas llamadas de las "Ventas de Buitron," por haberse construido en ellas algunas casas de madera y palma para uso del gobernador entonces de Ulúa, D. Francisco Buitron.

Y en que tal vez las voces del sepulcro
 El alma débil piensa distinguir,
 Fija mi vista, inmóvil en el cielo,
 Siento con fuerza el corazon latir,
 Y el pensamiento, alzándose á los astros,
 Entre ellos vuela, sin hallar su fin....

Sobrecogida de temor el alma
 Súplica fervorosa dirigió,
 Que conducida por el suave viento,
 Cual puro incienso, se elevó al Señor....
 Y sublime la voz de la campana
 En medio del silencio resonó....
 Y los lejanos ecos repitieron
 En el espacio inmenso, la oracion.



MANUEL DIAZ MIRON.



VERACRUZ.

Bañada por las olas atlánticas se eleva
 Do alzábanse en un tiempo las Ventas de Buitron, (1)
 Y allá en su altiva frente con sangre escrita lleva
 Su historia y sus desdichas, su gloria y su blason.

Un tiempo á sus riberas llegaron las legiones
 Que el genio condujera del célebre Cortés,
 Y alzaron de Castilla los regios pabellones
 Allí donde las olas bañando están sus piés:

(1) La poblacion de la Villa-rica de Veracruz fundada por Hernan Cortés, se trasladó, por orden del virey D. Gaspar de Zúñiga, en 1600, á las playas llamadas de las "Ventas de Buitron," por haberse construido en ellas algunas casas de madera y palma para uso del gobernador entonces de Ulúa, D. Francisco Buitron.

Y allí, por vez primera, las playas solitarias
Oyeron, inundadas de blanca y pura luz,
Que al Dios de los cristianos se alzaban las plegarias
Desde una humilde tienda, en torno de una cruz!

¡Cuán bella y cuán risueña, ceñida de dos mares,
Mostróse á los guerreros la tierra de Colon!
¡Cuán bellos sus jardines, sus lagos, sus aduares,
Los templos do rindiera sangrienta su oblacion!

Allá sobre su lecho de flores y espadañas
En ricos almohadones de grana, á la oriental,
De lagos circundada, de valles y montañas,
América durmiera su sueño virginal.

Mas ¡ay! que sus gigantes de nieve coronados
El paso no cerraron al vándalo invasor,
Y en danzas y festejos sus hijos descuidados
Su sueño prolongaron con cánticos de amor.

Hermosa se ostentara y rica y noble un día,
Bajo ese ardiente cielo, la ilustre Veraacruz:
Su nombre revelaban, su fama y su valía,
Sus puentes y castillos ornados de la cruz. (1)

Y allá sobre su alcázar (2) sus armas adornaban
El pórtico, la lonja y el gótico artesón,

(1) Alude á los blasones primitivos de la ciudad.

(2) El palacio municipal, cuya fabrica principi6 en 1609 y termin6 en 1621. En 61 moraban los gobernadores espa1oles.

Y en medio de sus plazas sus hijos saludaban,
Con júbilo indecible, su escudo y su pendon.

Dos veces el incendio devora sus hogares
Y ciñe con sus alas ardientes la ciudad. (1)
Dos veces los piratas profanan sus altares,
Y llevan á su seno la muerte y la orfandad. (2)

Mas bella, empero, luego se alz6 la noble villa,
Y templos y palacios de múcar erigi6;
Sus nobles hechos luego lavaron su manzilla:
La gloria de sus hijos sus timbres ilustr6.

Allí está la primera ciudad del continente,
Allí la hermosa joya del cetro colonial.
Las glorias de un imperio pasaron por su frente;
Pasaron sus caciques, su pompa vireinal.

(1) La ciudad sufrió dos incendios: el primero en 1606 y el segundo en 1608. Como las casas eran de tabla, el incendio hizo en pocas horas terribles progresos, y devor6 la iglesia parroquial. A vista de estos desgraciados sucesos, los propietarios de solares se decidieron á construir edificios de cal y canto.

(2) Dos veces arribaron á estas playa los piratas.—En 1568 fué sorprendida la fortaleza "San Juan de Ulúa" por Juan Aquines Acele. Sus tropas tomaron posesion de Ulúa, pero fueron despues rotas y desalojadas por la armada de Indias que mandaba el general espa1ol Lujan, siendo virey D. Martin Henriquez. Posteriormente, del 17 al 18 de mayo de 1693, tuvo lugar la invasion llamada de Lorencillo. Durante seis dias, la poblacion sufrió toda clase de vejaciones. Los piratas convirtieron á las iglesias en prisiones, y saquearon la ciudad.

En láminas de piedra escrita está su historia:
 Sus dioses y caciques con polvo ya cubrió:
 Borró de sus señores y dueños la memoria,
 Y aquí sobre la arena "¡pasaron!" escribió.

Contáronme de niño que su oro y su ventura
 Do quiera derramaba la villa generosa;
 Que en juras y corridas brillaba su hermosura;
 Sultana de las olas que erguida y orgullosa
 Mostraba en los festines su regia vestidura.

Contáronme que un tiempo su nombre saludaban
 Las naves españolas que al puerto guarnecian:
 Contáronme que un tiempo sus leyes acataban,
 Que pecho y homenaje los nobles la rendían,
 Que reyes y vasallos sus fueros respetaban.

Y acaso en larga noche de invierno me contaron,
 Con voz triste y solemne, sus viejas tradiciones:
 Sus cuentos populares de niño me arrullaron,
 Y en tanto que bramaban los recios aquilones,
 A leer sobre su arena su historia me enseñaron.

Su frente en otro tiempo la villa coronaba,
 En juras y corridas, con oro y pedrería:
 Su larga servidumbre con fiestas olvidaba;
 Esclava que en su lecho de múcar sonreía
 En tanto que á sus ojos la lágrima asomaba.

Rompió luego en las lides su yugo y su cadena;
 De dueños y señores triunfó por su bravura,
 Y libre, sus pendones alzando como buena,
 Guerrera victoriosa mostraba su hermosura,
 Y altiva levantaba su frente de la arena.

Cubrió sus pardas sienas de lauros inmortales;
 Ulúa ante sus armas triunfantes se humilló.
 De gloria se cubrieron su nombre y sus anales,
 Que al pié de sus cañones, rodeada de sus leales,
 El rango de los héroes la villa conquistó. (1)

Oyó de la discordia despues los alaridos
 Y oyó de la lisonja maligna los consejos:
 Su seno destrozaron rencores y partidos;
 Tornáronse en combates sangrientos sus festejos,
 Y el ruido de las armas oyóse en su egidos.

Miró sus ricas joyas la Francia codiciosa,
 Y al golfo Mejicano sus naves dirigió:
 Alzóse de sus muros, airada y animosa,
 La virgen de los mares, la villa valerosa,
 Y al galó en sus arenas ardientes combatió.

Mas ¡ay! que osada turba de viles opresores
 Llegara á sus riberas en triste, aciago día:

(1) El congreso del Estado concedió á la ciudad de Veracruz el título de Heróica, por la victoria que alcanzó sobre Ulúa.—Decreto de 7 de agosto de 1826.

Cayeron bajo el hacha sus bravos defensores,
Y en tanto que la muerte sus plazas recorra,
Sus hurras repitieron los tercios vencedores. (1)

Y es voz que á sus acentos airados levantaron
Sus ricos fundadores las frentes enterradas;
Que cerca el roto muro de múcar se sentaron,
Y al brillo del incendio, sus calles asoladas,
Postrados en la arena sangrienta, contemplaron.

De propios y de extraños la sangre ha salpicado
Sus campos y heredades, su alcázar y sus templos:
La muerte sus guerreros mil veces ha diezclado....
De arrojo y de bravura recuerdan mil ejemplos
Sus *páginas de piedra* que el tiempo ha respetado.

El polvo de los siglos las regias tradiciones
Borrando va en la hermosa ciudad ennoblecida.
Rompiéron los extraños su cetro y sus pendones,
Y fábula creyeron su gloria ya perdida,
Y fábulas tan solo su fama y sus blasones.

En torno de sus ruinas, matrona fatigada,
Ya inclina sobre el polvo la frente con dolor:
Sin toca la cabeza, la faz ensangrentada.
Aquella en otro tiempo cual reina saludada,
No tiene ya festines, ni cánticos de amor.

(1) Alude al bombardeo de la ciudad por las fuerzas militares norteamericanas, en marzo del año de 1847.

Pasó, como su gloria, su espléndida belleza,
Y el sol que iluminaba su regia bacanal.
Alumbra ora tan solo su duelo y su tristeza,
Que fué, no mas, un sueño de gloria y de grandeza
Su pompa y sus festejos, su fausto sin rival:

Un sueño... mas el sueño feliz de la ventura;
Delirio de una hermosa que reina se soñó,
Y al verse en el espejo la rica vestidura,
Temió por sus alhajas, tembló por su hermosura,
Y al suelo sus pendientes, sus galas arrojó!

¿Dó está la grey modesta que oraba en sus altares,
En medio de sus templos, en torno de la cruz?
¿Dó están los que fundaron su alcázar y sus lares,
Aquellos que en palacios trocaron sus aduares,
Y ufanos la llamaron la "Nueva Veracruz?"

¡Pasaron ya!—Del tiempo severo las lecciones
Sus piedras carcomidas mostrando están do quier.
La tierra es ancha tumba de pueblos y naciones:
El soplo de los siglos arrastra los padrones,
Y torna en polvo estéril la gloria y el poder.

Allí está la primera ciudad del continente,
Allí la rica joya del cetro colonial.
Las glorias de un imperio pasaron por su frente;
Pasaron sus caciques, su pompa vireinal!

Allí la que ha brillado temida y respetada
 En lides y consejos, en ciencia y en valor:
 Allí la hermosa villa, de torres coronada,
 Que alzaba en los festines sus cánticos de amor.

Allí la noble cuna de sabios y guerreros,
 Allí la renombrada, magnífica ciudad,
 Que su oro, su diadema, sus títulos y fueros
 Trocara por la hermosa, preciada libertad.

En láminas de piedra escrita está su historia:
 Sus dioses y caciques con polvo ya cubrió:
 Borró de sus señores y dueños la memoria,
 Y aquí sobre la arena "¡pasaron!" escribió.

MIGUEL DUQUE ESTRADA.



MARIA DE LOS DOLORES.



I.

Heme aquí en tu santuario: sacros himnos
 Piadoso pueblo en tu alabanza canta;
 Densa nube de incienso se levanta
 En torno de tu imagen sin cesar.
 A tus plantas desparcen sus aromas
 Fragantes rosas y nevados lirios,
 Y se reflejan pálidos los cirios
 En las gradas de plata de tu altar.

¡Qué bella estás bajo el dosel purpúreo
 Todo con franjas de oro recamado!
 ¡Qué bello está, de estrellas salpicado,
 Tu ancho manto de seda azul turquí!
 ¡Qué bella estás! De tus rasgados ojos,
 Vueltos al cielo con angustia fiera,
 Lágrimas se desprenden que quisiera,
 Para verterlas yo, quitarte á tí.

Vengo á encontrarte, medianera ilustre,
 Antes que el rayo sobre mí descienda;
 Virgen, perdon si vengo sin ofrenda,
 Perdon aun otra vez, no vengo á orar.
 Sus alas plega el triste pensamiento,
 Ni cree ni osa negar en su delirio;
 Duda ¡oh Virgen de amor! Letal martirio,
 Pena horrible, de sangre, eso es dudar.

¡Ah! pon tu mano en mi precita frente;
 Hierve en volcán bajo mi piel helada;
 Siento un río de lava, que abrasad
 Quema, tuesta, calcina el corazón.
 Pongo á tus piés mi espíritu llagado:
 Tu amorosa mirada en fe lo encienda;
 Ten, refrena su audacia con la rienda
 Que opone á ímpio dudar la religion.

Enfrénale, Señora, que la duda
 Envilece y destroza, engrie y aterra:

¡Oh, no son estas penas de la tierra!
 El mismo infierno me atormenta ya.
 El no mas se desgarrá en su delirio:
 Su orgullo aumenta mientras mas se humilla . . .
 Sí, en la duda la llama eterna brilla;
 Por que aquel que no cree, juzgado está.

II.

Deten la tempestad que me amenaza,
 No me anonade la ira celestial;
 Sé mi ángel de la guarda, mi coraza;
 Me asiré de tu falda maternal.

Pasen estas angustias tormentosas,
 Pase la oscuridad, venga la luz;
 Tórñense mis espinas blancas rosas,
 Y verde palma tórñese mi cruz.

Consuelo de los tristes, ¡Virgen pía!
 Vuélveme al Dios que crédulo adoré;
 Dame la venda que mi sien ceñia,
 Dame paz, dame creencias, dame fe.

III.

¡Oh! gracias, gracias, Virgen soberena,
 Recobro en tu santuario paz y fe;
 Ante tus sacros piés cada mañana
 A darte gracias con fervor vendré.

Por tí siento hasta mí desde los cielos
 La calma descender del llanto en pos,
 Y no se atjarán por tí los vuelos
 De mi esperanza y mi confianza en Dios.

FELIX MARIA ESCALANTE.

LA SEDUCCION.

La noche se avecina; de la tarde
 El espirante sol en la ancha falda,
 Sobre un campo de rosa y de esmeralda
 Sus últimos fulgores derramó;
 ¡Y aun estás á mi lado, tu cabeza
 Reclinando en mi pecho tristemente!
 Alza un instante tu marchita frente,
 Mira otra vez al que tu pecho amó.

Enjuga el llanto, tu afliccion me acusa;
 ¿Ves esa luna que al zenit se avanza?
 Si antorcha fué de amor, luz de esperanza
 Y de dulce consuelo nos dará.
 ¿No respondes. Elvira? ¿Tus miradas
 A mí diriges? su expresion me aterra;
 Lo que tu labio con secreto encierra,
 Pintado en ella con dolor está.

¡Ten de mí compasion! no, no me acuses;
 Sé que soy el autor de tu tormento;
 Una pasion fatal en un momento
 A manchar tu pureza me arrastró.
 Sí; yo soy el culpado, tú inocente,
 Cándido cisne que á la mar volara,
 Y huyendo de las olas que abortara,
 Veniste al lazo que mi amor te armó.

Escaldados tus párpados contemplo,
 Por el llanto que viertes á raudales;
 En tus mejillas pálidas señales
 El sufrimiento con horror dejó.
 Con la sonrisa que tu faz inunda
 Mis bárbaros martirios acrecentas;
 Disimular tu pena ¿por qué intentas,
 Si al fin el corazon la adivino?

¡Ah! ¿qué fuera bastante, vida mia,
 Para calmar tu congojoso duelo?

Cada lágrima tuya vale un cielo,
 ¿Por qué verterlas con tan negro afán?
 Tu delicada tez humedecida
 El aura de la noche va secand-;
 ¿Mas el llanto se agolpa! ¿cuándo, cuándo
 Tus profundos pesares cesarán?

No merezco tu amor; ¿por qué, ángel mio,
 Con tus caricias mi martirio aumentas?
 Con ellas mis pesares alimentas,
 Ellas un crimen me hacen recordar:
 Aléjame de tí, mujer divina;
 Lo que antes fuera amor, maldicion sea:
 Mátame por favor; pero no vea
 De tus ojos las lágrimas brotar.

Sí, maldíceme, sí: el que del crimen
 Te hizo apurar la hiel en copa de oro,
 El que manchó tu virginal decoro,
 Infame, con deleite engañador,
 Tu maldicion merece; . . . mas detente,
 ¿No profieras por Dios! Al adorarte,
 ¿Cómo podré colérica escucharte
 Sin morir de vergüenza y de dolor?

¡Perdon, perdon! La noche, la natura,
 Parecen conmovirse: de amor lleno
 Aun palpitante está tu hermoso seno:
 ¿Y olvidas mi conducta criminal?

¡Dios de bondad! Protege á la que amante
Lamenta y llora con delirio ciego,
A la que alzando con fervor su ruego,
Te invoca con acento celestial.

¡Pobre Elvira! ¿contemplas estos sitios?
Ellos vieron las dichas que gozamos;
El canal trasparente en que bogamos
Refleja de la luna el resplandor.
Esos sauces que miras reclinando
En las aguas sus brazos agobiados,
En deleites nos vieron agitados,
Vivos recuerdos de un funesto amor!

Bella lá luna como un tiempo brilla
Sobre los verdes valles y vergeles;
Los gritos de sabuesos y lebreles
Como entonces oímos resonar:
Aun se oye el relinchar de los caballos,
Del cazador el cuerno penetrante,
Y mas lejos monótono, constante,
El golpe de las olas de la mar.

En un bosque de fresnos y naranjos,
Ora como antes juntos nos hallamos;
La atmósfera que entrambos respiramos
Es la misma que vaga en derredor:
Las auras de la noche que precoces
Tus cantares en torno difundian,

Tambien susurran hoy como solian;
Mas llevan tus suspiros de dolor.

Y ¿qué será de tí? Noche espantosa
A tan diáfana luz ha sucedido;
Te abandonó el placer, triste gemido,
No tu canto de gloria, resonó.
De tu tez el esmalte, ¿qué se ha hecho?
Ni un resto queda ya de tu hermosura,
Rompióse el talisman de tu ventura,
La flor de tu inocencia se secó.

Ven, huyamos de aquí, porque estos sitios
Que fueron tan felices, son fatales;
De una historia de amor vivos anales,
Publicando tu afrenta siempre están.
¿Para qué recorrer la historia triste
Que presenta memorias de tormento?
Las llagas que causara el sufrimiento,
¿Por qué enconarlas si martirio dan?

Pero es en vano; los pesares crudos,
En nuestro corazon siempre grabados,
Nos seguirán sin fin: los desgraciados
Lo mismo son aquí que mas allá.
¡Sueños de amor, recuerdos de contento!
¿Por qué turbais el pecho dolorido?
Si horrible es el presente, lo que ha sido
¿Por qué indeleble en la memoria está?

Lejos de mí, delirios que la mente
Halagáis con visiones de ventura,
Cándidas nubes de sin par blancura
Que os alzais de la vida en el oriente:
Dejad al corazon, que aun late ardiente,
Perderse en un océano de amargura;
Si nuestra sed no templá la onda pura,
¿A qué mirar las aguas del torrente?

Pasen las dichas que el amor me diera,
Como las aves por el aura fría,
Sin dejar rastro en su fugaz carrera:
Delicias que volásteis en un día,
Tanta pena me dais, que bien quisiera,
¡Ay! arrancaros á la mente mía!

Y tú, flor solitaria, flor marchita
En el abril de tu existencia bella;
Tú que al mundo alumbraste, pura estrella,
Y el mundo tus fulgores apagó;
Sigue en tu soledad, proscrita, errante,
Tú á quien la soledad tanto adoraba,
Porque esa soledad que te aclamaba,
Con eterno baldon te señaló.

¡Qué horrible porvenir se nos prepara!
Lucha azarosa nuestro pecho oprime;
Llora, lloremos juntos, que es sublime
El llanto que destila la pasión.

Tal vez mañana tristes, sin aliento,
Rendidos al dolor que nos espera,
Ni estéril una lágrima siquiera
Arrancará á los ojos la aflicción.

Sitios de amor, de dichas, de misterios,
Ora llenais mi corazon de duelo;
Elvira amante, objeto de mi anhelo,
Mañana de nosotros ¿qué será?
Quizá al morir de la vencida tarde
Entrambos maldiciendo nuestra suerte,
En vano llamaremos á la muerte;
La muerte á nuestro ruego no vendrá.





En el espacio brilla eternamente
 Sacudiendo de fuego tu melena,
 ¡Flamante sol! que el alma tengo llena
 De ese tu fuego que abrasó mi mente.
 Deja, deja que ardiente
 Alce hasta tí mi espiritual anhelo,
 Porque mi alma, que oprime la tristeza
 Y es mas grande que tú, quiere expandirse
 En ese que iluminas, de pureza
 Inmenso cielo; y quiere saludarte,
 Para comunicar al contemplarte,
 Su grandeza inmortal á tu grandeza.

Aquí estoy, ya lo ves. Si son tus galas
 Por la mano encendidos de Dios fuerte,
 Esos rayos tan vívidos de fuego,
 A cuyo ardor solícito me entrego,
 Y es tu digno palacio
 Ese que miró inmensurable espacio,
 Yo quiero en tu palacio sorprenderte,
 Para decirte con audaz empeño,
 Que aunque grande te ostentas en los cielos,
 No me mires pequeño
 Porque piso la tierra que tū alumbras;
 Que si al fin con tus rayos me deslumbras,
 En orgullosa calma,
 Comprendo que es materia tu luz rica
 Para mi bienestar solo formada,
 Y que mi alma elevada
 Con tu Supremo Autor se comunica.

Mas no quiero humillarte: yo te admiro
 Cuando brillas flamígero en el éter,
 Al saber que una mano
 A los dos nos formó, y en un momento
 De amor á la creacion, el Soberano
 Señor del cielo y tierra,
 Monarca te aclamó del firmamento.

Ya reverente el valle te contempla;
 Ya el desierto espacioso
 Su majestad depone ante tu brillo;

Ya el mar besa tu planta,
 Y el volcán reventando henchir pretende,
 Al saludarte con salvaje acento,
 Con lava ardiente la region del viento;
 Que al presentarte tū, murió la noche;
 Cegaron las estrellas con tu lumbre,
 Y pasó ante tu trono, entumecido
 Y en tu luz confundido,
 Palideciendo sus fulgentes alas,
 El cometa atrevido.

Osténtate en los cielos despreciando
 En juventud perpetua,
 Los siglos que á tu espalda vas dejando.
 ¿Por qué hiela la mano de los tiempos
 De los hombres la vida?
 ¿Por qué de la beldad tan ruda mano
 La tez surca inclemente,
 Y no toca jamás tu altiva frente?
 Finito todo ante tus ojos veo;
 Mas tu orgullo infinito
 A destructores siglos desafiando,
 Se goza avasallando
 Con indomable brio,
 Su palpable y tremendo poderío.

Sigue clavado en medio de ese cielo,
 Ansiando movimiento
 Para volar por el inmenso espacio,

Y por tu mismo anhelo
 De mi alma mide el sin igual tormento;
 Concibe, que si yaces en un punto
 Sin poder recorrer el infinito
 Espacio portentoso,
 Este mi corazon lleno de penas,
 Con impotente brio
 Quiere romper del mundo las cadenas,
 Buscando una ventura que no alcanza
 De mi desierta vida en el vacío.

Preside de los tiempos la pujanza,
 Ya que los siglos domas
 De su vana jactancia por venganza:
 E impasible contempla aqueosos restos
 De los grandes palacios que alumbraste
 Allá en remotos climas;
 Que hoy son para la tierra
 Reliquias de grandeza
 Que avara entre sus ámbitos encierra.
 Ya que de monumentos mas antiguos
 Se perdió la memoria,
 No quedando ni el polvo de las ruinas,
 Ni un destello fulgente de la gloria
 De otras generaciones,
 Alumbra lo que existe
 De grandeza y poder en las naciones.

Contempla sin asombro,
 Como de Babilonia el esterminio

Miró sangrienta luna,
 Las guerras de los pueblos con imperios;
 Y á cruentos batallones que miraste,
 En bacanal nefanda discurriendo
 Sobre el escombro de los fuertes muros
 Que altivos derrumbaron;
 Contéplalos, te digo,
 Derribados en tierra, sin aliento,
 Yertos, bordando el campo de sus glorias
 Con lanzas y morriones,
 Con sus cuerpos sin vida y sus pendones.

Búrlate, sí, de la grandeza humana,
 De la gloria inmortal de los imperios;
 Cual nos burlamos hoy de los misterios
 Que con ficción insana,
 Allá en la media edad nos descifraban,
 Con oscuras y necias profecías,
 Aquellos impostores adivinos
 Que del mundo marcaban los destinos.

Sobre la tierra mira
 El vuelo de huracán de la epidemia,
 Monstruo de los infiernos abortado;
 Hambriento monstruo; monstruo abominable,
 Que con saña implacable
 Sin cesar recorriendo las naciones,
 De las generaciones
 El diezmo devorando,
 Va llanto y luto tras de sí dejando.

Y si tu luz propicia
 No alumbra el porvenir del hombre triste,
 Si una aurora de dicha para mi alma
 Con lumbre lisonjera
 No ha de anunciar tu aparición al orbe,
 Desplómate en la esfera
 Destruyendo este mundo que me abruma,
 Cual destruye la espuma
 Del sonante torrente
 El huracán potente.

Dicen que en ese cielo
 Un ángel te sostiene noche y día,
 El ángel de la luz; pues bien, que alumbre
 Con su espíritu audaz el alma mía;
 Que mi espíritu inmenso,
 Que vuela sin cesar por el espacio,
 En los misterios de la fe divina
 Se pierde cual tu frente en la neblina.

¡Flamante sol, admiración del orbe!
 Responde por favor á mi demanda;
 Dime si frente á frente
 Contemplas de mi Dios la faz gloriosa;
 Si á los que aquí alumbraste, mis mayores,
 Hoy miras en el cielo prometido,
 O si eres la diadema que el Dios fuerte
 Se arrancó con desden de la cabeza,
 Arrojándola al punto en el vacío;

Pobre gala que inmenso poderío
 Despreció, como el grito de la muerte,
 Antes que con su voz dijera al hombre,
 La eternidad contéplala en mi nombre.

¡Sol! orgullo del vasto firmamento,
 Los torrentes de luz que de tu mole
 Brotan constantemente
 Inundando la tierra, no me asombran,
 Y ante tí, yo no doblo la rodilla;
 Y si mi alma te admira cuando inmenso
 En el zenit te ostentas poderoso
 En toda tu hermosura y bizarría;
 Es porque miro tras de tus fulgores
 Del Hacedor la mano
 Que á raudales los vierte en tu cabeza,
 Por dar al ser humano
 Muestras pequeñas de inmortal grandeza.

¡Sol, portento de Dios! ¡Sol que natura
 Adora, como á Dios el alma mia!
 Soy mas grande que tú porque soy hombre,
 Y mi alma de la fe con la energía,
 Con inspirado acento,
 Habla con tu Señor este momento.
 Soy mas grande que tú, porque el Dios fuerte
 Formándome á su imágen,
 Te hizo para delicia de mi vida,
 Y á mí para que fuera

Cuando me abata la traidora muerte,
 En carrera triunfal, con vivo anhelo,
 Eternamente á bendecir su nombre
 En ese mas que tú fulgente cielo.

Tal vez ¡ay! yacerás en el abismo
 De la temible nada,
 Y vale mas para tu altivo orgullo;
 Que si acaso tu frente se levanta,
 Orlada de flamante cabellera,
 A la celeste esfera,
 Será para rodar bajo mi planta.

1851.





MARIANO ESTEVA Y ULIBARRI.

AL IXTACCIHUATL.

MEDITACION.

Placer sublime y religioso inspira
Al corazón magnífica tu frente;
Mi voz para cantarte es impotente,
Y ronco son arranco de la lira.

Lágrima ardiente mi mejilla abrasa
De vergüenza y dolor cuando te miro,
Y triste y melancólico suspiro
Entre mis labios blanquecinos pasa:

Que si el hombre en su orgullo insano piensa
Cantar de Dios las hondas maravillas,
Iguales son para él las yerbecillas
Y la montaña colosal, inmensa.

Ignorancia y error su mente ofusca;
Espeso velo en derredor le envuelve,
Y en vano por romperlo se revuelve,
Y en vano luz en su delirio busca.

Y contrastando con tan vil escoria,
Tu nevada cabeza sube al cielo,
Formándole las nubes blanco velo
Y el sol corona de fulgente gloria.

Aureola de luz tu frente ciñe
Al espirar el sol en Occidente,
Y con su último rayo débilmente,
De oro y violeta tu semblante tiñe.

Coloso aterrador, tú que levantas
A los astros tu espléndida cabeza,
Tú que miras de lo alto con fiereza
La tormenta que gruñe allá á tus plantas....

Respóndeme, ¡oh volcán! ¿has visto acaso
El asiento de Dios? ¿su gloria viste,
La gloria de que inmenso se reviste
Sentado sobre el sol en el ocaso?

¿Cuando vuéla cercado de querubes
Recorriendo el extenso firmamento,
Cual el rayo que rueda por el viento
Hasta perderse entre lejanas nubes?

¿En medio de la noche tenebrosa
Levantando su frente de diamante,
Su frente brilladora y rutilante,
Mas que todos los astros luminosa?....

No le viste, ¡oh volcán! verásle un día
Cuando toque á su fin el triste mundo,
Cuando doliente grito, un ¡ay! profundo
Lance al sentir su mísera agonía.

Entonces le verás, verásle armado....
Mas un velo de lágrimas echemos:
La frente entre sus brazos ocultemos,
Piedad tendrá de su linaje amado.

Sigue entre tanto incontrastable, mudo,
Velando por mi patria con tu hermano;
La suerte que le toque es un arcano,
Mas tú serás su defensor y escudo.

De una virgen las formas encantadas
Sudario triste y blanquecino oculta:
Cuando el sol tras los montes se sepulta,
Se miran sus mejillas nacaradas;

Se pierde el sol, y palidez doliente
De nuevo cubre su semblante hermoso;
Es de la tumba el lúgubre reposo,
Es el sueño que duerme eternamente.

Quando sus formas célicas contemplo,
Su tranquilo ademan, su blanco velo,
Me parece alejarme de este suelo
Como se alza el incienso desde el templo.

Y en éxtasis profundo embebecido,
Calma un instante de mi mente el fuego;
A contemplarte y meditar me entrego
Y lo presente y lo pasado olvido.

1844.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
VERITATIS
VOLEO

JOSE MARIA ESTEVA.



ADIOS.

Adios, Carolina: el cielo ha querido
Sufriendo en el mundo dejarme sin tí.
Tú al seno, dichosa, de Dios has partido;
Los tristes recuerdos de un bien ya perdido
Me quedan á mí.

En vano procuro de noche á deshora
Llamar, Carolina, tu sombra do quier;
Sorprende en mis ojos el llanto la aurora,
¡Oh Dios! y no escucho tu voz seductora,
La voz de mi bien.

JOSE MARIA ESTEVA.

115

En vano procuro buscar, afanoso,
En Dios el consuelo de tanto sufrir;
Pasó ya aquel tiempo feliz y dichoso....
Perdí, Carolina, perdí mi reposo
Perdiéndote á tí.

¡Ay! era tan dulce tu armónico acento,
¡Ay! eran tan puros tus besos de amor,
Que aun siento en mis labios marchitos tu aliento,
Y, amante, en mi pecho sin paz ni contento
Aun vibra tu voz.

Suspiro postrero del arpa ya rota,
Postrero murmullo del viento al cruzar,
Del canto que acaba la última nota,
Del ave de paso plumaje que flota
Perdido en el mar.

Detente en mi pecho, recuerdo adorado,
Reliquia postrera del bien que perdí;
Detente en mi pecho que sufre agitado,
Sosten en la vida mi paso cansado,
Anímame á mí.

Adios, Carolina: si arcángel del cielo
Contemplas, orando, mi triste afliccion,
Desciende á mi lado, ligera en tu velo,
Derrama en mi pecho la paz y el consuelo,
Derrama tu amor.

Desciende á mi lado. Yo sigo tus huellas:
Sostenme en la ruta del bien que emprendí,
Desplega tus alas graciosas y bellas
Y cubre á tus hijos queridos con ellas,
Y cúbreme á mí.

La senda escabrosa del mundo cruzamos;
La emprenden ¡ay! ellos en pobre orfandad;
En vano á la madre y esposa llamamos,
En vano su sombra querida buscamos
Con triste ansiedad.

Desciende sobre ellos: su tierna existencia
Envuelve en las alas del ángel de Dios;
Resguarda en el mundo su casta inocencia,
Que aspiren sus labios, gozosos, tu esencia,
Que aspiren tu amor.

Yo solo he quedado: del mundo los cuido,
Mas, ¡ay! ¡qué les vale mi afán y mi amor!
¡Qué son los polluelos, si dulce y querido,
De madre amorosa les falta en el nido
El grato calor!

Tal vez en la noche, fugaz, silenciosa,
Cuando ellos descansan tranquilos aquí,
Al lecho en que duermen descienes piadosa,
Acaso en el rayo que arroja, dudosa,
La luna al morir.

¡Ah! sí, tierna madre, yo miro tu sombra
Girar en su torno radiante de amor;
Tu mano á sus plantas les tiende una alfombra,
Tu labio en las noche calladas los nombra,
Yo escucho tu voz.

Desciende sobre ellos; tu tierna existencia
Envuelve en las alas del ángel de Dios;
Resguarda en la vida su casta inocencia,
Que aspiren sus labios, gozosos, tu esencia,
Que aspiren tu amor.

Adios, Carolina: el cielo ha querido
Sufriendo en el mundo dejarme sin tí,
Tú al seno, dichosa, de Dios has partido;
Los tristes recuerdos de un bien ya perdido
Me quedan á mí.

1850.

AGUSTIN A. FRANCO.



LA INTROD-INVOCACION.

Oid, oid atentos el vate furibundo
 Que ensalza entusiasmado el resonante waltz;
 Oidle, oidle atentos, que con clamor profundo
 En tres por cuatro quiere cantaros su compás.

A los melifluos ecos de su prosaica lira
 Sentireis en el pecho el corazon latir;
 Acatareis el númen que horrisono le inspira,
 Y tremendos secretos veréisle descubrir.

El waltz es un misterio, terrible logogrifo
 Que trajo de Alemania Terpsícore veloz,
 Y es mucho mas terrible el consonante en *ifo*,
 Pues ese primer verso sudores me causó.

Pero vamos al grano, y apóstrofe sonora
 Salude dignamente al rápido girar
 Que ha entrado en las tertulias cual caja de Pandora
 De amantes y maridos á producir el mal.

Salve, danza modesta, pudorosa, sencilla,
 Que la vetusta gente contempla con horror,
 Tú que haces á las bellas cual perros en trailla
 Surcar con rauda planta el suelo del salon.

Tus glorias reconoce el *dandy* almibarado
 Y adora fervoroso tu esencia celestial;
 Por eso cuando brinca con una *huri* enlazado,
 El baile de san Vito parece que le da.

La tímida doncella realizados mira
 Sus púdicos ensueños, palpita de placer,
 Cuando de un lechuguino entre los brazos gira,
 Se juzga poseedora del encantado Eden. ®

Busquemos otro metro, que ya este me ha cansado
 Sus sílabas catorce, su golpeo infernal,
 Y tengo para mí, aunque es juicio avanzado,
 Que de Endor la sibila en él debió cantar.

II.

EL GEMIDO DEL POETA.

¿Pero qué metro escoger?
Versificar no es mui fuerte,
Y reniego de mi suerte
Que en esto me ha ido á meter.

¿Escribiré redondillas,
O me explicaré en tercetos?
No; mejor será en cuartetos
Y despues en seguidillas.

¿Seguidillas! ¡bueno va!
¿Qué has dicho, triste coplero?
Tu raquítrico tintero
Ese fruto no dará.

¿Por qué no, seor Aristarco?
El mas necio de hoy en dia
Enseñará astronomía
Hasta el mismísimo Hiparco,

Y mas fácil es por cierto
Hacer hoy una comedia,
Que lo fuera en la edad media
El desfacer un entuerto.

Sin que me dé calofrío
Desempeñaré mi asunto,
Y lo he de llevar á punto
Pesiatal, amigo mio.

Mi objeto no es cualquier cosa,
Pues que elogio la pirueta
Que ocupa de la coqueta
Toda la vida afanosa.

En el baile es donde arroja
Sus mas aceradas flechas,
Pues nunca tristes endechas
Ha de inspirar una coja.

¿Y si ese baile es el waltz?
¿En ese íntimo contacto
El mas embotado tacto
No se siente trastornar?

PARENTESIS.

(Waltz no tiene consonante,
Y viéndome en tal aprieto,
¿Qué hago? al lector no respeto
Y le emboco un asonante.)

Mas de mi asunto me alejo
Y me dice mi interior
QUE ESTA EMPRESA ES SUPERIOR
A LAS FUERZAS DE UN GOZQUEJO.

Perdóname, buen Iriarte,
Si esos versos me he tomado;
Ya no se pide prestado
Y he tenido que robarte.

Mas anudemos el hilo
De mi cortado discurso;
Ya no queda mas recurso
Que ennoblecer el estilo.

Escuchen al poetastro
Que desembucha cuartetos,
Tan sonoros, tan completos
Como Bermudez de Castro.

III.

LA CREACION DEL WALTZ.

MISTERIO NOCTURNO.

Una cosa tenebrosa; hecha por
hombres tenebrosos.

VICTOR HUGO.—LUCRECIA BORGIA.

Era de noche y al fulgor del rayo
Allá del Hartz en la elevada cima
Un miserable artista de obra prima
Contaba sus desgracias á Satan.
"Pobre estoy, y desnudo," le decia,
"Mi mujer y chiquillos no han comido;
"Chillan, y me atormenta su chillido,
"Como al manchego el ruido del batan.

"Los bailes mesurados de este siglo
"No hacen mella ninguna en los calzados,
"Por débiles que salgan y apretados
"No he logrado abreviar su duracion.
"Tú me puedes salvar, ángel caido,
"Y haremos uno y otro un buen negocio;
"Yo el hambre dejaré, dejaré el ocio;
"Tú cantarás con otra tentacion.

"A ello pues, devánate los sesos,
"Apura tu diabólico caletre,
"A las salas consigue que penetre
"Algun baile infernal digno de tí.
"Un baile aéreo, cual la danza rápida
"Con que las brujas suelen saludarte,
"Una danza en que puedas contemplarte,
"Retratado con místico buril."

El hijo de Crispin calló aterrado;
Frunció Luzbel el negro sobrecejo,
Y miró al miserable animalejo
Que imploraba sumiso su piedad.
Sacudió sus guedejas y un bufido
Lanzó que estremecer hizo los valles,
Y los perros aullaron por las calles,
Y las viejas huyeron del hogar.

Y los gallos cantaron, y al estruendo
De sus cuevas salieron los chacales,
Con otras varias clases de animales,
Que no es del caso enumerar aquí.
Del Tártaro en el fondo los demonios
Exclamaron: ¡que viva el zapatero!
Este con rostro grave y lastimero
Triste esperaba de su vida el fin.

"Cual lo pides será," dijo el diablo,
"Privilegio exclusivo te concedo;
"De la danza infernal con un remedo
"Los calzados muy poco han de durar.
"Entonces nadarás en la abundancia,
"Y cuando llegue tu postrer instante,
"Colocado en un carro de diamante
"En triunfo hasta mi trono bajarás."

Calló Satan, y el zapatero triste
Respondió que bastaba el privilegio,
Que se omitiese el aparato regio,
Pues que no le agradaba descender.
Que era escusado el diamantino carro,
Que habitar el infierno no queria,
Que de un oculto mal adolecia
Que pudiera el calor recrudescer.

Respondióle el diablo que era inútil
Su gran delicadeza y su pavora,
Que iba á un sitio de gloria y de ventura
En donde le esperaban goces mil.
Que allí se le aguardaba el digno premio
De su noble invencion, que allí veria
El galardón que merecido habia,
Del infierno encerrado en el confin.

Entre nubes de azufre y de pez negra
Despareció su majestad satánica,
Y á guisa de estudiante de botánica
Mirando al suelo el *Sátor* se quedó.
Mas luego á su dolor dió rienda suelta
En la siguiente endemoniada trova;
De ripio tiene mas de media arroba,
Y esto es que el zapatero se pulió.

Por procurar el sustento
En un zarzal me he metido,
¡Ay de mí!
Un perdurable tormento
A conseguir he venido
Hasta aquí.

Ya de los bailes reniego
Y de los rotos calzados,
Que á fe mia,

Es preferible el pasiego
A los ricos potentados.

¿Quién diría

Que el ver mis votos cumplidos
Me causaría dolor?

Sin embargo,

Exhala tristes gemido

Y es de luto y de terror

Mi letargo.

IV.

LA INTERRUPCION DESAGRADABLE.

¿Se encuentra usted con valor
Para espetarnos entera
La elegía lastimera
Del zapatero hablador?

Nos damos por satisfechos
Con lo que lleva ya dicho,
Y sepa usted, pobre licho,
Que nos deja muy mal trechos.

V.

LA CONDESCENDENCIA.

Pues señor, si usted insiste,
Aquí dará fin el canto,
Que si no la risa, el llanto
Ha de arrancar al mas triste.

Mas si álguien á esto resiste
Porque de extremos no guste,
Y llorar, reir le asuste,
Mucho temo que algun cólico,
Fiero presente diabólico,
Las cuentas al vate ajuste.

1844.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FRANCISCO GONZALEZ BOCANEGRA.



FLORES DEL CORAZON.

Porque las flores del alma
Si se van no vuelven nunca.
CAMPRDON.—*Flor de un día.*

¡Siempre mis ojos húmedos del llanto
Que arranca al corazón el desconsuelo!
¡Un eco siempre de mortal quebranto,
Siempre un gemido de dolor y duelo!

Grito es que lanza el corazón herido
Por la mano cruel de los dolores;
Llanto que sin cesar ha humedecido
De mi esperanza las marchitas flores.

¡Flores del corazón! ¡flores queridas!
Aquí en mi pecho con amor guardadas,
Con el amor de una mujer nacidas,
Y con su amor también alimentadas!

¿En dónde estais que no os encuentro? ¿en dónde?
No fueron ¡ay! mis ilusiones ciertas,
Y acá en mi pecho á mi clamor responde
Una voz que me dice que estais muertas.

¿No os volverá de nuevo á la existencia
El abundante lloro que derramé?
¿No creceréis de nuevo á la influencia
De la mujer que en mis delirios amo?

Como flores del valle que galanas
Se abren bebiendo gotas de rocío,
¡Flores del corazón! así lozanas,
Creced vosotras con el llanto mío:

Que me embriague de nuevo vuestro aroma,
Que contemple otra vez vuestros colores,
Y cual canta en el valle la paloma,
Os cantaré también, ¡benditas flores!

Que mi lira con lágrimas regada
Recobre por vosotras su armonía;
Y el alma á sus delirios entregada,
Torne á gozar, como gozar solía.

Como único consuelo á mi tormento
Yo he cantado mis íntimos pesares;
Y alivio á mi dolor con triste acento,
Pedí llorando al pié de los altares.

Mis cantos son la postrimera ofrenda
Que he consagrado á la mujer que adoro;
Ellas han sido de mi amor la prenda,
Prenda regada con mi amargo lloro.

Yo he vagado á merced de mi destino
Abandonado y triste por el mundo,
Y no he encontrado en mi infeliz camino
Quien comprendiera mi dolor profundo.

Y era á mi pecho bálsamo süave
Gemir, cantar mis íntimos dolores,
Como en el bosque solitaria el ave
Llora al perder sus cándidos amores.

Si en mis eternas horas de martirio
He cantado, mi Elisa, nuestra historia,
Es que siempre acompaña á mi delirio
De nuestro amor perdido la memoria.

He querido, mi bien, que mis acentos,
Que en el espacio azul se habrán perdido,
Fueran llevados por los raudos vientos
A resonar como antes en tu oído.

Imaginaba la ardorosa mente
Que al escuchar mi cántiga sencilla,
Una lágrima acaso tristemente
Rodara por la cándida mejilla.

Ella hubiera aliviado mis dolores,
Y al realizarse mi ilusion querida,
Del corazon las agostadas flores
Hubieran vuelto á recibir la vida.

A tí sola dijera mis pesares
Si te tuviera á tí, dulce amor mio;
Y tú sola escucharas los cantares
Que sin cesar en mi dolor te envío.

Te dijera en secreto mis amores
Sin mas testigo de mi amor que el cielo,
Y al confiarte mis íntimos dolores,
Te pidiera en secreto mi consuelo.

Y unidas nuestras almas por los lazos
Que no pudiera desatar la suerte,
Me sorprendiera alegre entre tus brazos
Amor soñando la temida muerte.

Atrevida la mente ora se lanza
En pos de una ilusion; la ve risueña
Cual un tiempo brillar en lontananza....
¡Cual un tiempo también la mente sueña!

Tras densa nube mi ilusion se esconde,
Do quier la busca mi mirada incierta,
Y una voz si la llamo me responde:
"Está la flor de tu esperanza muerta."

Entonce el corazon lanza un gemido,
Vuelvo á pulsar mi desacorde lira,
Y al compás de su acento dolorido
De nuevo el alma de dolor suspira:

Y sin tener á quien confiar mis penas,
Elisa, á tí mis cántigas envío;
A tí, mi bien, que en horas mas serenas
Sensible fuistes al acento mio.

Si llegaren á tí, si se estremece
Al escucharlas con recuerdos tu alma,
Piensa que al pecho que por tí padece
Solo tu amor le volverá la calma.

Mas de mi lira romperé las cuerdas
Si su vibrar tristísimo te enoja,
Cual destrozaste, Elisa, ¿lo recuerdas?
La flor del corazon, hoja por hoja.

Pronto cual ella acabará mi vida;
No quiero, no, que ante mi tumba llores;
Pero al verme espirar, compadecida
Vuélvele al pobre corazon sus flores.

1852.

JUVENTUD.

Maldita juventud, ¿qué me trajiste?
¿A qué llamarte con tan loco empeño?
Juventud, juventud, ¿dime qué hiciste
Con las visiones de mi dulce sueño!

L. G. ORTIZ.

Esa que llama juventud el hombre,
Epoca del amor y los placeres,
Es solo una ilusion bella en el nombre,
Y el juguete de pérfidas mujeres.

Esos ensueños de ambicion, de gloria,
Que nacen en la mente acalorada,
Son una luz que brilla transitoria
Y se pierde en las sombras de la nada.

¡Y así va el hombre en su delirio ciego
Corriendo en pos de una ilusión mentida?
¿Por qué de juventud si siente el fuego
Ama insensato con pasión la vida?

¡La juventud!... En mi niñez dichosa
Soñaba con sus mágicas delicias,
Como sueña un amante, de su hermosa
Las palabras de amor y las caricias.

Entonces ¡ay! en mi ilusión de niño
Miré la juventud rica de galas;
Entonces ¡ay! con infantil cariño
Hasta ella quise levantar mis alas.

Por las ramas de un árbol cobijada
El águila caudal en bosque umbrío,
Del sol espera la primer mirada
Para lanzarse indómita al vacío.

Así en los brazos de mi madre amante
Yo te esperaba, juventud, un día,
Para ir sobre tus alas anhelante,
Del falso mundo á la funesta orgía.

¡Y llegaste por fin! Breves pasaron
Los tiernos años de la edad primera;
Tus horas luego, juventud, llegaron,
Como flores de alegre primavera;

Y yo las saludé como las aves
Del astro rey saludan los fulgores;
Como el cenzontle con sus trinos suaves
Alza en la selva su canción de amores.

Sentí que entonces se abrasó mi mente;
Sentí violento palpitar el pecho;
Sentí de gloria la ambición ardiente,
Y un mundo fuera á mi ambición estrecho.

Pero al buscar la gloria en los placeres,
Al ver la sociedad ante mis ojos,
Yo contemplé sus célicas mujeres
Y ante ellas luego me postré de hinojos.

¡Era el amor! pero el amor de un niño;
Era el amor de los primeros años;
Era ese tierno é infantil cariño
Que el mundo corrompió con sus engaños.

Yo adoré una mujer; mi pobre lira
Cantos de amor le consagraba fieles;
Aun hoy por ella con dolor suspiro,
Solo por ella ambicioné laureles.

En un tiempo feliz entre sus brazos
El amor halagó mi mente inquieta;
Rotos después nuestros amantes lazos,
Fué mi ilusión, un sueño de poeta.

Al despertar de tan feliz ensueño
Huyó la gloria cual fantasma vano,
Y al ver perdido mi tenaz empeño,
Cayó la lira de mi débil mano.

Herido el corazon derramó llanto,
Una mujer le arrebató su calma,
Y al perder del amor el dulce encanto,
Vino la duda á marchitar el alma.

Breves las horas de mi amor volaron;
¿Qué fueron mis ensueños juveniles?
Las hojas que los vientos arrastraron
De las flores que ornaron los pensiles.

Eres, ¡oh juventud! flor de una hora,
Flor que al brotar embalsamara el viento,
Flor que aromosa ayer, hoy inodora,
Te marchita el dolor con fiero aliento.

Eres solo ilusion, bella en el nombre;
Veneno son tus mágicos placeres;
Te busca imbécil, con delirio el hombre,
Y falaces te burlan las mujeres.

Eres nube que cruza el firmamento,
Bella ilusion que en nuestra mente naces,
Pero que al soplo de aquilon violento,
Perdida en el espacio te deshaces.

¡Juventud! ¡juventud! bajo tus alas
Busqué en *mi único amor*, sombra y abrigo;
Me negaste tus goces y tus galas....
Ingrata juventud, yo te maldigo.

1851.





MANUEL EDUARDO DE GOROSTIZA.

(Este célebre poeta, además de sus obras dramáticas, escribió multitud de poesías líricas, las que inéditas se encuentran en poder de su apreciable familia; y habiéndonos dirigido á ella, manifestándole nuestros deseos de dar á luz una sola de esas producciones, hemos tenido el sentimiento de recibir una negativa absoluta y terminante. Porque no se nos culpe de haber inserto á Gorostiza en la lista de los poetas líricos que componen esta colección, sin contar con sus obras, diremos: que jamás pudimos suponer ni aun remotamente, que en su ilustrada familia había de ser donde encontrásemos escollos para la publicidad de obras que honrarian la memoria del ilustre poeta mejicano.)

FRANCISCO GRANADOS MALDONADO.



LA ORACION DE MARIA.

Lenta la luna en su apacible vuelo
Con majestad se eleva del Oriente,
Y se ve tras la nube transparente
Como una vírgen al través de un velo.

Del claustro entre los pálidos cristales
Penetran como ráfagas sus luces,
Y de las tumbas en las altas cruces
Reflejan como antorchas funerales.

Miro una vírgen en el claustro entonces
Y en medio del silencio la contemplo,
Postrada, en tanto que repite el templo
En la bóveda el eco de sus bronces.

Ella sola en el claustro silencioso
Está elevando su oracion bendita;
Allí la dulce religion habita,
Allí consigue el corazon reposo.

La oracion que levanta la doncella
Mientras el polvo de la muerte moja
Con llanto de dolor y de congoja,
Es al Eterno la oracion mas bella.

Me parece que el ángel de la muerte
Está velando del mortal el sueño,
Y llorando al mirar en el ensueño
Dormir al hombre que el dolor no advierte.

Hermosa es la plegaria que en la noche
Las vírgenes elevan á la gloria,
Del mortal infeliz á la memoria,
Mientras se rompe de la flor el broche.

Aquí en el claustro, fuera del tumulto
Del mundo y de sus falsas ilusiones,
De religion se entonan las canciones
Al tributar á Dios ferviente culto.

Los astros como lámparas brillantes
Alumbran el hermoso firmamento,
Mientras se eleva el misterioso acento
Mas allá de esos astros rutilantes.

Aquí junto á las tumbas de los hombres,
Donde se entrega á meditar el alma,
Sienten los corazones dulce calma
De amor y gloria sin oír los nombres.

Aquí la virtud santa, esplendorosa,
Brilla en la frente de la vírgen pura,
Como brilla la estrella que fulgura
En medio de la noche silenciosa.

En tanto que dirijo mi plegaria
Que los gemidos de los hombres lleva,
Cuando la vírgen su oracion eleva
En medio de la noche solitaria.

Ser Eterno que en niebla divina
Entre augusto misterio te velas
Y cercado de arcángeles vuelas
Viendo el sol á tus plantas rodar:
Oye el ruego que el hombre levanta
Porque se halla perdido en la pena,
Como grano de frágil arena
Que en las olas se pierde del mar.

Infeliz, en el mundo desierto
 Sin mirar por qué senda camina,
 Agobiado de duelo se inclina
 Y no puede su faz levantar.
 Y derraman sus ojos el llanto,
 Porque siente pesada cadena;
 "Es un grano de frágil arena
 Que en las olas se pierde del mar."

Por do quiera, del mundo engañoso
 Le persiguen las fieras pasiones;
 Le rodean do quier ilusiones
 A la tierra su frente al bajar.
 En el sueño del mal delirando
 Su alma en medio del mal se enajena;
 "Es un grano de frágil arena
 Que en las olas se pierde del mar."

Siempre viendo las flores del suelo,
 Solo mira el placer que le engaña;
 Solo siente ese llanto que baña
 Su mejilla doliente al mojar,
 Sin gozar la idea que convida
 A llorar en la noche serena;
 "Es un grano de frágil arena
 Que en las olas se pierde del mar."

No ha mirado la luz de los astros
 Que iluminan el cielo fulgente,
 No ha sentido en su cándida frente
 De virtud las ideas cruzar.
 Y por eso delira perdido,
 Y por eso á la suerte condena;
 "Es un grano de frágil arena
 Que en las olas se pierde del mar."

Desgraciado del hombre que existe
 Sin gozar del placer de la vida,
 Infeliz del que tiene perdida
 La esperanza feliz de gozar.
 Desgraciado de aquel que no llora
 Y las viles pasiones no enfrena;
 "Es un grano de frágil arena
 Que en las olas se pierde del mar."

Escuchando las voces del mundo,
 Escuchando esa falsa armonía,
 El no mira lo bello del día
 Ni contempla del sol el brillar.
 Dirigiendo sus ojos al suelo,
 La tormenta no mira que truena;
 "Es un grano de frágil arena
 Que en las olas se pierde del mar."

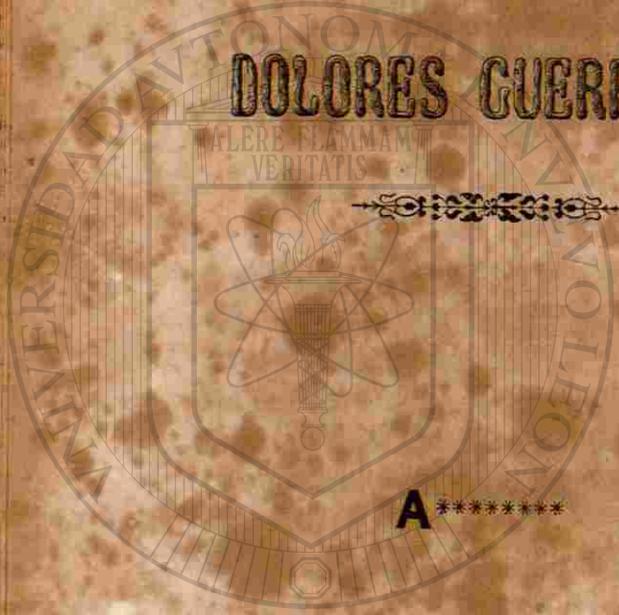
El no goza la gloria sublime
 Siempre viendo fatal el quebranto,
 Y sintiendo en sus ojos el llanto
 Y en su pecho el acerbo pesar:
 Caminando sin luz y sin guía,
 De este mundo el encanto le llena:
 "Es un grano de frágil arena
 Que en las olas se pierde del mar."

Calló su voz la encantadora vírgen
 Que me hizo estremecer con su armonía;
 El viento se llevó la melodía....
 Ha tornado el silencio sepulcral....
 Vuela mi mente á repasar la vida,
 Mis ojos vierten dolorido lloro,
 Entre tumbas de mármol y de oro
 De una cruz sobre el rico pedestal.

Silencio santo que en el alma grata
 Tiernos recuerdos de virtud inspira,
 Encuentra el corazon cuando suspira
 Pero suspiros de inocencia y paz.
 Mi pensamiento altivo se remonta
 Arrebatado en éxtasis divino,
 Cuando las flores á mirar me inclino,
 Cuando siento mis lágrimas bajar.

Aquí sorprenderáme la mañana
 Postrado en medio del silencio agosto,
 Oyendo el himno que levanta el justo
 En el templo sagrado del Señor.
 Donde su voz alzaba pura vírgen
 En el claustro bendito y silencioso,
 Donde encuentra el mortal puro reposo
 Cuando levanta su plegaria á Dios.





DOLORES GUERRERO.

A*****

A tí, joven de negra cabellera,
De tez morena y espaciosa frente,
De grandes ojos y mirada ardiente,
De labios encendidos de rubí;
De nobles formas y cabeza altiva,
De graciosa sonrisa y dulce acento,
De blancos dientes, perfumado aliento,
A tí te amo no mas; no mas á tí.

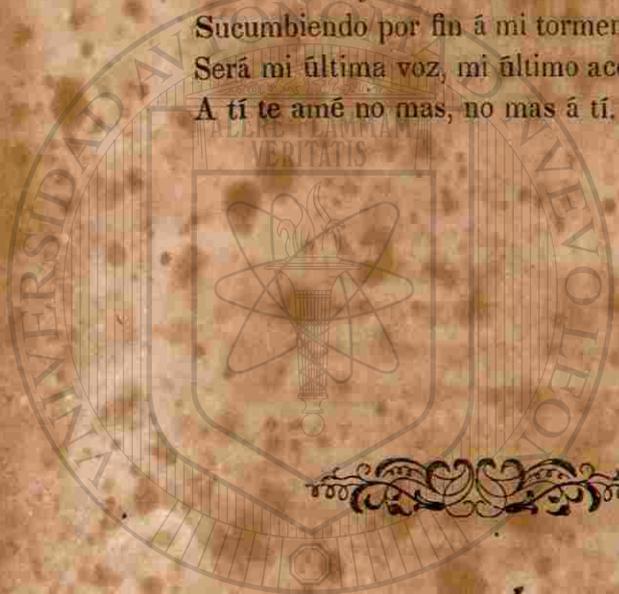
Porque tú eres el hombre que yo viera
Ha largo tiempo en mis dorados sueños;
Tú eres el ángel, sí, de mis ensueños,
Ideal fantasma que una noche ví
Seductoras palabras murmurando,
Que el céfiro al pasar me repetía,
Y el aura sin cesar también decía:
A tí te amo no mas; no mas á tí.

Tú eres el solo por quien he sentido
Dulcísimas y gratas emociones;
Tú has llenado mi alma de ilusiones,
Has engendrado nueva vida en mí.
Yo te miré una vez, y en el momento
Sentí un fuego voraz que me quemaba;
Y una voz escuché que me juraba:
"A tí te amo no mas; no mas á tí."

Desde entonces tu imágen *seductora*
No se aparta un instante de mi mente,
Y un ardiente volcán siento en mi frente, ®
Y te adoro, mi bien, con frenesí.
Tu recuerdo me sigue á toda hora,
Páreceme escuchar tu dulce canto;
Porque tú eres mi vida, tú mi encanto....
A tí te amo no mas; no mas á tí.

Te adora el corazon enternecido;
 Tú formas en mi vida transitoria
 La divina esperanza de una gloria
 Que allá en un tiempo venturosa ví;
 Y cuande baje á solitaria tumba,
 Sucumbiendo por fin á mi tormento,
 Será mi última voz, mi último acento....
 A tí te amé no mas, no mas á tí.

1852.



A*****

En esas pobres flores que te envió
 Del corazon verás los sentimientos;
 Abatido por tristes sufrimientos,
 Nunca de tu recuerdo hay un vacío.

Sabrás que encierra *amor* el pecho mio,
 Que son tuyos no mas mis pensamientos
 Y á pesar de mis bárbaros tormentos,
 Siempre eres dueño tú de su albedrío.

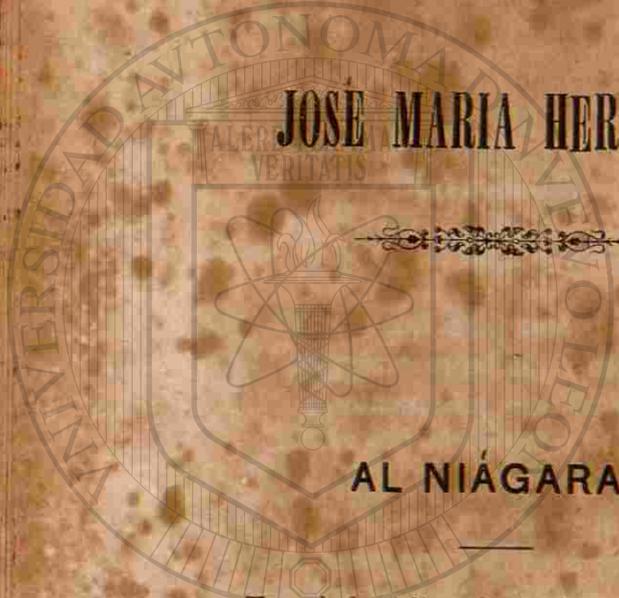
Así como las flores ya marchitas
 Aun guardan en su cáliz el perfume,
 Así tambien en medio de mis cuitas

No se apaga el amor que me consume.
 ¡Ay! en mis horas de dolor precitas
 Nada miro en redor que no me abruma.

obriga
 estaci
 .dgnoc sup



diriv
 ne eni d'v tea



JOSE MARIA HEREDIA. (1)

AL NIÁGARA.

Templad mi lira, dádmela, que siento
 En mi alma estremecida y agitada
 Arder la inspiracion. ¡Oh! ¡cuánto tiempo
 En tinieblas pasó, sin que mi frente
 Brillase con la luz! . . . Niágara undoso,
 Tu sublime terror solo podria
 Tornarme el don divino que ensañada
 Me robó del dolor la mano impía.

(1) Natural de la isla de Cuba y ciudadano de Méjico, á donde vino desde su tierna edad, habiendo prestado despues importantes servicios en los diversos y distinguidos puestos públicos que ocupó.

Torrente prodigioso, calma, acalla
 Tu trueno aterrador; disipa un tanto
 Las tinieblas que en torno te circundan;
 Déjame contemplar tu faz serena,
 Y de entusiasmo ardiente mi alma llena.
 Yo digno soy de contemplarte: siempre
 Lo comun y mezquino desdeñando,
 Ansié por lo terrífico y sublime.
 Al despeñarse el huracan furioso,
 Al retumbar sobre mi frente el rayo,
 Palpitando gocé: ví al océano
 Azotado por austro proceloso,
 Combatir mi bajel, y ante mis plantas
 Vórtice hirviente abrir, y amé el peligro.
 Mas del mar la fiereza
 En mi alma no produjo
 La profunda impresion que tu grandeza.
 Sereno corres, majestuoso, y luego
 En ásperos peñascos quebrantado,
 Te avalanzas violento, arrebatado,
 Como el destino irresistible y ciego.
 ¡Qué voz humana describir podria
 De la sirte rugiente
 La aterradora faz? El alma mia
 En vago pensamiento se confunde
 Al mirar esa férvida corriente,
 Que en vano quiere la turbada vista
 En su vuelo seguir al borde oscuro
 Del precipicio altísimo: mil olas
 Cual pensamientos, rápidas pasando

Chocan y se enfurecen,
Y otras mil y otras mil ya las alcanzan,
Y entre espuma y fragor desaparecen.
¡Ved! ¡llegan, saltan! El abismo horrendo

Devora los torrentes despeñados:
Crúzanse en él mil iris, y asordados
Vuelven los bosques el fragor tremendo.

En las rígidas peñas
Rómpe se el agua: vaporosa nube
Con elástica fuerza

Llena el abismo en torbellino, sube,
Gira en torno, y al éter
Luminosa pirámide levanta,
Y por sobre los montes que le cercan
Al solitario cazador espanta.

Mas ¡qué en tí busca mi anhelante vista
Con inútil afán? ¡Por qué no miro
Al rededor de tu caverna inmensa
Las palmas ¡ay! las palmas deliciosas
Que en las llanuras de mi ardiente patria
Nacen del sol á la sonrisa y crecen,
Y al soplo de las brisas del oceano
Bajo un cielo purísimo se mecen?

Este recuerdo á mi pesar me viene....
Nada ¡oh Niágara! falta á tu destino,
Ni otra corona que el agreste pino
A tu terrible majestad conviene.
La palma y mirto y delicada rosa,
Muelle placer inspiran, ocio blando
En frívolo jardin; á tí la suerte
Guardó mas digno objeto, mas sublime:

El alma libre, generosa, fuerte,
Viene, te ve, se asombra,
El mezquino deleite menosprecia,
Y aun se siente elevar cuando te nombra.

¡Omnipotente Dios! En otros climas
Ví monstruos execrables
Blasfemando tu nombre sacrosanto,
Sembrar error y fanatismo impío,
Los campos inundar en sangre y llanto,
De hermanos atizar la infanda guerra,
Y desolar frenéticos la tierra.

Vílos y el pecho se inflamó á su vista
En grave indignacion. Por otra parte
Ví mentidos filósofos que osaban
Escrutar tus misterios, ultrajarte,
Y de impiedad al lamentable abismo
A los míseros hombres arrastraban.

Por eso te buscé mi débil mente
En la sublime soledad: ahora
Entera se abre á tí; tu mano siente
En esta inmensidad que me circunda,
Y tu profunda voz hiere mi seno
De este raudal en el eterno trueno.

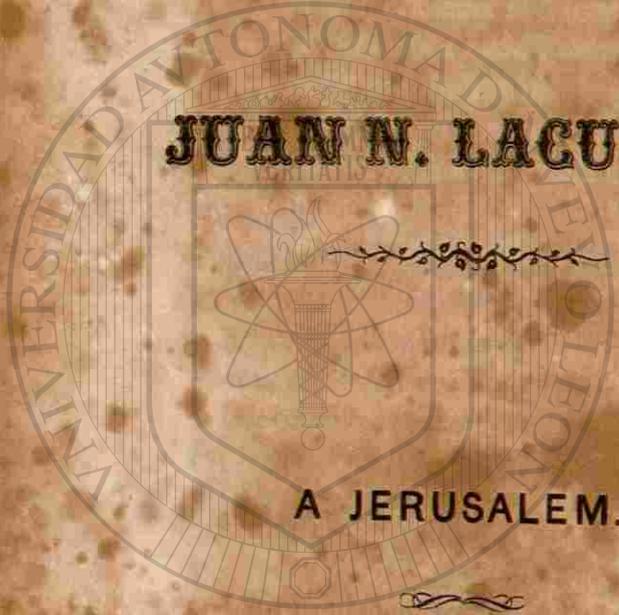
¡Asombroso torrente!
¡Cómo tu vista el ánimo enajena,
Y de terror y admiracion me llena!
¡Dó tu origen está? ¡Quién fertiliza
Por tantos siglos tu inexhausta fuente?
¡Qué poderosa mano
Hace que al recibirte
No reboce en la tierra el oceano?

Abrió el Señor su mano omnipotente,
 Cubrió tu faz de nubes agitadas,
 Dió su voz á tus aguas despeñadas,
 Y ornó con su arco tu terrible frente.
 Ciego, profundo, infatigable corres,
 Como el torrente oscuro de los siglos
 En insondable eternidad!.... Al hombre
 Huyen así las ilusiones gratas,
 Los florecientes dias,
 Y despierta al dolor!.... ¡Ay! agostada
 Siento mi juventud, mi faz marchita,
 Y la profunda pena que me agita
 Ruga mi frente de dolor nublada.
 Nunca tanto sentí como este dia
 Mi soledad y mísero abandono
 Y lamentable desamor.... ¡Podria
 En edad borrascosa
 Sin amor ser feliz? ¡Oh! si una hermosa
 Mi cariño fijase,
 Y de este abismo al borde turbulento
 Mi vago pensamiento
 Y ardiente admiracion acompañase!
 ¡Cómo gozara, viéndola cubrirse
 De leve palidez, y ser mas bella
 En su dulce terror, y sonreirse
 Al sostenerla mis amantes brazos!....
 ¡Delirio de virtud! ¡Ay! desterrado,
 Sin patria, sin amores,
 Solo miro ante mí llanto y dolores.
 ¡Niágara poderoso!
 ¡Adios! ¡Adios! dentro de pocos años

Ya devorado habrá la tumba fria
 A tu débil cantor. ¡Duren mis versos
 Cual tu gloria inmortal! ¡Pueda piadoso
 Viéndote algun viajero,
 Dar un suspiro á la memoria mia!
 Y al abismarse Febo en Occidente,
 Feliz yo vuela do el Señor me llama,
 Y al escuchar los ecos de mi fama
 Alce en las nubes la radiosa frente.

1824.





JUAN N. LACUNZA.

A JERUSALEM.

Destino fué comun de las naciones
 Nacer, crecer, brillar y morir luego,
 Unas envueltas en ardiente fuego,
 Otras cediendo al peso de la guerra;
 Otras.... Mas basta, sus ilustres nombres
 Es cuanto existe hoy de ellas:
 En vano por salvarlas del olvido
 Se afanaron los hombres.
 ¡Ya han todos juntos á la par caído!

No así Jerusalem: los siglos pasan,
 Y no empañan su gloria;
 De las naciones fuertes en la historia
 Una página existe, do grabado
 Su nombre venerado,
 Su duracion iguala á la del mundo.

¡Cuántos recuerdos tus sagrados muros
 En su recinto sacrosanto encierran,
 Patria del Redentor! ¡Suelo fecundo
 En hazañosos inmortales hechos!
 Un tiempo fué que tus heróicos reyes,
 Llenos de ardor sus esforzados pechos,
 A los pueblos idólatras, guerreros,
 Morder el polvo hicieron, y á sus leyes
 Sujetarlo supieron. Los aceros
 De tus ilustres hijos relucian
 Triunfantes, en los campos por la patria,
 Y el yugo sacudian
 Que en servidumbre los manchara un dia.

Pero cayó Jerusalem: de Roma
 El brazo poderoso la oprimiera,
 Y el pueblo electo, en lánguida agonía,
 Un ganado de esclavos solo era.
 Jerusalem emperó no ha perdido
 Su renombre y su gloria;
 Un Dios en ella nace, y del olvido
 La arranca y eterniza su memoria.

Cuna feliz de cristianismo santo,
 Los ya cristianos reyes te aclamaban,
 Por besar tus ruinas se afanaban;
 Y en diversas cruzadas, el espanto
 En derredor de tí, con mano fuerte
 Intrépidos sembraron
 En la nación de Saladino. Al verte
 Felices se creían,
 Y con tal que tu polvo los cubriese,
 Llenos de heridas con placer morían.

El niño y el anciano,
 El noble y el plebeyo entusiasmados
 A tu arena y desiertos abrasados
 Volaban juntos con furor insano.
 Y el ministro de paz, el sacerdote
 Con la espada y el casco se cubría,
 Y por tu libertad también moría.

Las antiguas pirámides grandiosas,
 Que del Egipto la soberbia alzara,
 No fueron tan preciosas
 A los ojos de Europa entusiasmada,
 Ni su poder fué tanto
 Que hacía ellas su amor los arrastrara;
 Mas de Jerusalem el nombre santo
 Los hizo abandonar la patria amada,
 Los hijos tiernos y la tierna esposa
 Y cuanto el hombre tiene máspreciado:
 Todo lo abandonó por ser cruzado.

¿Quién numerar podrá los héroes fuertes
 Que con la cruz tomaron
 Sobre tus hombros la sagrada empresa
 De libertar á Sion? Gratos sus nombres
 Por todo el orbe los llevó la fama:
 Los bardos los cantaron,
 Y de la hermosa el ardoroso seno
 Al oírlos se inflama.
 ¿Adónde se halla el pecho endurecido
 Que del bravo Ricardo y de Tancredo
 Al recordar sensible
 No lance algún gemido?
 ¿Dónde está el que no admira
 A Bullon, Monmorenci y á Felipe,
 Y á tantos otros que mi débil lira
 No alcanza ya á nombrar? El alma mía
 Envidia sus proezas
 Y en ensalzarlos cifra su alegría.

Y á vosotras también, tiernas bellezas,
 Los muros santos á sus piés os vieron:
 Compañeras amables del guerrero,
 Hacia Jerusalem os dirigíais,
 Sus dolores partíais,
 Y vuestro amor sincero
 Y vuestras gracias su consuelo fueron.
 ¡Jerusalem! ¡Jerusalem! Los años
 Pesan sobre tu frente majestuosa
 Sin empañar tu brillo. Ruinosa
 Eres tan grande cual lo fuiste el día

En que tus reyes y tu pueblo todo
 Con anheloso afán te embellecía,
 El mahometano te posee orgulloso,
 Y el cristiano piadoso
 Se afana por mirarte
 Y en peregrino traje visitarte.

Tu nombre es á mi oído
 Un talismán de tiernas sensaciones,
 Y al leer tu varia suerte, mil pasiones
 Se disputan mi pecho conmovido.



JOSE MARIA LACUNZA.



LA CRUZ DEL MAR.

De mar lejano las desiertas olas
 Surca un viajero en extranjera nave,
 Y su frente se inclina al peso grave
 De un recuerdo fatal.

Inquietas aguas y mudable cielo
 Solo halló de la vida en el camino;
 Desde la infancia le arrancó el destino
 De la tierra natal.

Mas ya la nave inmóvil retratase,
Cual espejo de acero, el oceano,
Ya la guiase inteligente mano
Como á dócil corcel;

Ya subiese á la cumbre de las olas,
Bajo incendiado cielo, al son del trueno,
O ya cayese hasta el profundo seno,
Para estrellarse en él;

Siempre, en adversa ó próspera fortuna,
La imágen cara de la patria ausente,
Memorias de la infancia, allá en su mente,
Ocupaban lugar.

Y en las formas fantásticas que el viento
A las aguas ó nubes dar solía,
Objetos que adoró la fantasía
Gozábase en mirar.

Y en las eternas horas que en los mares
Pasó de soledad y desconuelo,
Pidió con voz del corazon al cielo
A la patria volver.

Y Dios le oyó: que al vislumbrar un día
La aurora, y contemplando el horizonte,
Miró el perfil de conocido monte
De las ondas nacer.

Un momento de duda y esperanza....
Poco despues los gritos repetidos
De "¡tierra, tierra!" hirieron sus oidos,
Y oyó el cañon tronar.

Era la patria, la anhelada patria,
El objeto constante de sus votos,
La ilusion que en países muy remotos
Le hacia delirar.

Los montes se aclaraban, y su cima
Se levantaba esbelta al aire leve,
Y reflejaba en su brillante nieve
De Oriente el esplendor.

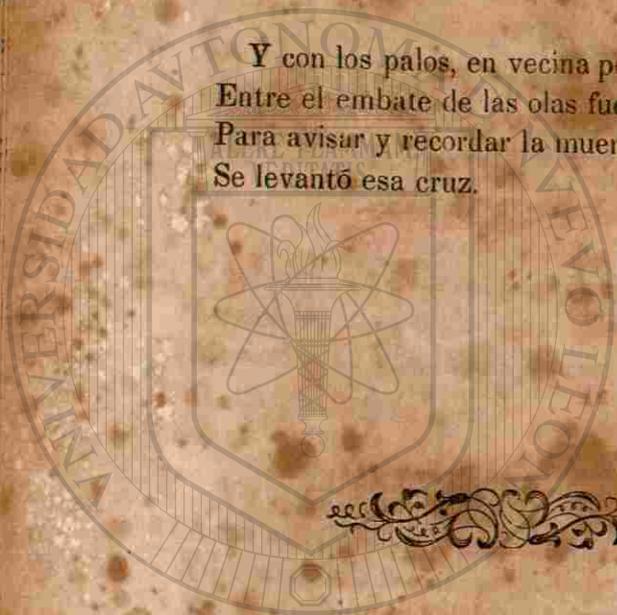
Y vió gentes y bosques en la playa,
Y el viento que las velas impelia;
Cargado iba de gritos de alegría,
Y de aromas de flor.

Y cual marino pájaro, violenta
Raza la nave las tranquilas olas,
Y con vivas y alegres banderolas
Su placer anunció.

Mas repentinamente, en peña oculta
Choca y se hiende la ligera quilla;
El mar lo tragó todo, y á la orilla
Las tablas arrojó.

Brillante fué aquel dia: ni una nube
 Vino á empañar el refulgente cielo;
 Mas lágrimas de amargo desconsuelo
 Sí alumbró con su luz.

Y con los palos, en vecina peña,
 Entre el embate de las olas fuerte,
 Para avisar y recordar la muerte,
 Se levantó esa cruz.



JOSE MARIA LAFRAGUA.



LAMENTOS DE UNA MADRE.

¡Por qué, á mi dolor impío
 Huyendo el mísero suelo,
 Volviste á tu patria, el cielo,
 Y me dejaste, hijo mio,
 Hundida en eterno duelo?

¡Qué! ¿Mis lamentos no oíste?
 ¿Mi faz no pudiste ver?
 ¿Mis besos no recibiste,
 Ni mis lágrimas sentiste
 Sobre tu rostro caer?

¿No viste que quise loca
Con mi ser tu ser comprar?
¿No te sentiste abrasar
Cuando mi boca en tu boca
Su aliento quiso inspirar?

¿No siempre que el sol salía,
Cabe tu cuna me hallaba?
¿No siempre que se ponía,
A tu lado me dejaba?
¿No allí la luna me vía?

¿No la existencia te dí
Con riesgo de mi existencia?
¿No fuistes, ingrato, dí,
El solo objeto que ví
En medio de mi dolencia?

¿Y no tu sueño velando,
Mi párpado el sueño huyó?
¿Y quién tus males curó?
¿Y quién, su vida minando,
A sus pechos te crió?

¿No tu labio repetía
Lo que mi labio dictaba?
¿No fuí de tus pasos guía,
Y si llorabas, lloraba,
Y si reías, reía?

¿No templaban tu dolor
Mis caricias? ¿A tu ardor
No cumplía mi cariño?
¿Por qué, pues, ingrato niño,
Por qué esquivaste mi amor?

Y este amor, que era mi vida,
Que era el alma de mi ser,
¿Hoy será, triste mujer,
Ilusion desvanecida,
Vaga memoria de ayer?

Sí; pasó ya mi ventura
Como relámpago breve
Que brilla en la noche oscura;
Como un ensueño, que leve,
Calma el dolor mientras dura.

Ya nunca á ver tornaré
Tus ojos encantadores;
Ya jamás escucharé
Tus acentos seductores;
Ya no mas te abrazaré.

Ya tu labio de coral
No se imprimirá en mi frente;
Ni tu frente angelical
Sellará mi labio ardiente
Con el beso maternal.

Oye, niño: yo te amaba
 Mas que la flor al rocío,
 Porque en tu rostro miraba
 Una imágen que adoraba;
 Te amaba porque eras mio;

Porque en tus venas corria
 Sangre de mis venas, sí;
 Porque tu vida era mía,
 Porque.... Dios lo quiso así,
 Y así quererlo debía;

Porque así lo decretó
 Cuando á la mujer no en vano
 El nombre de madre dió,
 Ni en balde en su alma grabó
 Este afecto sobrehumano.

Aqueste amor, que es tan puro
 Como el amor de Dios mismo;
 Noble como el heroísmo,
 Y al que con hábito impuro
 Nunca empaña el egoísmo;

Que como el sol por sí luce,
 El por sí solo subsiste;
 Y extraño impulso resiste,
 Y vive y se reproduce
 Y de mil formas se viste.

Que al niño en la cuna vela,
 Vela moribundo al hombre,
 Su cuerpo en la tumba vela,
 Salva de olvido su nombre,
 Y á sus hijos lo revela.

Que es santo como su honor,
 Encantador cual la gloria,
 Como el placer seductor,
 Osado como el valor,
 Mas dulce que la victoria.

Con este amor te adoraba:
 Tú eras mi orgullo, mi bien;
 Solo por tí suspiraba,
 Mi universo en tí miraba,
 Tú eras mi gloria, mi edén.

Me era tu acento hechicero,
 Me era grata tu sonrisa,
 Como el iris al viajero,
 Como el puerto al marinero,
 Como al pastor es la brisa.

Y ajeno de compasion,
 ¿Así mi esperanza engañas?
 ¿Así burlas mi pasion?
 ¡Oh hijo de mis entrañas!
 ¿Por qué huyes mi corazon?

¿Por qué á la tierra viniste
Si al cielo volar debias?
¿Por qué te amé y me quisiste?
¿Por qué tan bello naciste,
Si al fin de morir tenias?

¿Por qué?... Pero mi tormento
Mira el mundo y no lo entiende,
Y oye impasible mi acento....
Solo una madre comprende
De una madre el sentimiento.

Lo que es á un hijo abrazar
En amoroso delirio,
Solo á ella es dado gozar:
Solo á ella es dado preciar
De perderlo el cruel martirio.

Cuanto amaba yo en la tierra,
Mi esperanza, mi quietud,
Mi porvenir, hoy se encierra
En un lúgubre ataud
Que ávida la muerte cierra.

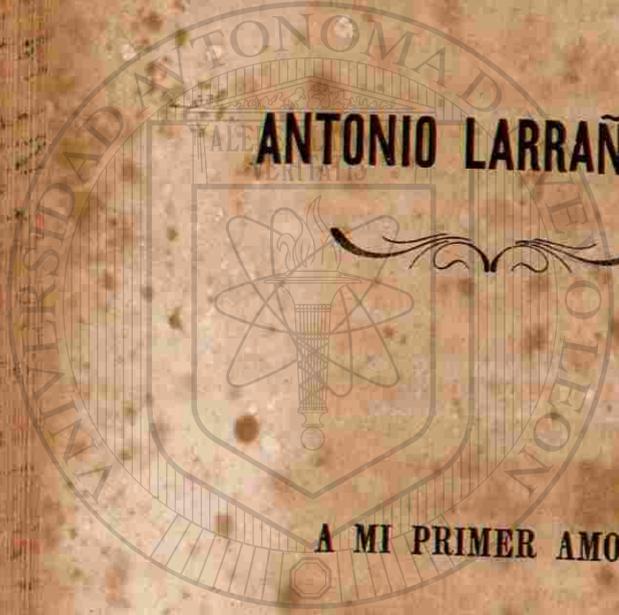
De esta ventura que pierdo,
Ventura que ayer gocé,
Tan solo ha quedado, ¡aymé!
Vago, fugaz un recuerdo,
Y un lastimoso ¡ay que fué!

Y sola y triste y llorosa,
Los dias veré pasar;
Veré los años llegar,
Abrirse veré mi losa,
Veré mi vida acabar.

Y tú, hijo mio, en tanto
A Dios cantarás loores,
Dejando correr mi llanto;
Que no podrán ¡ay! tu canto
Interrumpir mis clamores.

Mas con la muerte vendrá
La dulce, anhelada calma,
Que el pecho presiente ya;
Y huyendo este mundo, irá
A unirse á la tuya mi alma.





ANTONIO LARRAÑAGA.

A MI PRIMER AMOR.

¡Qué dulces son los placeres
Que causa el amor primero,
Y qué gozo tan sincero
Se disfruta al palpitar!
De venturas rodeados
Y de risas é inocencia,
Purísima complacencia
Nos hace el amor gozar.

¡Te acuerdas, Angela mia,
Cuando al salir de la infancia,
Me prometiste constancia
Y te di mi corazón?

Tu voz dulce fué mas grata
A mis oídos, que cuando
Entre rosales vagando
Fragante el aura sopló.

La alegre calma brillaba
En esa frente divina,
Cual la estrella vespertina
En el firmamento azul:

Y la sonrisa en tus labios
Aparecía dichosa,
Cual brota encarnada rosa
Del fresco y tierno capuz.

¡Oh mujer apacible y deliciosa,
Modelo de virtud y de ternura,
Fresca azucena, tierna y candorosa,
Mi consuelo en las horas de amargura!
Te idolatré; mas mi pasión fogosa
Huyó veloz al ver otra hermosura:
Te abandoné insensato, y los dolores
Siguiéron mis frenéticos amores.

Buscaba yo inocencia
Y encontré falsedades;
Desprecié las beldades

Y me torné á tu amor,
 Como se torna el río,
 Que inunda la pradera,
 Al cauce, y acelera
 Su corriente veloz.

Volví, Angela bella, volví; cariñosa,
 Tu voz generosa mi error perdonó:
 Tus brazos divinos mi cuerpo estrecharon
 Y un beso de fuego tu rostro abrasó.
 Y cándida y pura de mí confiaste,
 Feliz me tornaste, yo mía te ví.
 Gocé tus encantos, carísima jóven;
 Mujer deliciosa, ¿por qué te perdí?

Dulce ángel, que poseias
 Mi amor tierno y cariñoso,
 Mi consuelo:
 Quita el tedio de mis dias,
 Y dame el grato reposo
 Porque anhelo.

Vuélveme la dulce calma
 Porque suspira mi alma
 Dolorosa:

Y gozaré en tu semblante
 Tu mirada radiante
 Venturosa.

Flor que recreas el suelo
 Con tu candor y belleza
 Peregrina,
 Brillante estrella del cielo,
 Mas bella que la pureza
 Matutina.

Tu amor para mí el primero
 Le dió á mi pecho sincero
 Sus primicias:
 ¿Por qué rehusas ahora
 Al que rendido te adora,
 Tus caricias?



JOSEFA LETECHIPIA DE GONZALEZ.

LA OFRENDA.

A la memoria de la señorita Doña Josefa Badillo.

¿Quién pudiera en tu sepulcro,
Amiga nunca olvidada,
Verter el amargo lloro
Que tu recuerdo me arranca?
Hoy se pierden en la arena
De esta vega solitaria
Lágrimas del corazón,
Lágrimas que brota el alma.

Si en esta tumba querida
Do tus cenizas descansan
Cayeran una tras otra,
No sintiera derramarlas;
Como no siente el rocío
Brillar en marchitas dalias,
Y sí hundirse para siempre
De una roca entre las abras.
Si al menos dado me fuera
Colocar una guirnalda
Sobre el mármol que insensible
Mis sollozos escuchara,
Allí se deshojaría
La que mi amistad consagra
A la memoria mas tierna,
A la lira en que llorabas
Los tormentos de una vida
Desde su aurora eclipsada,
El tedio cruel de existir
Sin contentos ni esperanzas.
Ofrenda que mi cariño
Formó con la débil rama
De un laurel que entre cipreses
Melancólico enseñaba
Sus hojas amarillentas
Entre las que se enlazaban
De la yedra trepadora
Flores bellas, delicadas.
Corona que es para mí
Imágen de aquellas gracias

Que apenas muestran su hechizo
 Cuando se miran ajadas.
 Tu juventud fué la flor,
 Al abrirse, mutilada
 Por el famélico insecto
 Que su cáliz ocultaba.
 ¿Quién vió sus bellos matices
 Alegres? ¿quién vió sus galas
 Ostentando el atractivo
 Que á los céfiros embriaga?
 Aquellos aparecieron
 Macilentos, doblegada
 La hermosa, gentil corola
 Que en el tallo se elevaba.
 ¿Quién la miró sonreirse
 Con la sonrisa del alba,
 Ni del magnífico sol
 A la fecunda mirada?
 Alguna vez un suspiro
 Oyó la luna plateada,
 Suspiro en que la ofrecia
 Su pura, suave fragancia.
 Así en las noches serenas
 Tenués, muy tristes sonaban
 Las patéticas canciones
 Que á los cielos elevabas;
 Y sus doloridos ecos
 Mi corazon penetraban
 Grabando en él para siempre
 Las penas que devorabas.



JOSÉ MARIA LOZANO.



DESENGAÑO.

Loco de amor y de esperanzas lleno,
 Ciego corrí tras la ilusion que un dia
 Sentí brotar de mi anhelante seno
 Y arrebatár mi ardiente fantasía.

Era ver asomar por el Oriente
 La luz hermosa que el zafir colora,
 Cuando al salir el sol baña su frente
 De resplandores la radiante aurora:

Era en la tarde del ardiente mayo
Ver ese cielo rico de colores,
Y el sol hermoso en lánguido desmayo
Arrojar sus postreros resplandores:

Contemplar en la cándida mañana
De abril florido, en silencioso prado,
Una flor hermosísima y lozana
Que dá al aura su aroma regalado:

Escuchar la dulcísima armonía,
Música celestial que á los oídos
Vierte á torrentes suave melodía
Y regala tiernísimos sonidos:

Era extasiarse contemplando el cielo
Al través de cristales encantados;
Era elevarse del mezquino suelo
A esa region de mundos estrellados:

Soñar en un hermoso paraíso,
Vivir en un eden de ricas flores;
Pasar la vida en perezoso hechizo
En brazos del placer y los amores.

¡Y todo era ilusion! ¡todo mentira!
Vino la realidad con mano ruda,
Y al triste corazón que así delira
Mostró inclemente la verdad desnuda.

Perdió ese sol su resplandor fecundo,
Perdió ese cielo su inefable encanto,
Y volvíme á encontrar en este mundo
Solo con mi dolor y mi quebranto.

Torné los ojos á la selva umbría,
Fijélos en el prado y en sus flores,
Y si algo su hermosura me decia,
No era ya de placeres y de amores.

Era que la ilusion se habia perdido
Como se pierde en la aura vagarosa,
Del moribundo el postrimer gemido,
Ultimo adios de su ansia congojosa.

Perdió la vida las hermosas galas
Que le vistió la ardiente fantasía,
Y triste el corazón, plegó las alas,
Y de amor y entusiasmo no latia.

Pasad, huid, pintadas ilusiones,
En mi ardorosa juventud nacidas;
Pasad y no volved, blancas visiones,
Tan blancas, ¡ay! pero tambien mentidas. ®

Pasad, sueños, pasad; mirad mi frente
Rugada y abatida, y que en mis ojos
Ni una lágrima queda que clemente
Calme del corazón tantos enojos.

No atormenteis con vuestra cruel memoria
 Estas horas de pena y agonía:
 Murió la luz que os revestia de gloria;
 Era la luz de la esperanza mia.

Luz que mis pasos vacilantes guiaba
 Y allá á lo lejos fulguraba pura;
 Un porvenir hermoso me pintaba,
 Y era solo mentira esa pintura.

¡Una mujer! vision encantadora,
 Aérea figura que forjó la mente,
 Bella como la luz con que la aurora
 Brilla al salir por el rosado Oriente:

Yo te amé, sí, te amé como se ama
 Al ángel tutelar que nos asiste;
 Como amo al sol, cuya sagrada llama
 De hermosa luz al universo viste.

Así vestiste tú mi fantasía,
 Y sentí que atrevido el pensamiento,
 En estrecha prision se revolvia,
 De loca gloria y de ambicion sediento.

Volcánica pasion ardió en la mente,
 Brotó la inspiracion, y en mi locura
 Lauros soñé con que adornar tu frente,
 Lauros de gloria inmarcesible y pura.

Era ¡infeliz! que en la ilusion creyendo,
 Imágenes hermosas me pintaba,
 Y ansia de gloria el corazon sintiendo
 A sus sueños de gloria se entregaba.

Hoy de ese afán que fecundó mi vida
 No quedan mas que míseros despojos;
 Solo ha dejado la ilusion perdida
 Vacío en el corazon, llanto en los ojos.

Te dí, mujer, mi corazon ardiente,
 De santo amor y de esperanzas lleno;
 Yo le puse á tus piés humildemente,
 Tú le arrojaste sin piedad al cieno.

¡Pobre dádiva! es cierto; mas no hallaba
 Otra mejor, porque otra no tenia;
 Con mi pobreza y mi ambicion luchaba,
 Mi ambicion y pobreza te ofrecia.

Si soñé alguna vez con los palacios,
 Si ambicioné tener riqueza y galas;
 Si vagó por espléndidos espacios
 Loca la mente en relucientes alas;

Si el porvenir magnífico y la vida
 Miré sembrada de pintadas flores,
 Era que el alma loca y atrevida,
 De amor ansiosa, deliraba amores;

Pasó, pasó ese sueño . . . vino horrenda
 A oprimirme cruel la triste duda;
 Despues al despertar cayó esa venda,
 Y ví, palpé la realidad desnuda.

¿Qué queda ya del mundo en que vivia?
 ¿Del mundo que forjara en mis antojos?
 Tristeza y opresion en la alma mia . . .
 Vacío en el corazon, llanto en los ojos.

1850.

JUAN N. NAVARRO.



LAS ORACIONES.

¡Reina del Anahuác, con qué grandeza
 Alzas al cielo tu sublime frente,
 Cuando corona el sol desde Occidente
 Con sus últimos rayos tu cabeza!

Entre el blando vapor de niebla pura
 Relumbran tus veletas elevadas,
 Como joyas brillantes y preciadas
 Que engalanan tu rica vestidura.

De tosca piedra desde el duro asiento
Te contemplo á lo lejos embebido,
Mientras de insecto vil suena en mi oído
El rumor triste al suspirar del viento.

Bañan mi faz los tibios resplandores
Del astro rey que tras los montes arde,
Y respiro en la brisa de la tarde
El suavísimo aroma de las flores.

Del cementerio triste y silencioso
Canta una ave en el muro solitario,
Y el álamo sombrío y funerario
Responde con murmullo misterioso.

El cuervo con monótono graznido
Hacia el fresno elevado ansioso vuela,
Y la doliente tórtola revela
Su penar con arrullo dolorido.

Mas de repente, trémulo se eleva
De la ciudad, un cántico sublime,
Que con acento religioso gime,
Que la oracion del hombre, hasta Dios lleva.

Todo enmudece Son las oraciones
Plegaria melancólica y divina;
Parece que la estrella vespertina
Se estremece, á las graves vibraciones.

¡Dios de la inmensidad! tambien yo entono
Débil accion de gracias con fe intensa,
A par del himno que con voz inmensa
Eleva la creacion ante tu trono.

Yo, mezquino mortal, tambien te imploro
A tí, á quien mi gemido no importuna,
A tí, que velas ora de la luna
La frente virginal con gasa de oro.

¡Las oraciones son! En un instante
Cambió la escena que admiraba mudo:
¡Lámpara de la noche! te saludo;
¡Salve mil veces, astro rutilante!

Mas el himno espiró; ya su armonía
Ansioso quiere repetir en vano
El eco sordo con rumor lejano,
Del bosque espeso en la extension sombría.

Cesaron los dulcísimos conciertos
Que entre las tumbas graves resonaban,
Que con soplo vivífico animaban
Las heladas cenizas de los muertos.

Tal vez un hijo, arrodillado ahora,
Y una urna entre sus brazos estrechando,
Repite una y mil veces sollozando
El nombre de la madre á quien adora.

¡Hijo dichoso! tu tesoro cuida,
 Enciérralo en tu pecho, en tus entrañas;
 Esas cenizas que con llanto bañas,
 Son mas que el mundo todo, son.... tu vida.

Mas yo, ¡madre de mi alma! yo el veneno
 Del dolor, lento apuro en copa odiosa,
 Y no me es dado orar sobre tu losa,
 Ni tu polvo apretar contra mi seno.

Yo, en la tierra cansado peregrino,
 Sin tu sombra amorosa que me abrigue,
 Ni encuentro fuente que mi sed mitigue,
 Ni hallo una flor sembrada en mi camino.

Ven, pues, á consolarme; sí, descende
 De la mansion eterna donde moras;
 Desplegando tus alas brilladoras,
 Tu vuelo de ángel por el éter tiende.

Adormirás con grata melodía
 A tu hijo, que vela al son del llanto;
 Abrazados los dos, en amor santo
 Confundirás tu alma con la mia.

Y tal vez, de la cárcel solitaria
 Do en vano busco apetecida calma,
 Un dia volará contigo mi alma,
 Al sonar de la tarde la plegaria.



FERNANDO OROZCO.



LA TRISTEZA.

Palpé la realidad y odié la vida.
 ESPRONCEDA.

Alma deidad, dulcísima tristeza,
 Unica compañera de mi vida,
 Ven y consuela el ánima afligida;
 Dulce tristeza, ven.

Al ver en tu semblante la sonrisa
 Amarga del dolor, cesa mi duelo;
 Ven á mis brazos, diosa del consuelo,
 Ven á mis brazos, ven.

Al reclinar mi sien contra tu pecho,
 Mi agitacion continua desaparece,
 Tu sosegado aliento me adormece,
 Y late con quietud mi corazon.

El lúgubre compás de tus canciones
 Esparce sobre mí, dulce beleño,
 Y entre tus brazos entregado al sueño,
 Olvido mi afliccion.

¿En dónde hallar placeres ni reposo,
 Si ya del mundo conocí el engaño,
 Si he visto por mi daño
 Que todo es falsedad, todo ilusion?

Bajo las flores que en el prado lucen
 Se arrastra la culebra ponzoñosa;
 Dentro el mórvido seno de la hermosa
 Se oculta la perfidia, la traicion.

Predica la virtud el sacerdote
 E hipócrita sus leyes él quebranta,
 Y amistad invocando sacrosanta,
 Vende un hombre el secreto que arrancó.

Proclama libertad el poderoso
 Para cargar al pueblo de cadenas,
 Y el rico ve con frialdad las penas
 Del mendigo que implora su favor.

¿Adónde, adónde hallar por todo el mundo
 Esa felicidad que el hombre sueña,
 Cuando ciego desdeña
 La virtud, el amor y la amistad?

¿Cómo poder vivir entre esa turba
 Que buscando la dicha la desprecia,
 Entre esa turba criminal y necia
 Que ha llenado mi vida de pesar?

Dulce tristeza, si en tus yertos brazos
 Se pasara mi vida,
 Y el alma con tu sueño adormecida
 Otro mundo encontrara al despertar;

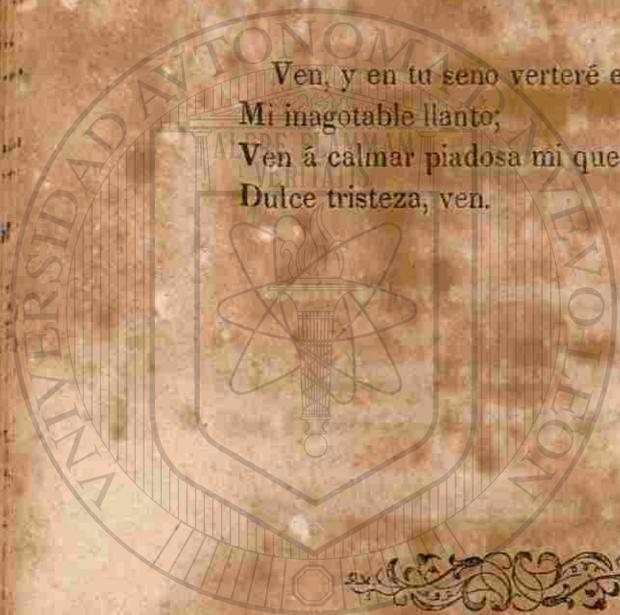
Pasara mas dichoso mi existencia
 Que buscando afanoso la ventura,
 Para gozar momentos de dulzura
 Que se pagan con siglos de penar!

¡Ah! no te apartes, ven; contra tu seno
 Estrecha el seno mio;
 Con tus caricias calma el desvarío
 Que sin cesar agita mi razon.

Dulce sueño me da, y en tu regazo,
 Seré una vez feliz, que adormecido,
 Del pensamiento borrará el olvido
 Las huellas del placer y del dolor.

Arrulla con tu canto melancólico
 Al alma triste, de sufrir cansada;
 Apague el frío de tu mano helada
 El fuego en que arde mi abrasada sien.

Ven, y en tu seno verteré en silencio
 Mi inagotable llanto;
 Ven á calmar piadosa mi quebranto;
 Dulce tristeza, ven.



MANUEL OROZCO Y BERRA.

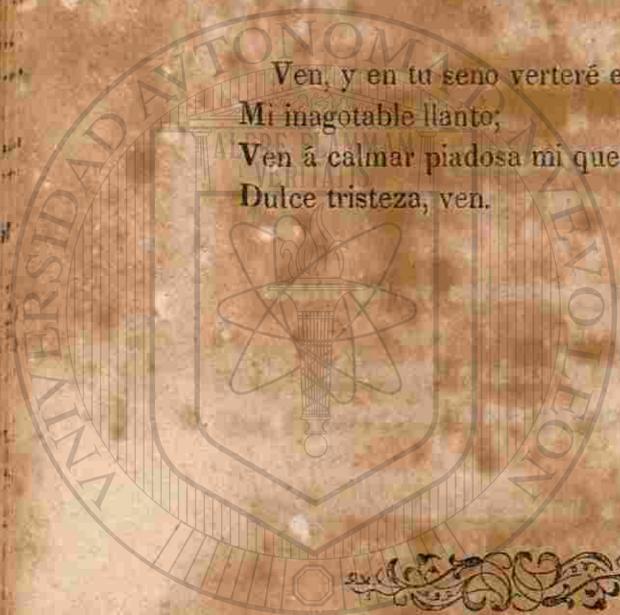
A MI MADRE.

Desde el punto en que suspiro,
 Solo en tí el pecho confía. . . .
 ¡Te amo tanto, madre mía!
 Oye el doliente suspiro
 De la oculta pena mía.

Pensativa la luna y silenciosa
 Como la amante que á su bien espera,
 El espacio recorre tan hermosa
 Cual ensueño de amor. Unos celajes
 De lúgubre color y orlas de plata,
 En los brazos del viento conducidos,
 Ocultan por instantes su faz bella,
 Que luego reaparece;
 Mas se allega otra nube y la oscurece.

Arrulla con tu canto melancólico
 Al alma triste, de sufrir cansada;
 Apague el frío de tu mano helada
 El fuego en que arde mi abrasada sien.

Ven, y en tu seno verteré en silencio
 Mi inagotable llanto;
 Ven á calmar piadosa mi quebranto;
 Dulce tristeza, ven.



MANUEL OROZCO Y BERRA.

A MI MADRE.

Desde el punto en que suspiro,
 Solo en tí el pecho confía. . . .
 ¡Te amo tanto, madre mía!
 Oye el doliente suspiro
 De la oculta pena mía.

Pensativa la luna y silenciosa
 Como la amante que á su bien espera,
 El espacio recorre tan hermosa
 Cual ensueño de amor. Unos celajes
 De lúgubre color y orlas de plata,
 En los brazos del viento conducidos,
 Ocultan por instantes su faz bella,
 Que luego reaparece;
 Mas se allega otra nube y la oscurece.

A lo lejos zumbando la tormenta
 Se retira del cielo; algunas gotas
 Que se desprenden de las nubes rotas,
 El brillo empañan que se ve en el suelo,
 Y en tardo movimiento algunas veces
 Blandamente meciendo la enramada,
 Las luces mueven de que está bañada.

En meditacion profunda
 El bello astro contemplaba
 Y sin querer murmuraba
 Tiernas palabras de amor.
 Pensamiento vagaroso
 Cruzaba sobre mi frente,
 Como el pájaro luciente
 Que toca apenas la flor.

Desconsolado é inquieto
 Clavaba la vista ansioso
 En el suelo vaporoso,
 Y oí pasos resonar.
 Y mi corazon latia
 Cual si esperara á una amante,
 Y no tengo ni un semblante
 En que poder contemplar.

El mugido del torrente
 Que á lo lejos resonaba,
 Mi dulce ilusion borraba,
 Sucediéndose veloz;

Mas revelé mis pesares
 Al susurro de los vientos,
 Y escuché tristes acentos
 Que respondian á mi voz.

Y ví del bosque profundo
 La soledad misteriosa,
 Y ví la campiña hermosa,
 Recorrí el extenso azul.
 Y do quiera que miraba
 No hallaba cosa ninguna....
 Tan solamente la luna
 Me bañaba con su luz.

Con la cabeza inclinada
 Sobre mi llagado pecho,
 Sumergido en el despecho,
 Dile rienda á mi ilusion.

Cual borrado de la vida,
 Sin esperanza en el mundo,
 Mi amargo dolor profundo
 Me inspiró aquesta cancion.

Con amorosos desvelos
 Mi blanda cuna mecia
 Tierna madre, y sonreia
 Si mis brazos pequeñuelos
 Extendia
 Para poderla alcanzar.

Y en su seno

Delicado,

Arrullado,

Un cantar

Blandamente

Repetía;

Yo dormía

Sin afán.

Mas ahora en mi pecho infelice

Los pesares hicieron mansion;

Sin cesar la amargura bebiendo,

Es mi herencia continuo dolor.

Entre risas bulliciosas

Fué mi vida resbalando,

Mis sentidos halagando

Mil imágenes graciosas,

Tan donosas

Cual los ángeles de luz;

Me mostraban

Su dulzura,

Aun mas pura

Que en quietud.

Miro el cielo

Trasparente,

Reluciente,

Terse, azul.

Mas ahora en mi pecho, etc.

Entre sueños sosegados

En la edad de los amores,

De bellisimos colores

Vía rostros delicados,

Seductores

En el espacio lucir.

A su aspecto

Delicioso,

Cuán sobroso

Mi vivir;

Porque al punto

Los amaba,

Los miraba

Sonreír.

Mas ahora, etc.

Mi existencia congojosa

Hoy es fuente desecada,

Es una ilusion borrada,

Es sin color una rosa

Deshojada,

Que el huracan destrozó.

Es un árbol

Que inclemente

Rayo ardiente

Consumió,

Y en las auras

Las cenizas

Movedizas

Esparcío.

Mas ahora en mi pecho, etc.

¡Tan presto ¡oh luna! en mi dolor me dejas!
 Piadosa escucha mi ardoroso llanto,
 Y los ayes escucha del quebranto,
 Y mis amargas quejas.

Tal vez mañana que mi vista ansiosa
 Tu lumbre busque en el volcán erguido,
 Burlada quedará, que fenecido
 Habrá tu faz hermosa.

Que en los cóncavos cielos despeñada
 A impulso te verás de cuerpo errante,
 O la mano de Dios en un instante
 Te volverá á la nada.

Por el espacio sin cesar rodando,
 Mas no: mil siglos vivirás gloriosa
 Después que mis cenizas ocupando
 Estén la oscura fosa

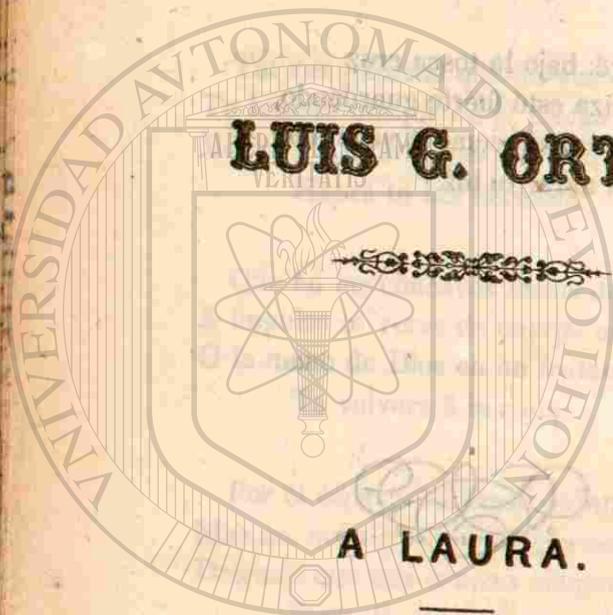
Cuando las nieves del invierno crudo
 En amarillo tornen deslucido
 El verde hermoso del vergel florido,
 Y el río quede mudo;

Cuando violento el huracán furioso,
 En recios torbellinos arrastrando
 Las hojas lleve y polvo, despertando
 Ruido tenebroso,

Como el del rayo que en la noche zumba,
 De entre las rotas nubes, misterioso,
 Un rayo de tu disco silencioso
 Venga á alumbrar mi tumba.

Allí estaré: bajo la tosca cruz
 Que mi ceniza esté fuerte guardando,
 Mi espíritu andará siempre vagando
 Para mirar tu luz.





LUIS G. ORTIZ.

A LAURA.

Tan solo el silencio del bosque sombrío
El viento interrumpe con blando rumor;
Con manso murmurio, las aguas del río
Deslizan sus aguas bañando la flor.

Se aduermen las auras allá entre el ramaje,
Las límpidas fuentes se escuchan bullir,
Del ave que cruza, el canto salvaje
Cual eco distante se dejábase oír.

El sol que radiante sus rayos envía,
Del bosque á la alfombra no puede cruzar,
Y solo se escucha fugaz melodía
De ninfa que entona su dulce cantar.

Sus frentes levantan las cándidas flores
Que esparcen en la aura gráfisimo olor,
Y allá en la enramada, alados cantores
En trova sentida se dicen su amor.

Del lago en las ondas de bello zafiro
Del cisne las alas se miran flotar,
Y luego mas dulce que triste suspiro,
Se deja su canto lejano escuchar.

Del sol los colores modera la sombra
Del sauce elevado y verde laurel,
Que hay césped y flores que sirven de alfombra,
Y verde follaje por regio dosel.

Ven, Laura, ven; la soledad callada
Siempre el asilo fué donde brotaron
Tiernos recuerdos de la edad pasada
Que en el placer y en el amor volaron.

Ven, si el dolor las horas transitorias
Acompaña del hombre en este mundo,
Evoquemos de amor nuestras memorias
Para calmar nuestro dolor profundo.

Ven: de otros tiempos á mi mente bellos
 Las endechas dulcísimas inspira,
 Y de la antigua llama á los destellos
 Entre tus brazos pulsaré mi lira.

Quiero en tu seno reclinar mi frente
 Y sentir de tu seno los latidos,
 Para gozar los sueños de mi mente,
 Que en mis insomnios contemplé perdidos.

Aquí el arcángel de mi amor risueño
 Sobre mi sien desplegará sus alas,
 Y al despertar de mi encantado sueño
 Lo encontraré con su beldad, sus galas.

Ven: huyamos del mundo, que su orgía
 No turbe nuestra paz; por rumbo incierto
 Huyamos de los hombres, Laura mia;
 Calma y amor nos brindará el desierto.

Así el ave que mira en negro cielo
 El rayo atroz que en la extensión refleja,
 Bate sus alas, y con raudo vuelo
 De la enramada y del pensil se aleja.

Que es grato pasar el día,
 Vida mia,
 En soledad silenciosa,
 Mirar resbalar la fuente
 Transparente,
 Besando la fresca rosa.

Y grato escuchar el trino
 Peregrino
 Del pintado ruiseñor,
 Que llama á su bien ausente
 Dulcemente,
 Volando de flor en flor.

Y escuchar como un suspiro
 En su giro
 El aura que blanda juega,
 Y robando sus olores
 A las flores,
 Sus tiernos broches desplega.

Tu pálida sien reclina
 Peregrina
 En mi ardiente corazon,
 Que yo arrullaré tu sueño,
 Dulce dueño,
 Con amorosa canción.

Por no turbar tu reposo
 Silencioso,
 Sus alas plegará el viento;
 Tristes cruzarán las aves,
 Y suaves
 Mandarán á tí su acento.

Y te veré entusiasmado
 Y extasiado,
 Angel de mi bello eden;
 Sellaré con embeleso
 Dulce beso
 Sobre tu cándida sien.

Se calmarán mis enojos
 Si tus ojos
 Fijas con amor en mí.
 Me hará olvidar tu ternura
 La amargura
 Que en otro tiempo sufrí.

Y si una lágrima ardiente
 Tristemente
 Ves de mis ojos correr,
 No es lágrima de quebranto,
 Que ese llanto
 Es el llanto del placer.

Mas ¿por qué de tus ojos ¡oh Laura!
 Rueda el llanto que arranca el tormento?
 ¿Qué terrible y fatal pensamiento
 Por tu mente penoso cruzó?
 ¿Por qué cielo apacible se enluta,
 Y en tus labios de púrpura rojos
 Espiró la sonrisa, y tus ojos
 Con su sombra el dolor empañó?

¿Por qué bajas el rostro, y tu llanto
 Ocultar á mis ojos pretendes?
 ¿Nuestra suerte terrible comprendes?
 Laura, ¿temes mi dicha destruir?
 Ya lo sé; realidad espantosa
 Nuestros sueños de gloria destruye;
 Sombra errante de un sueño que huye
 Cuando vemos la aurora lucir.

Ven, lloremos; las lágrimas sean
 Fresca lluvia en el campo infecundo;
 Ven, lloremos lejanos del mundo,
 Mientras puedan los ojos llorar.
 Si una suerte terrible nos une,
 Del destino sigamos la estrella,
 Y busquemos su fúlgida huella
 Hasta un fin venturoso encontrar.

Mas hasta ese consuelo nos niega
 En su saña la bárbara suerte;
 Solo el soplo feroz de la muerte
 Logrará nuestras almas reunir.
 Cruzaremos el mundo apartados,
 Sin consuelo, ni amor, ni ilusiones;
 Tal vez, Laura, en ignotas regiones
 Se podrán nuestras almas unir....

A UN NIÑO.

Angel de los lindos ojos,
Que te extraviaste en tu vuelo,
Y replegaste en el suelo
Tus blancas alas de armiño,
¡Pobre niño!

Torna de tu dulce sueño,
Vuelve á tu celeste esfera,
Porque en la vida te espera,
Pena solo y desengaños
Tras los años.

¡No ves que cuando extasiado
Sobre tu cuna te admiro,
Turba mi triste suspiro
Con su acento lastimoso
Tu reposo?

¡No has oído que al mirarte
Con mi amargura lloraba,
Y que tu frente bañaba
Con el llanto que vertía,
Vida mía?

¡No te contaba mi historia
Creyendo que me entendías?
¡Ay! y tú entonces reías,
Y tu risa me mataba,
Y lloraba.

Porque explicarte quería
Los azares de la vida,
Y escudarte de la herida
Que ya te asesta el dolor,
¡Pobre flor!

Vuela, niño, huye del mundo,
Aunque me mate el tormento;
Huye, que acaso mi aliento
Envenenará tu frente
Inocente.

Llorarán tus tristes padres
Con el alma destrozada,
En tu cuna abandonada....
Mas tú les darás consuelo
Desde el cielo.

No temas dejar doliente
A tu madre con sus penas;
¿Ves? la sangre de sus venas
Con el llanto que la aumenta
Te alimenta....

Llora porque de la suerte
Salvarte en vano quisiera,
Y ve triste que te espera
Llanto solo y desengaños
Tras los años.

¿No ves que su linda frente
Muy pronto agobió el martirio,
Cual se inclina el blanco lirio
Si lo toca el cierzo helado
Despiadado?

Al despertar de tu sueño,
Niño de los labios rojos,
¿No has sorprendido en sus ojos
Una lágrima preciosa
Silenciosa?

¿No la has sentido caer
Sobre tu angélica frente,
Y tras ella tristemente
Desatarse celestial
Un raudal?

¿No oíste que á las canciones
Con que te aduerme en tu cuna,
Un ¡ay! de dolor se aduna,
Y que doliente suspira
Si te mira?

¡Ay! tu porvenir la asusta
Y la aflige tu presencia;
Teme por horrible herencia,
Dejarte en vez de ventura,
Su amargura.

¡Bello niño! vuelve al cielo,
Aquí se manchan tus galas,
Y antes de tender tus alas
Deja en mis labios impreso
Solo un beso.

Vuela, y si lloran tus padres
Con el alma destrozada
En tu cuna abandonada,
¡Ay! mándales un consuelo
Desde el cielo!



FRANCISCO ORTEGA.

ANIVERSARIO DE TAMPICO.

ODA.

¿Qué divino entusiasmo, ¡oh patria mía!
 O cuál inmortal gloria
 Los cánticos inspira de victoria
 Que se oyen resonar en este día?
 ¿De Dolores acaso el grito santo
 Recordaremos hoy? ¿ó la alta hazaña
 Que á Iguala eternizó, y en duelo y llanto
 Sumió á la altiva España?

¡O aquella en que, lanzando á sus leones
 Del baluarte de Ulúa, el mejicano
 Con vencedora mano
 Plantó los tricolores pabellones,
 Que en vivo ardor de libertad inflaman
 Y señora del golfo te proclaman?

Mas no: que otras espléndidas proezas
 De tus hijos valientes
 Revive en la memoria de las gentes
 La fama que hoy repasa tus grandezas.
 Ya de tu trompa el eco sonoro,
 Los nombres de Terán y de Santa-Anna
 De austro á bóreas llevando presuroso,
 La humillacion hispana,
 Y del azteca libre la venganza
 Recuerda, y los laureles que ciñera,
 Volando á la ribera
 Del Pánuco, y matanza por matanza,
 Volviendo al invasor.... Tu gran jornada
 Es hoy, Tampico ilustre, celebrada.

Holló de Anáhuac con feroz sonrisa
 Las quiebras el hispano,
 Y de ser nuevamente su tirano
 La esperanza fantástica divisa.
 Ya se alistan sus fuertes batallones,
 Y en el mar espumoso ya flamean,
 Rizados por el viento, sus pendones.

Ya el triunfo saborean
 Que en mucha parte á la discordia fian;
 Ya de Cortés recuerdan las hazañas;
 Ya en las arteras mañas,
 Ya en la fortuna y el valor confian;
 Ya pisan, Cabo-Rojo, tus arenas,
 Y te cargan de bárbaras cadenas.

Mas cual se oye el clamor de un delirante
 Que en sueño monstruoso
 Espectro aterrador mira medroso,
 Implorando favor; de la arrogante
 Temeraria intentona así se escuchan
 Los rumores que al punto se derraman.
 Con la incredulidad en vano luchan
 Y el marcial fuego inflaman
 El vigilante, puro patriotismo,
 Y el entusiasmo abrasador unidos,
 Cerrados los oídos
 Al fabuloso caso, el vandalismo,
 Como tigre en rebaño descuidado,
 Sobre Tampico inerme se ha arrojado.

Rota empero que fué la espesa venda
 Que los ojos cubria
 Y exicial desunion mas densa hacia,
 ¿Quién no corrió veloz á la contienda?
 ¿Quién el arado no trocó en acero,
 El pacífico hogar abandonando?
 ¿Quién de la esposa el llanto lastimero

Insensible esquivando,
 No se arranca á sus plácidas caricias?
 ¿Quién del anciano padre y prole cara
 En el duelo repara?
 Y ¿quién, á las domésticas delicias
 Negado, no se alista en tus banderas,
 ¡Oh patria! y solo piensa en lides fieras?

Castellano orgulloso, no te engrias
 Si favorable el hado
 En tu primer embate se ha mostrado;
 Tus triunfos pararán en Villerías.
 Ya las discordes gentes, que vencidas,
 Soñaste encadenar, fuertes legiones
 Son, que de un mismo espíritu movidas
 Provocan tus leones.
 Así tenues vapores esparcidos
 En el bello zafir del claro cielo
 Al tristecido suelo
 La hermosa luz robando, denegridos
 Grupos de nubes forman, do tonante
 Ruge encerrado el rayo fulminante.

¿Quién es aquel que en mal seguros pinos,
 Con hueste confiada,
 Va en pos del godo, de la mar salada
 Revolviendo los senos cristalinos?
 Cual tempestad que de improviso arroja
 Granizo asolador, así Santa-Auna

Al golfo se lanzó, y en cruel congoja
 Puso á la turba insana.
 Y aquel que por los valles inturbable
 Sus águilas desglega, y con su gente,
 Cual rápido torrente
 Derramada, formó muro impugnable,
 ¡No es el bravo Terán, sabio en la guerra,
 Que por do quier el paso ya le cierra?

El es, él es. Mirad cuál se adelanta,
 Y súbito se ampara
 De la fugaz conquista que lograra
 El caudillo español, que en rauda planta
 Acorre de Tampico á la defensa,
 Do el godo ya sucumbe al fuerte brio
 De Santa-Anna. La lid halla suspensa,
 Y dando á su albedrío
 Leyes el zempoalteca á sus guerreros....
 Quíntuplas con la azteca comparadas
 Sus fuerzas, cual nubadas
 Que en su furor los aquilones fieros
 Desgajan de la sierra en la espesura,
 Sobre Santa-Anna descargarlas jura.

¡Ay! ¿y será que el campeón invicto,
 Por la voluble rueda
 De la fortuna arrebatado, ceda
 O desmaye en tan crítico conflicto?
 No será, no, que impávido guerrero

Fácil no cede en el marcial apuro;
 Y ya se apresta tan altivo y fiero
 Al nuevo trance duro,
 Y tan heróica decision desplega,
 Que Barradas, atónito y prendado
 De su aliento, ó tocado
 Del castellano honor, de la refriega
 No renueva, aunque puede, los furores,
 Y le tributa espléndidos honores.

Remata, pues, caudillo denodado,
 Remata la alta empresa
 Digna de tu valor: segura presa
 Te ofrece el invasor: desalentado
 Rehusa ya volver á la pelea,
 Y ya en sus reales, con la paz brindando,
 Albo pendon enarbolado ondea.
 Mas la ley escuchando,
 La dura ley de *rendicion ó muerte*
 Que el invicto caudillo le prescribe,
 Ya su orgullo revive,
 Otra vez de la lid prueba la suerte.
 Y ya de nuevo su arrogancia loca
 De nuestros libres el furor provoca.

Al amago responde el crudo amago;
 En los pechos recrecen
 Las iras, y de rabia se enfurecen;
 Solo en sangre se piensa y en estrago;

Gritos de muerte por do quier se escuchan;
 Y por frenar la airada muchedumbre,
 A embestir ciega, los caudillos luchan.
 Aunque del sol la lumbre
 Llegue á eclipsarse, y huracan insano
 Hórrido silbe entre la lluvia y trueno;
 Y aunque revuelto el seno
 Del mar, sus diques rompa, el mejicano,
 De la tormenta en el horror profundo,
 Al asalto se lanza furibundo.

¿Y la noche terrible, y los horrores
 Que con su negro manto
 Cubrió; resonarán en triste canto
 Mezclado á nuestros plácidos loores?
 Sí, y de Lemus y Andreis, que á la matanza
 Sobreviviendo, ver rayar pudieron
 El gran día de gloria y de venganza,
 Y de los que mordieron
 El polvo de la tierra ensangrentado,
 Los nombres á la par ensalzaremos:
 Las sienes ornaremos
 De laurel á los unos nunca ajado:
 De los otros la tumba llanto tierno
 En señal regará de honor eterno.

Y tú, gran zempoalteca esclarecido,
 A quien fió en este día
 La alma patria su honor y su valía,
 Recibe el galardón que te es debido.

Alumno predilecto, hijo de Marte,
 En tí el azteca libre fuerte escudo
 Halló, cuando al hispano baluarte
 Libró el asalto crudo.
 Tú sus huestes llevaste á la victoria,
 Por tí los invasores se rindieron,
 Y por tí consiguieron
 Los mejicanos todos fama y gloria.
 Vaya, pues, tu valor, tu alto renombre
 Unido siempre de Tampico al nombre.

1836.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



Clara y serena es la tarde,
 Las ondas al dulce viento
 Alzan blando movimiento
 Del horizonte al confin.
 Tranquila cerca á la playa
 Se mece débil barquilla,
 Que ya levanta su quilla,
 O ya inclina su mastil.

A lo lejos la fragata
 Cual blanco cisne se ostenta,
 Desafiando la tormenta
 Con sus alas de marfil.
 Es un soberbio bajel
 De tres palos: su ancha vela
 Hinchan los vientos y vuela
 En las aguas de zafir.

¡Qué dulce, Laura, es la tarde!
 ¡Qué azul el inmenso cielo!
 Mira cuál tienden su vuelo
 Los gaviotas sobre el mar.
 El mar.... anchuroso espejo....
 La nube de grana y plata
 En las aguas se retrata
 De su límpido cristal.

Mira de las quietas ondas
 La débil y blanca espuma,
 Cómo se convierte en bruma
 De las playas al tocar.
 Mira los dorados peces
 Cómo entusiasmados juegan;
 Mira cómo huyen y llegan
 A la orilla de la mar.

Mira las conchas pintadas
 Que entapizan la ribera;

Oye la voz plañidera
 Con que se queja el alcion;
 Escucha, Laura querida,
 Un débil, confuso acento
 Que se pierde con el viento,
 De tristísima canción.

Ya las anclas se levantan,
 Cruje el mástil poderoso,
 Y el marinero afanoso
 Siente la nave mover.
 Se despide de la tierra
 Con melancólico canto;
 Tal vez sus ojos con llanto
 Siente el triste humedecer.

Se va, se va; las borrascas,
 Los vientos, las negras ondas
 Lo esperan: y penas hondas....
 Y tal vez el ataúd.

¡Hallará segura muerte
 En el seno de los mares,
 O entonará sus cantares
 En un puerto de salud?

¡Pobre infeliz! luchando con su suerte
 Por los salobres mares triste va;
 Tal vez en los escollos cruda muerte
 Al llegar á la tierra encontrará.

Y Laura ¿lo creerás? su suerte envidio,
 Su continua zozobra y padecer,
 Que es su vida feliz, junto al fastidio
 Que lento mata mi cansado ser.

Una esperanza vaga lo ilumina,
 Feliz acaso al puerto arribará,
 Y la tumba en que rápido camina,
 Quieta mansion, descanso le dará.

Mas yo que tengo el ánima doliente,
 Sin porvenir, sin dicha ni ilusion;
 Mas yo que yerto, helado, indiferente
 No siento ni aun latir mi corazón;

Nada, ¡oh Laura! mi ser rejuvenece,
 Ni esas brisas divinas, ni esa luz,
 Ni esa nube de grana que se mece
 En el espacio diáfano y azul.

Ni los peces dorados que á mi planta
 Miro nadar en olas de cristal,
 Ni la canción que el marinero canta,
 Ni el terrífico son del vendabal.

Ni la barquilla blanca cual paloma
 Que se pierde en la bruma de color,
 Ni el ambiente marino, ni el aroma
 De la modesta y solitaria flor.

Clara y serena es la tarde,
 La brisa con blando arrullo
 Levanta dulce murmullo
 En las ondas de la mar.
 Ven, mi Laura, á la ribera,
 Que hallarás un dulce encanto,
 Tú que no viertes el llanto
 Ni lamentas un pesar.

Para tí, niña inocente,
 El mundo es un paraíso,
 Para tí tienen hechizo
 Los campos, el mar, la luz.
 Para tí todo es hermoso,
 Sonries á la natura,
 Porque eres cual ella pura,
 Linda como el cielo azul.

Porque un ángel con sus alas
 Cubre tu apacible vida,
 Porque aun la esperanza anida
 En tu limpio corazón.
 Y puedes sin cruel martirio
 Contemplar los horizontes,
 Alzar la vista á los montes
 Y tu alma cándida á Dios.

Esa luz nacarada y apacible,
 El brillo de la estrella de la tarde,
 El rojo mar en calma bonancible
 Cuando sobre sus ondas el sol arde:

Esos pájaros blancos que revuelan
 Por la ribera triste y solitaria,
 Y esos cansados ecos que revelan
 Del mar la solemnísima plegaria:

Esa nave que lenta entre las olas,
 Balanceándose va sobre la quilla,
 Y el pescador que se divisa á solas
 Extendiendo sus redes en la orilla....

Nada sacia la vista, nada agita
 El triste corazón despedazado;
 Nada conmueve el ánima marchita
 Que el porvenir sus puertas ha cerrado.

Aléjate de mí, niña inocente,
 Déjame aislado en la fatal ribera,
 Que solitario y triste yo lamente
 El porvenir de llanto que me espera.

Déjame aquí con los hirvientes mares,
 El terrible huracán, las negras olas,
 Que mientras leda entonas tus cantares,
 Yo lloraré mis penas á mis solas.

Yo jamás envidié los frescos lauros
 Que ornaban otras sienas, porque mi alma,
 Que conmovida y palpitante escucha
 De la noble ambicion el alto grito,
 Nunca turbarse vió su calma triste
 De la hipócrita envidia á los acentos.
 Mas hoy te ensalzo á tí, varon ilustre,
 Y ante tu inmensa gloria despechado
 Quisiera para mí por un instante
 El ingenio inmortal que eterna vida
 Con sus cantos dió á Troya la infelice.

¡Guttemberg! ¡Guttemberg! Cuando pronuncio
 Trémulo de placer tu ilustre nombre,
 Siento que una armonía deleitosa
 Mi oido viene á herir, y entusiasmado
 Bendigo la hora en que atrevido el yugo
 De la ignorancia y del error rompiste,
 Poniendo de la ciencia sobre el trono
 A la abatida humanidad.

Yo que mi corazon tengo insensible
 A las gratas y dulces afecciones
 De mi agostada juventud, perdida
 Entre la duda y el dolor mundano:
 Yo que elevarse mi alma en ráudo vuelo
 Solo siento entusiasta cuando escucho
 De gloria y libertad los gratos nombres
 Sonar en mis oidos, de mi lira
 Un canto hoy te dirijo, astro brillante,
 Que con vívida luz la tierra inundas.

A veces
 Cuando de clara noche en el silencio,
 Al pálido brillar de las estrellas,
 Y al murmurar de las fugaces auras,
 El alma solitaria y oprimida
 Se entrega á meditar, contempla triste
 Los siglos que pasaron, y medrosa
 Sus miradas desvia. Horrible cuadro
 De abyeccion y miseria ante sus ojos

Destiende lo pasado entre sus nieblas.
 Allí ve el fanatismo, que indeleble
 A nombre de un Señor justo y benigno,
 De esclavitud el infamante sello
 Marca en la frente de los seres libres,
 Y mira mil tiranos que orgullosos
 Desprecian á los pueblos, que á sus plantas
 La ignorancia arrojó, y en todas partes
 Desgracia, oprobio y falsedades mira.

¿Qué fuera el hombre si en feliz momento
 No hubieras, Guttemberg, de la ignorancia
 La tiniebla ahuyentado?.... ¡Ay! en el mundo,
 Adormida la noble inteligencia,
 Reinara el silencio de las tumbas....

Mas hoy desde los cielos donde habitas,
 De tu genio inmortal digna morada,
 ¿Con qué placer verás á los que esclavos
 Fueron en otra edad, libres y altivos
 Vagar por la ancha tierra y de los mares
 Surcar la inmensidad!

Desde el momento
 En que iracundos vieron la ignorancia
 Y el despotismo tu invencion sublime,
 Que el templo augusto de la noble ciencia
 Abrió á la humanidad, desde ese instante
 Tendió el espíritu sus blancas alas,

Y la igualdad y libertad alzaron
 Su resonante voz diciendo al hombre:
 "Alzate, que desde hoy tu noble frente
 Solo ante el Dios del orbe se doblega."

Salud, ¡oh Guttemberg! Cuando pronuncio
 Tu nombre, de entusiasmo palpitante
 Siento mi corazón, tu genio admiro,
 Y diera por una hoja de los lauros
 Que fresco: eñen tu gloriosa frente,
 Los placeres del mundo y mi existencia.

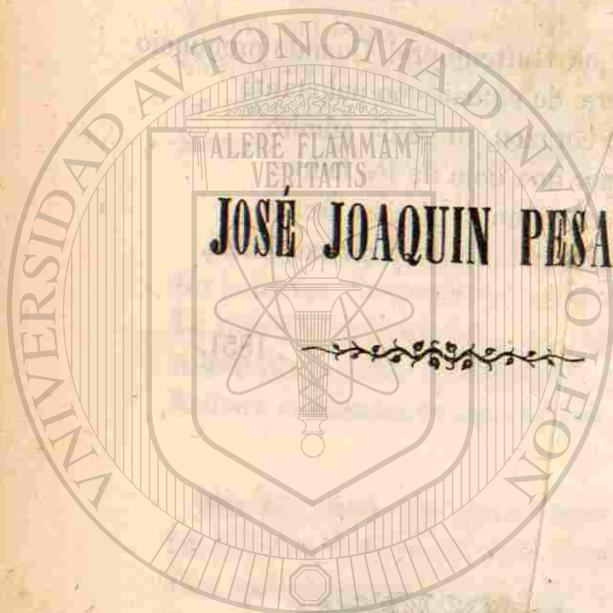
1851.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LA NIÑA MAL CASADA.

No así recién casada el rostro esquivo
Presentes desdeñosa;
No así marchita la color de rosa,
Turbado el fuego de tus ojos vivo,
Muestras aniquilados en un día
Tres lustros de esperanzas y alegría.

La deidad voluptuosa de Citeres
Desciñó tu cintura;
Al tálamo te guió, y á tu hermosura
Cubierta de rubor brindó placeres:
Con risa vió tu frágil resistencia,
Y el velo descorrió de la inocencia.

En estas horas que el esposo amado
Al mirarte se agita,
Tus caricias sediento solicita,
Sin separarse fino de tu lado,
¿Olvidando sus nuevos alborozos,
Respondes con lamentos y sollozos?—

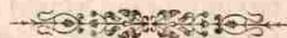
“¡Ay, desgraciada! escucho que me dices,
No fueron los amores
Los que echaron violentos y traidores,
A mi cuello cadenas infelices:
Fué la codicia que con nuevo empleo
La hacha encendió del lúgubre Himeneo.

“Bañando con mis lágrimas mi lecho
Me encontrará la aurora;
Y cuando el sol el Occidente dora,
Herido de dolor verá mi pecho:
Veráme llena de dolor profundo,
La negra noche cuando cubra el mundo.

"En dulce juventud me veo perdida,
 Mi desamor llorando:
 Nunca á mi pecho estrecharé, gozando,
 La imágen de mi ser reproducida;
 Pues mi dolor y muertas alegrías
 Abrieron el sepulcro de mis dias."

¡Perezca, entonces dijo, el que atrevido
 A la ambicion del oro
 Sacrificó insensible y sin decoro
 El pudor y el recato desvalido!
 ¡Ofrezca en él un mísero escarmiento
 El crudo y vengador remordimiento!

MEMORIAS FUNEBRES.



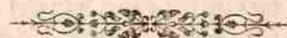
NUEVA ESPERANZA.

Por la mano de Dios me fuiste dada
 Como rico tesoro en feliz dia;
 Mi juventud llenaste de alegría,
 Dulce prenda de amor, nunca olvidada.
 Hoy que gozas, al cielo trasladada,
 Del premio que tu vida merecia,
 ¿Te esquivarás acaso, esposa mia,
 De quien fuiste en la tierra tan amada?
 No, que tu excelso espíritu desciende
 Del alto Empíreo con callado vuelo,
 Y piadoso me asiste y me defiende.
 Siente mi corazon blando consuelo,
 Cuando, pensando en tí, fácil entiende
 Que es mi destierro aquí, mi patria el cielo.

"En dulce juventud me veo perdida,
 Mi desamor llorando:
 Nunca á mi pecho estrecharé, gozando,
 La imágen de mi ser reproducida;
 Pues mi dolor y muertas alegrías
 Abrieron el sepulcro de mis dias."

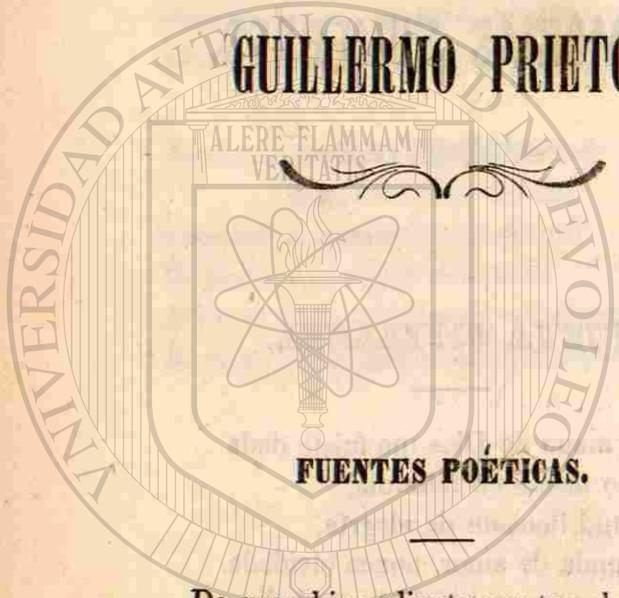
¡Perezca, entonces dijo, el que atrevido
 A la ambicion del oro
 Sacrificó insensible y sin decoro
 El pudor y el recato desvalido!
 ¡Ofrezca en él un mísero escarmiento
 El crudo y vengador remordimiento!

MEMORIAS FUNEBRES.



NUEVA ESPERANZA.

Por la mano de Dios me fuiste dada
 Como rico tesoro en feliz dia;
 Mi juventud llenaste de alegría,
 Dulce prenda de amor, nunca olvidada.
 Hoy que gozas, al cielo trasladada,
 Del premio que tu vida merecia,
 ¿Te esquivarás acaso, esposa mia,
 De quien fuiste en la tierra tan amada?
 No, que tu excelso espíritu desciende
 Del alto Empíreo con callado vuelo,
 Y piadoso me asiste y me defiende.
 Siente mi corazon blando consuelo,
 Cuando, pensando en tí, fácil entiende
 Que es mi destierro aquí, mi patria el cielo.


GUILLERMO PRIETO.
FUENTES POÉTICAS.

De querubin ardiente son tus alas,
 Sublime inspiración! Ven á mi acento:
 Con fiebre de ambición laten mis venas.
 Rompa tronando mi clamor el viento,
 Cual desborda sus ondas el torrente
 Que ya no cupo en el estrecho cauce:
 Como rasgando el rayo prepotente
 La tenebrosa nube en que revienta,
 Arde la selva, avívase la llama,
 Y al cruzar en su carro la tormenta,
 El incendio crugiendo se derrama.

Ya te siento venir; bañó mi frente
 Vívido el rayo de tu luz divina,
 Y es menos puro el apacible brillo
 Con que tiembla la estrella vespertina.

Mi alma atrevida con delirio busca
 Tu indeficiente luz, ¡astro de gloria!
 Obedece y resuena, lira mía;
 Palpita de placer bajo mi mano,
 Como se agita de la hermosa el seno
 Cuando el amante audaz besa su frente.
 Y así nadando el alma en un ambiente
 De ilusión, de placer y de armonía,
 Mi soplo vagará sobre la tierra
 Empapado en tus himnos, patria mía.

¡Ardiente juventud! tú que levantas
 A las regiones del Eterno el vuelo,
 Y que sientes rodar bajo tus plantas
 Mezquino y reducido nuestro suelo;
 Tú que audaz como el águila salvaje
 Buscas al sol con ávida pupila,
 Y perdida en su luz deslumbradora
 Desplegas los tesoros de tu canto;
 Hijos de inspiraciones y de encanto
 Que os entregais de la ilusión al sueño
 En brazos de la dulce poesía,
 Cantad, cantad; vuestro solemne acento
 Discurra con las auras perfumadas,
 Y gire en vibraciones delicadas,
 Al ténue suspirar del manso viento.

¡Oh mi patria, magnífico es tu cielo,
 Rica vegetacion se alza gigante
 Bajo las orlas de tu regio manto!
 Eres la hija de Dios, la vírgen bella,
 Tuviste como lámpara en la cuna
 Del Septentrion la refulgente estrella:
 El sol te idolatró, linda doncella;
 Fué tu púdico velo

Su manto angusto recamado de oro;
 Le das tu aliento á tus eternas flores,
 Besan tus piés las ondas de tus mares,
 Te dan las aves mágicos cantares,
 Los torrentes te entonan sus loores.

¡Oh mi patria! felice quien ha visto
 De tus volcanes en la eterna nieve
 Reverberar tu sol! Muy mas felice
 Quien en medio á la dicha ó desventura
 Y en tu seno ó allende el Oceano
 Puede exclamar con llanto de ternura
 Tendiendo franca al Septentrion la mano:
 Mi patria, vedla allí; *soy mejicano!*

Cantad, vates, cantad: ¿cómo en la patria
 En que muestras sin velo el firmamento
 Los mundos mil que en sus entrañas arden,
 La voz ha de callar del sentimiento?

¿Cómo mudas é inertes las pasiones
 Donde aspira el mortal vida de fuego,
 Donde suspira lánguido el ambiente,

Donde ceden las plantas amorosas
 Al sensual beso de la clara fuente?
 ¿Donde de un mundo que espiró, la tumba,
 Envuelven con su lava los volcanes?
 ¿Donde el rayo terrífico retumba
 Y en la nube que rápido resbala,
 La omnipotencia del Señor escribe
 Y su tránsito fúlgido señala?

Veces mil solitario el pensamiento
 Desplegó el ala en la tiniebla fria,
 Do alumbra reverente el firmamento
 La augusta faz del Hacedor del dia.

Cayó en el caos el divino aliento
 Y desplegó su manto lo infinito,
 Y Dios dijo: Vivid, y las miradas
 De mil mundos sublimes se encendieron.
 Y al chocar los torrentes de luz viva
 En tu trono magnífico, Dios mio,
 Dispersáronse hermosas las estrellas,
 Como arroja al rodar la catarata
 Diáfanas gotas de luciente plata.

Yo miro al firmamento con ternura,
 Promesa al alma de felice suerte,
 Puerto de amor que espléndido fulgura
 Mas allá de los mares de la muerte.
 Vedlo, vates; cantad: ese lenguaje

De ardiente sentimiento y de armonía,
Es un lenguaje de himnos de alabanza,
Es de la fe dulcísima el idioma,
De la alma luz, de la ternura aroma.

Mas si robusto el atrevido acento
De vuestra lira enérgico se arranca,
Si entre pasiones alteradas brota,
Como ola furibunda que se azota
Entre las rocas de la mas crugiendo,
Alzad entonces el cantar tremendo.

¡Escuchad! ¡escuchad! Revienta el trueno,
El rayo aterrador ruge iracundo,
De súbito aparece la tormenta:
Su vista de relámpago recorre
El universo sumergido en duelo,
Y en la tiniebla trémulos los mares
Huérfanos gimen al bramar el cielo....
Y cruzó por la ráfaga de viento;
Negras las ondas de la mar saltaron;
Remedando alaridos de tormento,
Sus fuentes en las rocas quebrantaron.
Del viento crece el incansable empuje,
Y en las revueltas nubes relumbrando,
La tempestad solemne se pasea
Himnos al Dios de Sabahot cantando.

Unid los vuestros; jóvenes, las almas
Que comprenden la voz de la tormenta,

Que oyen en el rugir del torbellino
Cánticos puros al Señor divino;
Que cuando alumbra el rayo refulgente,
A su luz, del Señor buscan la frente;
Que conservan sublime simpatía
Con la luz, con los vientos y los mares,
Y que al pasar la tempestad sombría,
Cual la gaviota, entonan sus cantares,
Yo los saludo con fervor *poetas*.

Tambien podeis como en sincero espejo
Pedir á la natura sus colores
Y perfumar vuestros sentidos ecos
Con el aliento dulce de las flores.

Ved moribundo al sol sobre su tumba;
Tímido luce el astro vespertino,
Y en la faz del crepúsculo medrosa
Espira ténue su fulgor divino.

Celajes mil de fúlgida escarlata
Le forman ondeantes pabellones,
Que leves cual fugaces ilusiones,
Van á morir en las lejanas nubes,
Que el astro de la noche ha matizado
Con brillo hermoso de bruñida plata.

En lo profundo mírase el zafiro
Tachonado de espléndidas estrellas;
En el valle murmura la corriente,

Y al vibrar van perdiendo sus cristales
 La postrimera luz del sol poniente.
 En la nieve de la áspera montaña
 Aun brilla el día, y por el éter puro
 El humo que se alzó de la cabaña
 Solitario se eleva por los aires....

El crepúsculo escuche los loores,
 Y el cántico feliz girará blando
 Con el aura que muere susurrando
 Ebria con el perfume de las flores.

Cantad, así que en la enramada oscura
 Y la copa del sauce que reclina
 Su faz en la corriente cristalina,
 El zenzontle despliega sus acentos....
 La faz del astro que en el monte espira,
 Las flores entregadas al desmayo,
 La fugace luciérnaga que gira,
 El son lejano del modesto río,
 De la luna naciente el dulce rayo,
 Al través visto de árboles pomposos,
 Y los campos y el blanco caserío,
 Todo os inspirará: vuestros acentos
 Serán eternos como lo es el cuadro
 Que produjo los tiernos sentimientos.

Si de la lira el áspero concierto
 Busca la soledad y la grandeza,
 Tú elevas á los cielos tu cabeza
 Y eres grande y magnífico, desierto.

• Virgen tu seno, regio tu ropaje
 De inmortal y aromática verdura,
 Solo al sol que comprende tu hermosura,
 Muestras sin velo tu beldad, salvaje.

De sociedad hipócrita las leyes
 No profanaron tu arrogante seno;
 Solo obedeces á la voz de trueno
 Del que es señor de pueblos y de reyes.
 Cantadla ufanos, jóvenes ardientes;
 Son sus bardos también los huracanes,
 Alumbran sus festines los volcanes,
 Celebran sus amores los torrentes.
 Allí al salvaje mírase altanero
 En los montes prendiendo sus lumbreras,
 Y mezclando su cántico guerrero
 Al rugido estruendoso de las fieras.

Su dosel de magnífica esmeralda
 Le da de los encinos el ramaje
 En que otros tiempos se meció su cuna:
 Las aves, sus penachos y ropaje,
 Y del sol, de las aguas y las flores
 Forma astuto su mágico lenguaje.

Explotad esa mina, mejicanos;
 En ella aprendereis á amar al hombre
 Y á odiar con entusiasmo á los tiranos.

Dulce ilusion de amor, del alma aliento,
 Su inefable delicia en la ventura,
 Su acíbar y su infierno en el tormento,
 Aquí hallarás la angélica hermosura
 De tez morena y de mirar de fuego,
 Y beberás torrentes de ternura
 En el brillar de sus divinos ojos....

¡Felice tiempo en que irritada hervia
 La pasión del amor en mis entrañas,
 Y al suspirar la lira resonante,
 De amor perdido, de entusiasmo ciego,
 Amaba, y en amar me complacia,
 Porque era inmensa y generosa el alma
 Y un mundo de ilusion reproducia.

Rugosa y abatida está mi frente,
 La zanjaron frenéticas pasiones,
 Cual carcome la roca de la playa
 El azotar de turbulentas olas.
 Ya en medio de los mágicos festines,
 Al vertirse profusos los licores,
 Deidades con sus frentes de jazmines,
 Deidades con sus ojos brilladores,
 Mezclaban á mis cánticos de amores
 Sus voces de encantados serafines.
 Y tu nombre clamaba, esposa mía,
 Y el alma en mis entrañas palpitaba:

Cada ardiente suspiro que exhalaba,
 Era un eco de angélica armonía.

.....
 Y en ese tiempo solazando el alma
 A la márgen de un lago cristalino,
 Ví de las aguas que turbó la calma
 Un vapor que ligero se mecia,
 Y blanco cual las aias de un querube
 Sobre la superficie resbalaba:
 Su belleza mi vista seducia....
 Era una blanca y hechicera nube:
 Yo la creia el cisne de los lagos....
 Tendí la mano á detener su curso,
 Y vistiendo del iris sus colores,
 Sobre mi frente dirigió su vuelo:
 Ya la cauda blanquísima plegaba
 Quedando como cándida paloma,
 Ya su manto magnífico extendia,
 La orla bordando de carmin y de oro.
 Ya fugaz en los aires se mecia,
 Ya en las olas del lago se posaba;
 Con amor su carrera perseguia,
 Y ya al tocarla, al envolver mi frente,
 Galana, hermosa, en el azul del cielo
 Como faja de plata riélando,
 Fuése á otros mundos á prestar su encanto,
 Dejando á mi alma soledad y llanto.
 Y esa nube engañosa fué la gloria:
 Yo sentia la fe de conquistarla:
 Mi alma de rey y de águila el esfuerzo,

Queria se posase en mi cabeza,
 Aunque al tocarla produjera el rayo.
 ¡Ay! que la tumba tragará mi nombre,
 Y dormiré con él en su tiniebla!!!

Como el ave altanera que en las redes
 Mira los campos y el sereno cielo,
 Y siente fuerza de emprender el vuelo,
 Y al volar le contienen sus cadenas,
 Así yo gimo entre horrorosas penas!
 Aguila envejecida en la alta cumbre,
 Rastrera buscaré del sol la lumbre
 Y me aislaré en las rocas dolorido.

Humilde lira mía,
 Mi hermana en la orfandad, mi solo encanto
 En mis amargas horas de martirio,
 De gloria me animaste en el delirio;
 Tus cuerdas se laxaron con mi llanto:
 Convoca á los amigos de mi infancia,
 A los hijos del canto y la ternura,
 A esos á quienes amo como hermanos,
 Cuya espléndida gloria es mi ventura.

Tomen lugar entre los hijos míos
 Que viven con la sangre de mis venas,
 Cuando mi última luz triste reluzca.

Id, desplegad vuestros sublimes cantos;
 No me toqueis, me encontrareis dormido,
 Y llevaré un recuerdo de consuelo,
 Recuerdo el mas querido,
 Que aliviará tal vez mi fatal suerte,
 De atravesar los mares de la muerte
 Envuelto en la tiniebla del olvido.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ANDRES QUINTANA ROO.

DIEZ Y SEIS DE SETIEMBRE.

Ite, nit; egregias animas, quae sanguine nobis
Hanc patriam peperere suo, decorate supremis
Muneribus

(V. EN. L. XI.)

Renueva, oh musa! el victorioso aliento
Con que, fiel de la patria el amor santo,
El fin glorioso de su acerbo llanto
Audaz predije en inspirado acento: (1)

(1) En 16 de setiembre de 1812, el autor extendió un manifiesto, con el título de Aniversario, por encargo de la junta nacional establecida en Zitácuaro. La imprenta, objeto principal de la saña de los opresores, corría mayores riesgos que los patriotas bajo el cuidado y vigilancia de D. Ignacio Rayon, que hizo indecibles esfuerzos por salvarla, como lo consiguió en medio de la deshecha y horrorosa borrasca. Este jefe se dirigía entonces á los cantones de Anichapasi y Zimapan, y se detuvo solo medio día en reconocer el fuerte de Nadó, situado en las alturas del pueblo de Aculeo. Aprovechóse aquel corto tiempo para componer el Aniversario que debía publicarse dentro de tres dias después. Llegaba ya el autor al fin de su trabajo, aunque no completaba la descripción de los sucesos ocurridos en los dos años de guerra, cuando la voz de *tenemos al enemigo encima*, le hizo abreviar la tarea, cerrando el discurso con este anuncio tan felizmente justificado por el suceso: "Sin armas, repuestos, dinero, ni uno solo de los medios que ese fiero gobierno prodiga para destruirnos, la nacion llena de majestad y grandeza, camina por el sendero de la gloria á la inmortalidad del vencimiento." Se halla este manifiesto entre los papeles que entonces publicó la imprenta nacional, y los documentos que recopiló el Dr. D. Servando de Mier en el tomo 2.^o de su Historia de la revolucion de Méjico, impresa en Londres en 1813.—(El A.)

Cuando mas orgulloso
Y con mentidos triunfos mas ufano,
El ibero sañoso
Tanto ¡ay! en la opresion cargó la mano,
Que al Hanahuac vencido
Contó por siempre á su coyunda unido.

"Al miserable esclavo (cruel decia)
Que independecia ciego apellidando,
De rebelion el pabellon nefando
Alzó una vez en algazara impía,
De nuevo en las cadenas
Con mas rigor á su cerviz atadas,
Aumentemos las penas,
Que á su última progenie prolongadas,
En digno cautiverio
Por siglos aseguren nuestro imperio."

"¿Qué sirvió en los *Dolores* vil cortijo,
Que el aleve pastor el grito diera
De libertad, que dócil repitiera
La insana chusma con afan prolijo?
Su valor inesperto
De sacrilega audacia estimulado,
A nuestra vista yerto
En el campo quedó, y escarmentado
Su criminal caudillo,
Rindió ya el cuello al vengador cuchillo."

"Cual al romper las Pléyadas lluviosas
El seno de las nubes encendidas,
Del mar las olas antes adormidas
Súbito el austro altera tempestosas;

De la caterva osada
 Así los restos nuestra voz espanta,
 Que resuena indignada
 Y recuerda, si altiva se levanta,
 El respeto profundo
 Que inspiró de Vespuccio al rico mundo."

"¡Ay del que hoy los sediciosos labios
 De libertad al nombre lisonjero,
 Abriese pretextando novelero
 Mentidos males, fútiles agravios!
 Del cadalso oprobioso
 Veloz descenderá a la tumba fria,
 Y ejemplar provechoso
 Al rebelde será, que en su porfia
 Desconociere el yugo
 Que al invicto español echarle plugo."

Así los hijos de Vandalia ruda
 Fieros clamaron cuando el héroe agosto
 Cedió de la fortuna al golpe injusto;
 Y el brazo fuerte que la empresa escuda,
 Faltando a sus campeones,
 Del terror y la muerte precedidos,
 Feroces escuadrones
 Talan impunes campos florecidos,
 Y al desierto sombrío
 Consagran de la paz el nombre pio.

No será empero que el benigno cielo,
 Cómplice fácil de opresion sangrienta,
 Niegue a la patria en tan cruel tormenta
 Una tierna mirada de consuelo.

Ante el trono clemente
 Sin cesar sube el encendido ruego,
 El quejido doliente
 De aquel prelado, que inflamado en fuego
 De caridad divina,
 La América indefensa patrocina:

"Padre amoroso, dice, que a tu hechura,
 Como el don mas sublime concediste,
 La noble libertad con que quisiste
 De tu gloria ensalzarla hasta la altura,
 ¿No ves a un orbe entero
 Gemir, privado de excelencia tanta,
 Bajo el dominio fiero
 Del execrable pueblo que decanta,
 Asesinando al hombre,
 Dar honor a tu excelso y dulce nombre?"

"¡Cuánto ¡ay! en su maldad ya se gozara
 Cuando por permision inescrutable,
 De tu justo decreto y adorable
 De sangre en la conquista se bañara,
 Sacrilego arbolando
 La enseña de tu cruz en burla impía,
 Cuando mas profanando
 Su religion con negra hipocresía,
 Para gloria del cielo
 Cubrió de excesos el indiano suelo!

"De entonces su poder ¿cómo ha pesado
 Sobre el inerme pueblo! ¿Qué de horrores,
 Creciendo siempre en crímenes mayores,
 El primero a tu vista han aumentado!

La astucia seductora
 En auxilio han unido á su violencia:
 Moral corrompedora
 Predican con su bárbara insolencia,
 Y por divinas leyes
 Proclaman los caprichos de sus reyes."

"Allí se ve con asombroso espanto
 Cual traición castigado el patriotismo,
 En delito erigido el heroísmo
 Que al hombre eleva y engrandece tanto.
 ¿Qué mas? en duda horrenda
 Se consulta el oráculo sagrado
 Por saber si la prenda
 De la razón al indio se ha otorgado,
 Y mientras Roma calla,
 Entre las bestias confundido se halla."

"¿Y qué, cuando llegado se creía
 De redención el suspirado instante,
 Permites, justo Dios, que ufana cante
 Nuevos triunfos lo odiosa tiranía?
 El adalid primero,
 El generoso Hidalgo ha perecido;
 El término postrero
 Ver no le fué de la obra concedido;
 Mas otros campeones
 Suscita que rediman las naciones."

Dijo, y Morelos siente enardecido
 El noble pecho en belicoso aliento;
 La victoria en su enseña toma asiento
 Y su ejemplo de mil se ve seguido.

La sangre difundida
 De los héroes su número recrece,
 Como tal vez herida
 De la segur, la encina reverdece,
 Y mas vigor recibe,
 Y con mas pompa y mas verdor revive.

Mas ¿quién de la alabanza el premio digno
 Con títulos supremos arrebató,
 Y el laurel mas glorioso á su sien ata,
 Guerrero invicto, vencedor benigno?
 El que en Iguala dijo:
Libre la patria sea, y fuélo luego
 Que el estrago prolijo
 Atajó y de la guerra el voraz fuego,
 Y con dulce clemencia
 En el trono asentó la Independencia.

¡Himnos sin fin á su indeleble gloria!
 Honor eterno á los varones claros
 Que el camino supieron prepararos,
 ¡Oh Iturbide inmortal! á la victoria.
 Sus nombres antes fueron
 Cubiertos de luz pura, esplendorosa;
 Mas nuestros ojos vieron
 Brillar el tuyo como en noche hermosa
 Entre estrellas sin cuento
 A la luna en el alto firmamento.
 ¡Sombras ilustres, que con cruento riego
 De libertad la planta fecundásteis,
 Y sus frutos dulcísimos legásteis
 Al suelo patrio, ardiente en sacro fuego!

Recibid hoy benignas,
De su fiel gratitud prendas sinceras
En alabanzas dignas,
Mas que el mármol y el bronce duraderas
Con que vuestra memoria
Coloca en el alcázar de la gloria.



EPITACIO J. DE LOS RIOS.



LOS ANGELES REBELDES.

Aún en el Edem, de Dios la mano
Al hombre no ponía,
Cuando formó su aliento soberano
Unos ángeles bellos....
De su diestra inmortal fieles destellos.

Adornólos su mano omnipotente
De hermosura y justicia:
Su sello puso en la radiosa frente
De aquellas criaturas
Que gozar esperaban mil venturas.

Alas de nácar, de zafiro y oro,
 Como la luz brillantes;
 Y de dones y gracias el tesoro
 Que sale de las manos
 Del Supremo Hacedor de los humanos.

Gozaban los espíritus hermosos
 Que en ellos contemplaban,
 Los bellos atributos prodigiosos
 Que formarían la vida
 Que les tenía el Eterno prometida.

Pero algunas de aquellas criaturas
 Al punto que miraron
 Sus ricas y brillantes vestiduras,
 De orgullo se llenaron
 Y contra su Criador se rebelaron.

Una de ellas al verse tan hermosa,
 "Subiré, dijo al punto,
 "Por cima de esa nube vagarosa,
 "Y pondré con presteza
 "La corona de Dios en mi cabeza.

"Venid conmigo, espíritus gloriosos,
 "Vereis mi poderío,
 "Y sereis en mi reino tan dichosos,
 "Cual nunca criatura
 "Lo fuera tanto en la celeste altura."

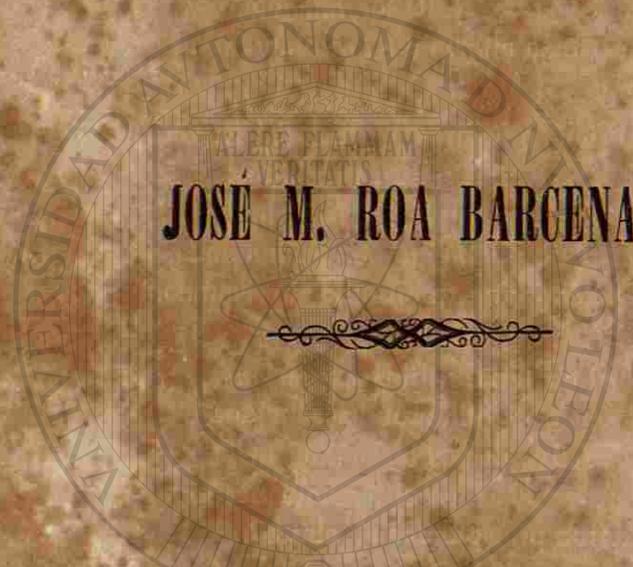
Esto dijo; y al punto estremecidos
 Retumbaron los cielos,
 Proyectos al oír tan atrevidos;
 Y el Señor, indignado
 Mostró su enojo en su semblante airado.

"¿Quién las iras provoca del Eterno?
 "¡Criaturas malditas!
 "Desde hoy habitareis en el infierno,
 "Do en albañal inmundo,
 "Quedará vuestro orgullo sin segundo."

Al oír tan terribles expresiones,
 Sintieron los rebeldes
 El castigo de sus locas ilusiones,
 Y en el instante mismo
 Fueron precipitados al abismo.

Así castiga el Ser Omnipotente
 Aquellas criaturas
 Que alzar osaron su orgullosa frente
 Hasta el excelso trono,
 Provocando de Dios todo el encono.

Desde entonces.... lloramos los mortales
 Sin cesar angustiados
 Por el inmenso cúmulo de males,
 Pasiones y delitos,
 Que nos dan los espíritus malditos....



RECUERDOS DE LA BATALLA DE CALDERON.

El grito salvador tronado habia,
Del despotismo entre la noche oscura,
Y los libres una era de ventura
Comenzaron, tal vez, á presagiar.
¿Cómo dejar impune su arrogancia,
Sostenida por mas de cien victorias?
¿Cómo el laurel, emblema de sus glorias,
Dejar sobre sus sienes reposar?

“El mundo que Cortés á la corona
De España con arrojo le agregara,
Y que ora á emanciparse se prepara,
Nuestro por siempre, á su pesar, será.”

Esto dice el tirano, y sus legiones
A Calderon conduce, allí retando
Al insurgente numeroso bando,
Que á vencer ó morir se acerca ya.

Dadme un crespon para enlutar mi lira,
Tristes recuerdos del combate oid,
Y lamentemos á los nuestros bravos
Que allí supieron con honor morir.

Resuena el parche y el cañon resuena,
Los combatientes con furor se apiñan,
En tanto que á la atmósfera serena,
Columna de humo remotando va.

Cuando la muerte y el estrago horrible
Extiende sobre el campo negras alas,
Ensangrentando las guerreras galas,
¿Quién de los dos el vencedor será?

¡Funesto día! El despotismo triunfa,
El ejército libre se deshace;
En vano con fiereza se rehace,
Despreciando los fuegos del cañon.

Ya se desbanda, y la montaña llena,
Y el puente y el camino de soldados,
Cuyos cuerpos sangrientos, mutilados,
Ofrecen una escena de pavor.

Y ¿cómo en medio de desorden tanto,
Cuando el campo sembrado de despojos
Se presentó espantoso á nuestros ojos,
Otra era de ventura presagiar?

¿Cómo creer que el porvenir sería
Dentro de poco plácido, reciente,
Y que alumbrara un sol resplandeciente
En Méjico á la augusta libertad?

¿Cómo entre penas, afliccion y llanto,
Cuando el terror por donde quier reside,
La mano bienhechora de Iturbide
Rompiendo nuestros hierros vislumbrar?

¿Y las naciones, y los pueblos todos
Apellidar á nuestra patria hermana,
De su existencia en la primer mañana,
Entre el dolor ¡oh Dios! cómo mirar?

.....

¡Ay! perecieron multitud de bravos,
Que vencer anhelaran, ó morir:
A los sepulcros de sus restos yacen,
Patriotas todos, en tropel venid.

Dadle un velo á mi cítara, luctuoso,
Y lúgubres endechas sonarán:
Del tirano las víctimas ilustres
A nuestras voces se alzarán quizá!

La libertad fué siempre su divisa,
Y su sangre viniendo á derramar,
Con la terrible postrimer sonrisa
Sus labios exclamaron: "libertad."
Tal vez nombrando esta palabra santa
A los confusos ecos del laud
Que sus victorias y reveses canta,
Sus cuerpos dejarán el ataud....

Venid, ¡hermosas de la patria mia!
Venid tambien vosotras en tropel,
Y embelleced esta region sombría
Con guirnaldas tejidas de laurel.

Más si acaso los héroes de la tumba
Sus osamentas lividas sacaran
Y anhelantes la patria contemplaran,
A la tumba volvieran con horror:

Y un anatema de ignominia eterna
Contra todos nosotros fulminando,
Tornaran á dormir el sueño blando
Que por siempre sus párpados cerró.

Poneos en reedor, no sea que miren
El tûmulo funesto de Padilla:

¡El nombre de la patria sin manilla
Ellos, tal vez, en su sopor creerán!
Cantad en derredor, no sea que escuchen
El triste son de fratricida guerra
Que ha ensangrentado su querida tierra,
Esa tierra á que dieron libertad.

Que nada miren ¡por piedad! que duerman,
Y en sus sepulcros con quietud estén,
Los bravos que acudieron al combate
Y supieron con honra perecer.

Funesta un día nos hirió la suerte,
Y luto y aflicción solo nos dió;
Mas la sangre del libre, derramada,
El trono de los déspotas miró.

Venid, ¡hermosas de la patria mía!
Las frentes enlutadas con ciprés,
Y de los libres en la tumba fría
Posad una corona de laurel.

1845.



IGNACIO RODRIGUEZ GALVAN.



ADIOS ¡OH PATRIA MIA!

Alegre el marinero
En voz pausada canta,
Y el ancla ya levanta
Con extraño rumor.
De la cadena al ruido
Me agita pena impía.
Adios ¡oh patria mía!
Adios, tierra de amor!



El barco suavemente
Se inclina y se remece,
Y luego se estremece
A impulsos del vapor.

Las ruedas son cascadas
De blanca argentería.

Adios ¡oh patria mia!
Adios, tierra de amor!

Sentado yo en la popa
Contemplo el mar inmenso,
Y en mi desdicha pienso
Y en mi tenaz dolor.

A tí mi suerte entrego,
A tí, Virgen María.
Adios ¡oh patria mia!
Adios, tierra de amor!

De fuego ardiente globo
En las aguas se oculta:
Una onda lo sepulta
Rodando con furor.

Rugiendo el mar anuncia
Que muere el rey del día.

Adios ¡oh patria mia!
Adios, tierra de amor!

Las olas, que se mecen
Como el niño en su cuna,
Retratan de la luna
El rostro seductor.

Gime la brisa triste
Cual hombre en agonía.
Adios ¡oh patria mia!
Adios, tierra de amor!

Del astro de la noche
Un rayo blandamente
Resbala por mi frente
Rugada de dolor.

Así como hoy la luna
En Méjico lucía.
Adios ¡oh patria mia!
Adios, tierra de amor!

¡En Méjico!.... ¡oh memoria!....
¡Cuándo tu rico suelo
Y tu azulado cielo
Veré, triste cantor?

Sin tí, cólera y tedio
Me causa la alegría.

Adios ¡oh patria mia!
Adios, tierra de amor!

Pienso que en tu recinto
Hay quien por mí suspire,
Quien al Oriente mire
Buscando á su amador.

Mi pecho hondos gemidos
A la brisa confía.

Adios ¡oh patria mia!

Adios, tierra de amor!

A bordo del paquete-vapor *Teviot*, navegando de
la Baliza de Orleans á la Habana.—Domingo 12 de
junio de 1842.

FRANCISCO M. SANCHEZ DE TAGLE.

CANTATA EPITALAMICA

para el dia de los felices desposorios de mis hijos Agustín
Sanchez de Tagle y Luisa de Bocanegra.

¿Qué quieres, niño amor, que ni te asusta
Mi faz rugosa, ni mi pelo cano?

¿No basta que á tu imperio soberano
Vida y voz consagré, mientras robusta?

¿Intentas que arda la ceniza?... Injusta
Fuera tu pretension, tu empeño vano;
Que el triste hielo de mi pecho anciano

A tus ardores mal asaz se ajusta.

Mas nada escucha tu afanosa prisa;

Mis viejas venas con tu fuego inflamas,

Ordenas cante, en AGUSTIN Y LUISA,

De tus proezas la que tú mas amas:

Ya obedece mi musa profetisa

Y el himno entona de tus sacras llamas.

Pienso que en tu recinto
 Hay quien por mí suspire,
 Quien al Oriente mire
 Buscando á su amador.

Mi pecho hondos gemidos
 A la brisa confía.

Adios ¡oh patria mia!

Adios, tierra de amor!

A bordo del paquete-vapor *Teviot*, navegando de
 la Baliza de Orleans á la Habana.—Domingo 12 de
 junio de 1842.

FRANCISCO M. SANCHEZ DE TAGLE.

CANTATA EPITALAMICA

para el día de los felices desposorios de mis hijos Agustín
 Sanchez de Tagle y Luisa de Bocanegra.

¿Qué quieres, niño amor, que ni te asusta
 Mi faz rugosa, ni mi pelo cano?

¿No basta que á tu imperio soberano
 Vida y voz consagré, mientras robusta?

¿Intentas que arda la ceniza?... Injusta
 Fuera tu pretension, tu empeño vano;
 Que el triste hielo de mi pecho anciano

A tus ardores mal asaz se ajusta.

Mas nada escucha tu afanosa prisa;

Mis viejas venas con tu fuego inflamas,

Ordenas cante, en AGUSTIN Y LUISA,

De tus proezas la que tú mas amas:

Ya obedece mi musa profetisa

Y el himno entona de tus sacras llamas.

Esta quinta deliciosa
Te vió, mi AGUSTIN, un día,
Correr tras la mariposa
Y lucerna vagarosa,
Con pié débil todavía.

Tu carrera vacilante
¡Cuántos me costaba sustos!
Que cayeras cada instante
Como aprehendía el pecho amante,
Me eran temores tus gustos.

Llamabas con risa ufana
A tus queridos hermanos
Para cortar flor temprana,
O alzar caída manzana,
Que aun no te cabía en las manos.

Cansado de fiesta y juego
Al regazo de tu madre
Venias, sudoroso, luego;
O cariñoso, á mi ruego,
A los brazos de tu padre.

Con las manos te colgabas
De entrambos cuellos paternos,
Y blando los halagabas,
Y amorosos retornabas
Los nuestros con besos tiernos.

Mas no sin mezcla de azares
Corrieron siempre esos días;
Amarguras singulares,
Susto cruel y pesares
Turbaron mis alegrías.

Aquí tu preciosa vida
En gran riesgo, á mi presencia,
Puso una grave caída:
¡Ay! daba el alma afligida
Por la tuya mi existencia!

Todo pasó ya, cual sueño
Que disipa el despertar:
A uno se siguió otro empeño;
Cambió el corazón de dueño
Y de objetos el amar.

Ese fresno cuyas ramas
Agora vientos no mecen,
Y paran del sol las llamas,
Y á tí y al ídolo que amas
Sombra grata les ofrecen,

Entonces apenas alzaba
Vara, poco mas, del suelo,
Y vaivenes le causaba
El gorrion que en él posaba,
Cortando su alegre vuelo.

A la par con él creciste,
Y ya robusto mancebo,
En su corteza escribiste:
"Luisa, mi amor que admitiste,
Será eternamente nuevo."

¡Cómo, ay! las horas rápidas volaron,
Y los días velocísimos corrieron,
Y en pos de ellos los años se pasaron!
¿Dónde están ora? ¿Dónde? ¿Qué se hicieron?

Otras llegaron ya, y otras esperan,
Como á mí sigue mi hijo idolatrado;
Mas todas, todas, á la par se esmeran
En darle cuantas dichas he gozado.

Y mas; pues muchas mas están escritas
En el libro adorable del destino,
De pura luz con letras exquisitas
Que imborrable formó dedo divino.

Del Supremo Hacedor que aqueso espacio,
Donde se pierden vista y mente humana,
Pobló de islas, de luz y de topacio
Las puertas colocó de la mañana.

Y solo sabe dónde, en qué manera,
Móvil ó fijo, el último lucero
Puso, á decir á la creacion entera:
"Solo Dios mas allá de este lindero."

Muy antes, hijos míos, que los millones
De séres que el Eterno fabricara,
Ya decretó formaros corazones
Propios para la union á que os prepara.

Su mente os traza en grata semejanza,
Que mutuo siempre en dulce amor inspira,
Principio cierto de feliz alianza
Y de hermosura que en la prole admira.

El modo luego, y la razon que ordena
De daros las virtudes conyugales:
Sus gracias os destina, á mano llena,
Para haceros felices y leales.

Ni á vuestros padres su bondad inmensa
Olvida en esos planes amorosos:
Dotarlos quiso de ternura intensa,
Porque en vosotros fueren venturosos.

Quando le plugo realizar su intento,
Crió aquesos orbes, sin cesar girando;
Y ellos, midiendo siglos, el momento
Nos allegan, que estamos disfrutando.

El sol asoma en el rosado Oriente
Radioso, como nunca, en este dia:
Perfuman mil aromas el ambiente,
Todo respira dichas y alegría.

El lazo santo ha unido vuestra suerte,
Y el mismo Dios eterno el nudo sella
Que no desatará sino la muerte:
Ya son uno AGUSTIN Y LUISA bella.

Dulces prendas del alma paterna,
Vuestra dicha felices nos hace;
Juventud en nosotros renace,
Ya sentimos su adierte vigor.
Esa union de dos almas eterna,
Ese fuego que siempre ha de arder,
De mil bienes la causa va á ser;
Lo ha jurado el Eterno Hacedor.

Dos arroyos juntándose en uno,
Luego forman el rio caudaloso
Que hasta el mar llegará proceloso,
Esmaltando sus bordes abri.
A este modo serán, de consuno,
Por vosotros en una reunidas,
Dos familias, del cielo queridas,
Y á la patria darán hijos mil.

En las fuentes los tiernos abuelos
Recibiendo de nietos festivos
Dulces besos, de amor expresivos,
Se enajenan en sumo placer.
Vuelan luego, temiendo los celos,
De sus padres al caro regazo,
Y duplican los mimos y abrazo,
Con que en dichas los hacen crecer.

Mi buen hijo, de mis bendiciones
Copia inmensa recibe este dia;
Y esa prenda de tanta valía,
Que es ya tuya, la goza sin fin.
La virtud regirá tus acciones;
El amor premiará tus afanes;
De tu padre dichosos los manes
Por tu causa serán, Agustín.

Dulce Luisa, virtud y hermosura
Te dió el cielo, bondoso contigo;
Agustín te va á ser fiel amigo;
Tú á él feliz y él felice te hará.
Yo por colmo os deseo de ventura
Hijos cuales habeis siempre sido:
Oye ¡oh Dios! este ruego encendido,
Y pronuncia: infalible será.



SEVERO MARIA SARIÑANA.



SONETO.

¡Laureles de oro, angélica ambrosía,
De atmósfera magnífica de gloria,
Que refresca la frente y la memoria
Cual blanda brisa al asomar el día!
De los cielos espléndida armonía,
Que trueca en grande nuestra vil escoria;
Ceñid mi sien, y mi mortal historia
Será un raudal de dichas y alegría.

Tras de vosotros caminando ardiente
Sin paz, sin calma por do quier herido,
Por llenarme de gloria refulgente;

Templo de amor, á tí llego rendido,
Abreme y baña con tu luz mi frente,
¡Oh imágen pura del Eden perdido!

1850.

JOSÉ SEBASTIAN SEGURA.

ANTIOCO.

“En mi carro mas rápido que el viento
Incendiaré el palacio y la cabaña;
Caerá el hebreo como débil caña,
Y arrancaré de Sion el fundamento.

“Desplegaré mis labios, y á mi acento
Los mares calmarán su hirviente saña,
Y pesaré montaña por montaña,
Y mis tiendas pondré en el firmamento.”

Así exclamaba Antioco el insolente,
Cuando Dios le derriba de su carro,
Y en gusanos se mira convertido.

El corazon le abrasa fuego ardiente,
Y tórnanse del déspota bizarro

Sus huesos polvo y su memoria olvido.

VICENTE SEGURA.

A LESBIA.

¡Ángel divino, singular belleza
A quien mi vida toda he consagrado,
Tú infundes en mi pecho enamorado
Sensaciones de amor y de tristeza!
La suerte cruel con bárbara fiereza,
De corazón amante me ha dotado,
Negándome el placer tan deseado
De estrecharte en mis brazos con ternura.
Si el cielo no me crió para poseerte,
¡Por qué me inflama en fervidos amores,
Haciendo me consuma yo en quererte?
¡Ay, Lesbía! si me esquivas tus favores
Y si en ajenos brazos he de verte,
Prefiero de la muerte los rigores.

CÁRLOS HIPÓLITO SERÁN.

A LA CASCADA DE JUANACATLAN.

RECUERDOS DE JALISCO.

Mil veces salve ¡oh mágico torrente,
Imágen de la excelsa Omnipotencia!
¡Salud á tí que la nevada frente
Alzas soberbio, y besas
El trono refulgente
De un Dios de paz, de amor y de clemencia!
¡Quién al mirarte en gigantescas olas
De nácar y diamante,
No siente dentro el pecho palpitante
Latir el corazón avasallado,
Y en santo arrobamiento
No eleva al Ser Supremo el pensamiento?
Oid.... con ronca voz atronadora
Su inmensa mole en el abismo zumba,
Y en gajos cristalinos se derrumba
A la luz de ese sol que la colora!
Atónita la mente la contempla

En éxtasis divino,
 Cuando al rumor de sus veloces ondas
 Trasparente una nube se levanta
 De finísimo polvo diamantino.
 Y de la brisa al perfumado aliento
 La frente inclinan las pintadas flores,
 Orgullo y gala del callado río,
 Cuando en su cáliz, amoroso asiento
 De fúlgidos colores,
 Brilla limpia una gota de rocío.
 Allí del iris el radiante prisma,
 En arcos dobles de zafir y gualda,
 Al sol saluda cuando lento abisma
 Su lumbré, tras la falda
 Del empinado monte,
 Que baña en media tinta el horizonte.
 Y en el silencio de la noche, cuando
 La blanca luna con su luz de plata,
 En la corriente de cristal retrata
 Su faz hermosa, de Jalisco perla,
 ¡Con qué placer el alma enamorada
 Sueña, despierta, en la mujer amada!
 Mas ¡ay! que junto á tí, cascada hermosa,
 Nada valen de amor las ilusiones....
 La casta vírgen, en la edad preciosa
 En que palpita el corazón sencillo
 Al grato aroma de la flor del bosque,
 O de las aves al ropaje y brillo,
 Que en sueños de oro sin cesar se agita,
 Un bien sin nombre suspirando en vano,
 Al despertar la realidad encuentra,

Que todo lo marchita,
 Que todo borra con su helada mano!....
 De la amistad al sacrosanto fuego
 Incienso quema en su arrebato el hombre,
 Y el tiempo con sus alas lo destruye,
 Y solo queda del afecto el nombre!....
 ¡Esta es la vida! En vano
 El mísero mortal en su delirio
 Con loco afán embellecerla quiere,
 Sin comprender el doloroso arcano
 Que todo cuanto nace al punto muere.
 Tan solo tú, magnífico torrente,
 El de los gajos de luciente plata,
 Tal vez eres eterno!
 Tú la aurora primera de escarlata
 Viste nacer quizá, cuando imponente
 A lo creado se mostró en Oriente.
 Y desde entonces, en tropel confuso,
 Tus claras aguas sin cesar murmullan
 Con bronca melodía,
 Que va á perderse en la region vacía.
 Mas cuando todo yazga en el olvido,
 Cuando el sol ya no rompa las tinieblas,
 Y en negra noche el mundo sumergido,
 Se pierde la memoria
 De lo que fué la vida,
 Entonces, ¡oh cascada majestuosa,
 Del cielo desprendida,
 Allá en la eternidad tu ronco acento
 Será del orbe el postrimer lamento!....

IGNACIO SIERRA Y ROSSO.

A MI AMADA.

I.

Adorable mujer, oye, te ruego,
La voz del triste que por tí suspira;
Un hombre existe que por tí delira;
Sábelo, hermosa, y que perezca luego.

En el horrible tormentoso estado
A que adversa la suerte me condena,
Lejos de tí devórame la pena,
Solo mirarte alguna vez me es dado.

Y aun entonces mis ojos se recatan
De otras miradas de insensata gente:
¡Oh cuánto el alma en el silencio siente!
¡Cómo las penas sin piedad me matan!

Hízote el cielo bella y apacible,
Te dió el amor su misterioso encanto;
Y al contemplar unido hechizo tanto,
Ardió por tí mi corazón sensible.

¡Por qué ¡ay Dios! en tiempo mas dichoso
No quiso el cielo que tus gracias viera?
A tus plantas rendido te ofreciera
Una alma pura con la fe de esposo.
Piedad tal vez y amor alcanzaria
El dulce ruego de tu amante fino,
Y fuera idolatrarte mi destino,
Y tú el encanto de la vida mia.
¡Insensato delirio! que la suerte
Burlarme supo dura y caprichosa,
Y á mi pecho no queda ya otra cosa
Que la esperanza de temprana muerte.

II.

Pero entre tanto que llega
De morir el dulce instante,
Por tí latirá constante
Mi encendido corazón.

De mi pensar solitario
Serás el cándido objeto,
Y te adoraré en secreto
Con ardiente devoción.

¡Y porqué no? ¡puede el hombre
Contrastar á su destino?
¡Acaso el nùmen divino
De mi amor se ofenderá?

El me inspira dentro el alma
Tan plácido sentimiento,
Que de virtud fundamento
Y de heroismo será.

Sí, porque te amo cual se ama
Al padre que ya no existe,
Aunque no es la tumba triste
La que se alza entre los dos.

Te adoro sin esperanza,
Sin objeto, con pureza:
La virtud es tu belleza;
Te amo como se ama á Dios.

Y así te amaré constante,
Virgen de mi amor inmenso;
Mientras viva, santo incienso
En tus aras quemaré.

Y tu nombre, sosegado
Con la paz del inocente,
Será al morir, balbuciente,
Lo último que diré.

JOAQUIN TELLEZ.



EVA.

El soplo del Criador le da existencia,
Y aparece en el valle de la vida,
Suelto el cabello, la cabeza erguida,
Brillando en su sembrante la inocencia:

Su mirada revela inteligencia;
Y de la luz al verse circñida,
Comprende que por Dios fué concebida
Para el mundo animar con su presencia.

En pié, gallardo y noble en la postura,
Adan contempla mudo y reverente
Tan sublime portento de hermosura;
Y al mirar el candor sobre su frente,
Palpitando de célica ventura,
En ella fué á estampar su labio ardiente.

Sí, porque te amo cual se ama
Al padre que ya no existe,
Aunque no es la tumba triste
La que se alza entre los dos.

Te adoro sin esperanza,
Sin objeto, con pureza:
La virtud es tu belleza;
Te amo como se ama á Dios.

Y así te amaré constante,
Virgen de mi amor inmenso;
Mientras viva, santo incienso
En tus aras quemaré.

Y tu nombre, sosegado
Con la paz del inocente,
Será al morir, balbuciente,
Lo último que diré.

JOAQUIN TELLEZ.



EVA.

El soplo del Criador le da existencia,
Y aparece en el valle de la vida,
Suelto el cabello, la cabeza erguida,
Brillando en su sembrante la inocencia:

Su mirada revela inteligencia;
Y de la luz al verse circñida,
Comprende que por Dios fué concebida
Para el mundo animar con su presencia.

En pié, gallardo y noble en la postura,
Adan contempla mudo y reverente
Tan sublime portento de hermosura;
Y al mirar el candor sobre su frente,
Palpitando de célica ventura,
En ella fué á estampar su labio ardiente.

MANUEL TOSIAT FERRER.

LA MIRADA DE AMOR.

Era la tarde: sentado
De un castillo junto al muro,
Tierno canto de amor puro
Entonaba un trovador;
Y así cantando decía,
Al son del arpa sonora:

"Mas no te pido, señora,
Que una mirada de amor."

"Ya la noche se avecina,
Y del sol en tus almenas
Débil rayo toca apenas,
Eclipsando su fulgor.
No hagas que á mi vista robe,
Tendida la niebla oscura,
La expresion de tu ternura,
La mirada de tu amor.

MANUEL TOSIAT FERRER.

281

"Acude ¡hermosa! ninguno
Ha de amarte cual yo te amo;
Oye el sentido reclamo
De tu constante amador:
Yo entretengo tus desvelos,
Entonando dulce canto;
Y tú... me niegas en tanto
Una mirada de amor.

"Yo he lidiado en Palestina
Y de gloria me he cubierto,
Al volar por el desierto
Mi corcel batallador;
Pero muy mas me enajena
Que del triunfo los loores,
De tus ojos seductores
Una mirada de amor.

"Cuando tras duros encuentros
Volví á tus muros triunfante,
Ví tu angélico semblante
Encendido de rubor.
Tú apenas me dirigiste
Una lánguida mirada,
Que era del cielo inspirada,
Que era mirada de amor.

"¡Hermosa mial si ornara
Mi sien altiva corona;
Si de la una á la otra zona
Fuera absoluto señor;
De tus encantos llevado
Trocaría mi grandeza

Por tu mágica belleza,
 Por tu mirada de amor.

“Oye benigna, señora,
 Los tristes suspiros míos,
 Que yo temo tus desvíos
 Mas que del moro el furor:
 Que yo rendido te adoro;
 Que yo pongo mi ventura
 En mandarte mi ternura
 Y una mirada de amor.”

Ruido entonces se apercibe,
 Y una ventana se abría,
 Do la dueña aparecía
 Del alma del trovador.
 La voz cesó: brilla luego
 De la hermosa enamorada
 Una lánguida mirada,
 Una mirada de amor.

1844.

ELIGIO VILLAMAR.

A UN NIÑO EN LA CUNA.

En brazos de la inocencia
 Descansa, niño precioso;
 Descansa, que tu reposo
 No interrumpirá el dolor.
 Y yo meceré tu cuna,
 Como las auras de mayo
 Mecen el flexible tallo
 De tierna olorosa flor;
 Y admiraré extasiado
 La gracia de tu semblante,
 Como contempla el amante
 De su bien el sonreír.
 ¡Con tus dorados cabellos
 Cuál juguetea la brisa!
 ¡Cómo vaga la sonrisa
 Por tus labios de carmin!
 ¡Un ensueño te presenta
 A tu madre candorosa
 Prodigándote amorosa
 Y tierna, caricias mil?
 ¡O acaso en tu torno vuela
 Entre nubes de jazmines

Un coro de serafines,
 Con quienes te unes feliz?....
 Duerme, niño, duerme en paz
 Por la inocencia velado,
 Como ella descansa al lado
 Del trono augusto de Dios.
 Y no despiertes, mi vida,
 No despiertes, que dormido
 No te verás perseguido
 Por el tedio y el dolor.

Cándida flor, que al despuntar el día
 En que el ángel de púdicos amores
 Sobre el mundo sus alas extendía,
 Brotaste entre agudísimos dolores.
 Flor sin mancha, cuando allá en el cielo
 Ornabas la diadema del Eterno,
 ¿Por qué te plugo descender al suelo
 Para luchar sin fin con el infierno?
 Sobre tu tierna, delicada frente,
 De la inocencia celestial emblema,
 Escrito llevas ya, pobre inocente,
 Del Dios de lo creado el anatema.
 Siento que se humedece mi mejilla
 Cuando te veo, como ve el marino
 Inexperta vogar débil barquilla
 Despreciando el furor del torbellino.
 Ora duermes, mi bien; pero tus ojos
 Al abrirse quién sabe si en el cielo
 El signo mirarán de sus enojos
 Y serás condenado á amargo duelo.
 Entonces ¡ay! la deliciosa brisa
 Que ora respiras perderá su aroma,
 Y la vida odiarás, tierna paloma,
 Huiráse de tus labios la sonrisa.

Hoy puras corren de la edad primera
 Las raudas horas par tu blanca frente,
 Como puras recorren la pradera
 Las cristalinas aguas de la fuente.
 ¿Y despues? y despues todos los seres
 Brindarán el deleite, ángel bendito,
 Te dormirás, como ora, entre placeres,
 Y al despertar te manchará un delito.

Pero no, que de tus días
 Una madre cuidará
 Y del mundo y sus orgías
 Y sus vanas alegrías
 Con teson te apartará.
 El cielo te ha concedido
 En ella el mayor tesoro;
 Si alguna vez dolorido
 Tu pecho exhala un gemido,
 Ella enjugará tu lloro.
 Ora y siempre, vida mia,
 Vela tu sueño profundo,
 Como de noche y de día
 La incomparable María
 Cuida afanosa del mundo.
 Nada temas á su lado,
 Que ella su vida dará
 Por el hijo idolatrado
 Que en su corazón grabado
 Mientras respire estará.
 Mas tú descansa entre tanto
 En brazos de la inocencia
 Arrullado por mi canto:
 ¡Que las penas y el quebranto
 No emponzoñen tu existencia!

PABLO J. VILLASEÑOR.

A CHAPALA.

Remedo del Oceano,
Héme aquí, yo te saludo;
Y si mi labio está mudo,
Te hablará mi corazón.
De tus olas al ruido,
Elevaré el pensamiento,
De amor y gloria sediento
Y ardiendo en inspiración.

Tus blancas olas se acercan,
Y al espirar en la playa,
Cual grito del que desmaya
Lanzan un ¡ay! de dolor.
¿De qué te quejas, oh lago?
¿Acaso furioso, inquieto,
Yaces por estar sujeto
A voluntad superior?
Así lanza sus lamentos
El leon aprisionado,
Y ruge desesperado
Los hierros por quebrantar.

Y se lanza, y por la boca
Arroja sangre y espuma....
Entre tu pesada bruma
Yo así te escucho bramar.

En tus desiertas orillas
¡Tan bellas! ¡tan olvidadas!
Veo sombras agrupadas,
¡Y sombras de héroes son!
¡Que al contemplar el destino
De su patria idolatrada,
Con torva faz irritada
Lanzan atroz maldición. (1)

Y me parece mirarlas
En las ruinas del convento, (2)
Cuyo aspecto macilento
Despedaza el corazón.
Y entre las viejas paredes
Del edificio derruido
Escuchar me ha parecido
Un melancólico son.

No era la voz de los héroes,
Ni el ¡hurra! del insurgente,
Ni era la oración ferviente
Del monje que allí vivió....
Los héroes desaparecieron,
No existen los cenobitas,
En las paredes benditas
Solo el viento murmuró.

Y era su voz un lamento
Que en el aire se perdía;
De triste melancolía
Era el arcángel quizás:
Que al poner su helada planta
En el antiguo convento,

(1) Alusión a los defensores de Mescala en 1819.

(2) El antiguo convento de franciscanos, del que solo quedan hoy unas ruinas a la orilla del lago.

Se oye vibrar un lamento,
 Un gemido, y nada mas.
 El tiempo vuela. ¿Qué queda
 Del sombrío monasterio?
 Escombros ¡ay! y misterio,
 La yerba que crece allí!
 Y las tumbas de los héroes
 Entre la arena olvidadas;
 Y las paredes sagradas
 Hechas nidos de reptil.
 ¡Oh! tal vez esos recuerdos
 De aquella pasada gloria,
 ¡Chapala! como memoria
 En tus ondas guardarás
 Y acaso son tus lamentos,
 Que imitan sordos gemidos,
 Algunos himnos sentidos
 Que á los héroes alzarás.
 Y cuando truenas airado,
 Irritado, furibundo,
 Quieres revelar al mundo
 Las proezas del valor.
 Y al reventar en el cielo
 Que te cubre, el rayo ardiente,
 Recuerdas del insurgente
 El denuedo y el ardor.
 ¡No sé! ¡La razon humana
 Es tan pobre, tan mezquina!
 ¡Necio el hombre que imagina
 Tu voz poder descifrar!
 Tu voz para mí de amores,
 Tu voz de tanta armonía,
 Y llena de poesía
 Como la voz de la mar.

1851.



DOMINGO VILLAVERDE.



HORAS DE LUZ.

Risueña viene el alba, el cielo está azulado,
 El soto y la floresta se animan con el sol:
 Los árboles producen murmurio regalado,
 La luz me inunda tibia con fúlgido arrebol.

Espléndido es el dia; do quier se ve la vida,
 Magníficos paisajes me cercan en reedor:
 La bruma, como gasa de púrpura teñida,
 Disipa sus fantasmas al matinal calor.

¡Ah! no tan solo alegre; que fúlgida, serena,
 Se ve del claro dia la frente levantar,
 Y de entusiasmo sacro está mi mente llena,
 Alienta fe mi pecho; nací para gozar.

Vosotros que insensatos apellidais mentira
 De amor las dulces horas que embriagan de placer,
 Venid á oír mi canto, vereis cómo delira
 Mi ánima al recuerdo del fugitivo ayer.

37

¡Ayer!..... ¡instantes caros! yo llamo las memorias
De los tranquilos dias de la pueril edad,
Cuando inocente niño, mi madre mil historias
Contábame, y de reyes la pompa y majestad.

¡Qué importa que al oído, llegando triste queja
Por un momento solo, nos robe dulce paz,
Si un ángel de hermosura ese recuerdo aleja
Y viene hácia nosotros brindándonos solaz?

¡Qué importa que escuchemos los ayes que levanta
El que anegado vive en lágrimas y hiel,
Si hay seres en el mundo cuyo clamor espanta,
Son del Criador malditos que blasfemaron de El?

¡El mundo! al contemplarlo ¡qué mágicos parecen
Sus anchos horizontes, su bella inmensidad,
Y tornan mas risueños si al fin se desvanecen!
"¡El mundo! ¡El Paraiso!"—¡Sublime idealidad!

¡Oh! ¡quién pudiera el alma tener dentro del pecho
Por una edad dichosa sin límites ni fin,
Sin acordarse nunca del postrimero lecho,
Sin que terror inspire el féretro ruín!

¡La vida! ¡y qué es la vida que ensancha el pecho mio.
Que todos mis sentidos inunda de placer?
¡Que es, díganme, la vida que llena ese vacío
Un tiempo negro caos, morada del no ser?

¡La vida? amor, placeres, animacion, poesía,
Delicias infinitas, la gloria mas allá.
La vida es la natura, el orbe, su armonía;
Por ella el sol, la luna nos vienen á alumbrar.

La vida anhelo ansioso; su divinal flúido
Circula por mis venas con férvido calor;
La vida es fuego santo del Hacedor vertido,
Su omnipotente soplo, su aliento creador.

Amor, virtud, creencias: los dones son del cielo
Que dió bondoso al hombre y dióle inspiracion:
La vida, el sentimiento, bajaron hasta el suelo,
Y hasta este suelo vino la santa religion.

La vida avaro quiero, feliz gozarla ansío,
Y el pecho rebozando de fuego y de bondad,
No fiero escepticismo: glacial, acerbo, impío,
Para quien es sarcasmo el nombre de verdad.

Ingratitud y dolo, fecundas ironías....
Traiciones y perfidias, si existen, no lo sé;
Yo olvido esas palabras de horror llenas, impías,
Y cabe al árbol santo me acodo de la fe;

Bajo su sombra, entonces, al estridor del rayo
No temblará cobarde mi ardiente corazon;
Sin entregarme nunca á estúpido desmayo,
Yo beberé la vida, la fe, en la religion.

Absorto en la alta noche veré cómo declina
El fúlgido planeta con regia majestad,
Y pediré á sus rayos inspiracion divina,
Para que mi estro brille con viva claridad.

Y templaré la lira al asomar la aurora,
Al ver los horizontes bañados de arrebol,
Y se alzaré vibrante mi cántiga sonora
Para enzalsar las glorias del Inclito Hacedor.

1852.



MANUEL M. DE ZAMACONA.

ILUSION PERDIDA.

Yo la ví meditabunda
Bajo el árbol funeral,
Cuando el sol en Occidente
Se habia perdido ya.
Yo ví de sus negros ojos
El misterioso brillar,
Y de sus labios rosados
La sonrisa virginal.
Mensajero de la noche
El vientecillo fugaz,
Entre los pliegues vagaba
De su cándido cendal.
Parecia de la luna
A la corta claridad,
El ángel que del sepulcro
Preside la dulce paz.

¡Infeliz! tras las áridas montañas
Hundirse vió del sol la llama ardiente;
Del sol que de otro dia desde Oriente
Cadáver la miró.

Quedaron turbios sus brillantes ojos,
Secas las rosas de su tez lozana,
Y de sus labios la risueña grana
Tambien se marchitó.

Destello del Señor Omnipotente,
Fogosa su alma y entusiasta era;
Su corazon abrasadora hoguera
De fuego celestial.

Sedienta de gozar buscó la dicha,
La copa del amor apuró luego,
Y el amor en los ánimos de fuego
Es veneno fatal.

Resignacion; esa es
Nuestra mísera fortuna,
Lágrimas desde la cuna
Que acibaran la niñez.

Llegada la juventud
Soñar en fantamas bellos,
Y al avanzar hácia ellos
Hundirse en el ataud.

1843.

FRANCISCO ZARCO.

~~CONTENIDO~~

LA FE.

Después de tanta duda y tanta pena,
Después de duelos y martirios tantos,
Me envía la fe sus resplandores santos
Y el corazón con sus consuelos llena.

Ya la duda mi mente no envenena,
Cesaron mis congojas y mis llantos;
Quiero entonar los religiosos cantos
Que expresen el ardor que me enajena.

Señor, Señor, que bondadoso y pio
Un rayo de tu luz á mí lanzaste
Que disipara mi dudar sombrío

Y calmara mi loco desvarío,
Ya que bueno y clemente te mostraste,
Siempre ilumina el pensamiento mio.

1853.

ÍNDICE.

	PAGS.
En un templo.....	7
Plegaria.....	16
Ilusiones.....	21
El ensueño de la virgen.....	26
A un sauce.....	31
El soldado de la libertad.....	35
El sueño del tirano.....	41
A un árbol en invierno.....	46
A un suspiro.....	48
Todo es mentira.....	50
Camino del Gólgota.....	51
La melancolía.....	58
La guirnalda.....	65
A Filis en el invierno.....	66
Meditación.....	68
Las nubes.....	75
El toque de la oración.....	80
Veracruz.....	83
María de los Dolores.....	91
La seducción.....	95
Al sol.....	102
Al Ixtaccihuatl.....	110
Adios.....	114
El waltz.—Poema romántico.....	118
Flores del corazón.....	128
Juventud.....	133
La oración de María.....	139
A***.....	146
A***.....	149
Al Niágara.....	150
A Jerusalen.....	156
La cruz del mar.....	161
Lamentos de una madre.....	165
A mi primer amor.....	172

FRANCISCO ZARCO.

~~CONTENIDO~~

LA FE.

Después de tanta duda y tanta pena,
Después de duelos y martirios tantos,
Me envía la fe sus resplandores santos
Y el corazón con sus consuelos llena.

Ya la duda mi mente no envenena,
Cesaron mis congojas y mis llantos;
Quiero entonar los religiosos cantos
Que expresen el ardor que me enajena.

Señor, Señor, que bondadoso y pio
Un rayo de tu luz á mí lanzaste
Que disipara mi dudar sombrío

Y calmara mi loco desvarío,
Ya que bueno y clemente te mostraste,
Siempre ilumina el pensamiento mio.

1853.

ÍNDICE.

	PAGS.
En un templo.....	7
Plegaria.....	16
Ilusiones.....	21
El ensueño de la vírgen.....	26
A un sauce.....	31
El soldado de la libertad.....	35
El sueño del tirano.....	41
A un árbol en invierno.....	46
A un suspiro.....	48
Todo es mentira.....	50
Camino del Gólgota.....	51
La melancolía.....	58
La guirnalda.....	65
A Filis en el invierno.....	66
Meditación.....	68
Las nubes.....	75
El toque de la oración.....	80
Veracruz.....	83
María de los Dolores.....	91
La seducción.....	95
Al sol.....	102
Al Ixtaccihuatl.....	110
Adios.....	114
El waltz.—Poema romántico.....	118
Flores del corazón.....	128
Juventud.....	133
La oración de María.....	139
A***.....	146
A***.....	149
Al Niágara.....	150
A Jerusalen.....	156
La cruz del mar.....	161
Lamentos de una madre.....	165
A mi primer amor.....	172

INDICE.

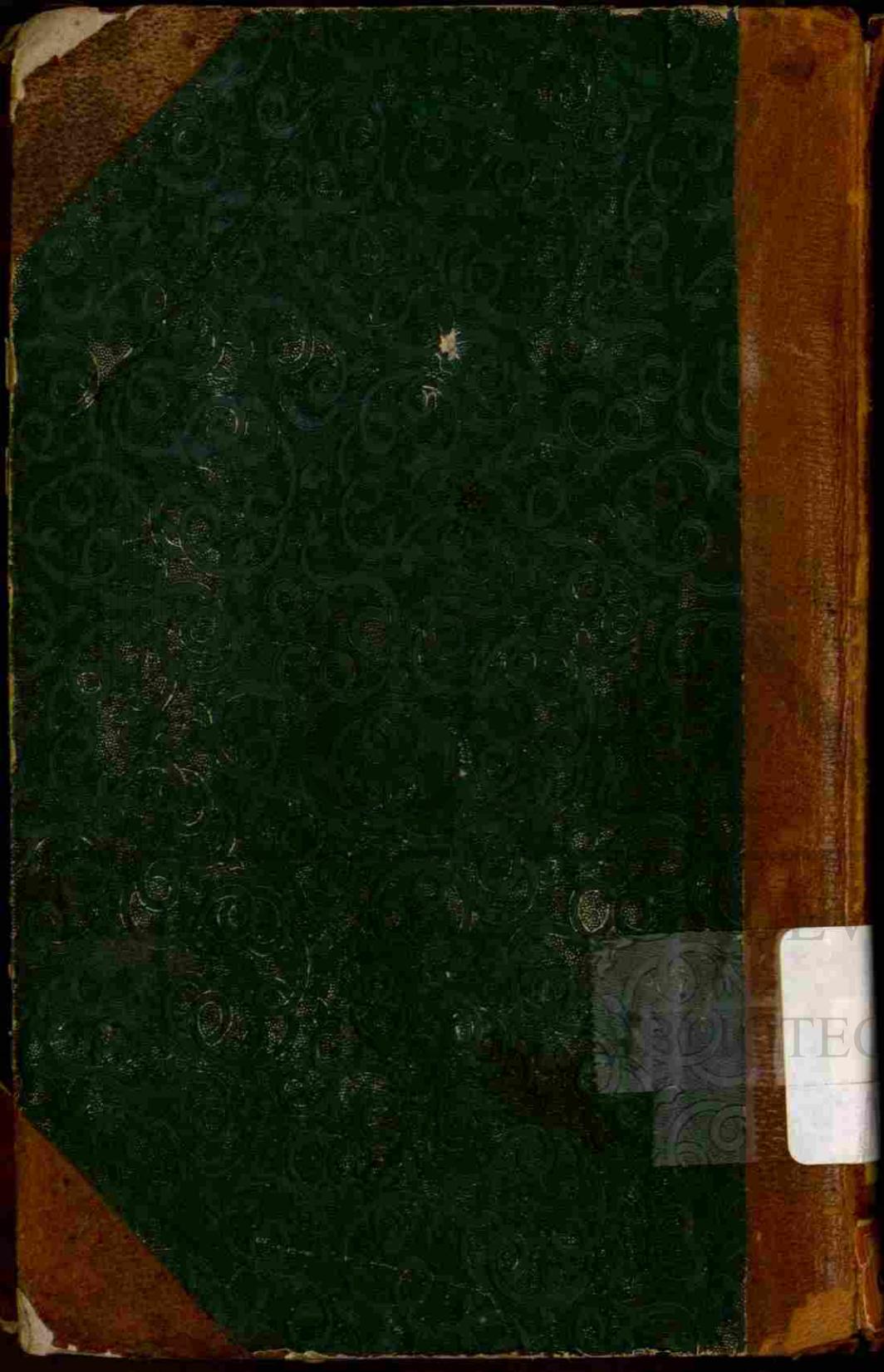
La ofrenda.....	176
Desengaño.....	179
Las oraciones.....	185
La tristeza.....	189
A mi madre.....	193
A Laura.....	200
A un niño.....	206
Aniversario de Tampico.....	210
En la orilla del mar.....	218
A Guttemberg.....	224
La niña mal casada.....	228
Memorias fúnebres.—Nueva esperanza.....	231
Fuentes poéticas.....	232
Diez y seis de Setiembre.....	244
Los angeles rebeldes.....	251
Recuerdos de la batalla de Calderon.....	254
A la cascada de Juanacatlan.....	273
A mi amada.....	276
Eva.....	279
La mirada de amor.....	280
A un niño en la cuna.....	283
A Chapala.....	286
Horas de luz.....	289
Ilusion perdida.....	292
La fe.....	294

NOTA.—En obsequio de nuestros señores suscritores, nos hemos visto precisados, en obvio de demoras, á omitir con bastante sentimiento algunas composiciones cuyos autores constan en la lista inserta en la página 5.

Juan R. Navarro.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





TEC